

Antonio Palma

LA EXTRAÑA VISIÓN DE "EL BOLA"

En medio de la oscuridad tan sólo rajada por la luz del proyector sintió miedo. ¡No podía ser!. En un tamaño desproporcionado estaba contemplándose así mismo. Por supuesto, no era su cara, ni tampoco su cuerpo, pero sí esa rabia que lo invadía y que le hacía perder el control. No se tenía por una mala persona: era trabajador, muy trabajador, y lo más importante era su familia, su mujer, su pequeña Laura y Ramón, al que quería mucho, aunque le diera continuos problemas. ¿Por qué tenía que ser tan desordenado? ¿Por qué era tan desobediente? Él sólo quería lo mejor para sus hijos, y Ramón estaba en esa maldita edad en que la mayoría empiezan a pensar por sí mismos y el mundo les resulta algo ajeno y fascinante. No le importaba que lo descubriera a su modo o con sus amigos, pero siempre tenía que optar por lo más difícil y peligroso. Le angustiaba la idea de que le ocurriese algo, de que algún día lo llamaran al trabajo para decirle que había tenido un accidente y se hallaba hospitalizado. Ese miedo le podía, era más fuerte que su razón, y lo convertía en esa especie de pequeña bestia que sólo podía actuar, levantar la mano y dejarla caer con fuerza sobre él, una, dos, tantas veces hasta que la rabia desaparecía y en pleno desconcierto se paralizaba, momento en el que Ramón huía entre llantos e insultos. Ahí volvía a reaparecer, pero únicamente para descargarla contra la pared. Y luego siempre lo mismo: su mujer le miraba como idiotizada, intentando encontrar tras él al verdadero marido, desorientada por no saber cuál era de los dos, el padre de familia solícito y juguetón, el esposo tierno y comprensible o ese ser histérico, cobarde, violento. A ella nunca le había pegado, pese a que más de una vez la amenazara con los puños y tras cerrar instintivamente los ojos en espera del golpe finalmente estallara en la puerta o en el mueble más próximo. Entonces lloraba, un llanto silencioso que no provenía del miedo, sino de un corazón roto. Al principio había intentado comprenderlo, hablar con él para decirle que así no podía ser, que el dolor, la rabia, la impotencia no se cura con más dolor, más rabia y más impotencia. Pero hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza, por lo que su papel se reducía a ser la intermediaria, el escudo protector para que Ramón huyera antes de que todo fuera peor. Eso, y a ocultar las marcas del cuerpecito de su hijo para que nadie supiera, para que la infamia no traspasara las puertas de su casa. Un intento vano, hay cosas que no se pueden esconder.

Aunque ella no lo supiera, su marido también se escondía para justificarse, para intentar dar explicación a algo que no la tenía, a llorar porque sé odiaba a sí mismo, aunque esto nunca sirviera para que la escena no se volviera a repetir. Lo cierto era que ocurría cada vez más a menudo, tanto que los vecinos, los profesores de Ramón, su círculo de amigos empezaron a tener los indicios suficientes para terminar averiguándolo. Las palabras, los consejos, las amenazas, no sirvieron de nada, no eran más que seres ajenos que se metían en lo que no les importaba. Creyó haber conseguido que no se inmiscuyeran más, pero un día la policía llegó a su casa. Ramón llevaba dos días desaparecido tras una paliza que fue especialmente violenta: gritos, puñetazos, patadas sobre un cuerpo aovillado intentando defenderse. Tuvo que ser su madre la que le sujetara para que dejara de golpear. Cuando los vio en la puerta, uniformados de azul, pensó que le traerían noticias del niño, algo que le

tranquilizó pues a esas alturas se sentía realmente angustiado con la suerte de su hijo. Pero no fue así, le preguntaron cómo se llamaba, y, tras decir su nombre y sus apellidos, le comunicaron que estaba detenido acusado de malos tratos. La desazón se volvió dolor, y éste en rabia. ¿Cómo podía su mujer haberle traicionado de esa manera? ¡No podía entender nada de aquello! Desde entonces fue un fantasma, un ser que parecía no tener voluntad ni deseos rodeado de gente despreciable: drogadictos, ladrones, estafadores, asesinos. Él no pertenecía a ese mundo y nunca pertenecería. Sin embargo, ahora se veía así mismo en la pantalla, una fiera peligrosa que se ensaña con un niño, con alguien que no puede defenderse. Supo que era el padre, un cobarde que golpeaba a "el Bola" sin misericordia, y se odió. Pero al mismo tiempo tuvo miedo porque también se reconoció en el hijo: alguien indefenso rodeado de compañeros que gritaban insultos a la pantalla, ellos más humanos que él. Y es que todos sabían y no perdonarían. Su rostro se inundó de lágrimas, por un dolor que nacía de su propia maldad, de un pecado en el que casi no cabía el perdón. Por eso, cuando acabó la película y volvió con los demás al módulo no se escondió, se limitó a ir a un rincón alejado de las cámaras de vigilancia para recibir esos golpes que merecía, que deseaba para su propia expiación, si es que ésta era posible. No tardaron en llegar los ladrones, los estafadores, los drogadictos, le rodearon y empezaron a insultarle con saña, preguntándole si había visto aquello, y cómo había podido ser capaz. Tan sólo pudo mirarles con una expresión indefensa, la misma que mostraba el niño en la película antes de ser maltratado por su propio padre. Pero no hubo tal, los gritos se fueron espaciando hasta desaparecer, luego un silencio largo, denso. Habían comprendido que ese hombre ridículo, sólo valiente con un niño, estaba condenado y su penitencia, la peor de todas, la llevaba en el corazón.

Antonio Palma

CARTAS

30/IV/98

Mi querido Miguel:

No recuerdo ya la última vez que tuve que coger un papel y un lápiz, pero seguro que no fue para escribir una carta. Pero parece que ya no puedo retrasarlo más, por ello perdona a tu madre en los errores o faltas que cometa, te escribe más con el corazón que con la cabeza.

Puedes imaginarte que la sorpresa fue enorme: no lo esperábamos de ninguna de las maneras y cada uno aguantó el golpe como pudo. El que peor suerte tuvo fue tu padre, desde entonces se encuentra con una depresión que lo ha vuelto un poco niño íél, que siempre fue el cabeza de familia!. Las noches las pasaba en vela. Salía de la cama silencioso para no despertarme y se sentaba en el salón. Entre cigarrillo y cigarrillo se preguntaba en que había fallado para que acabaras donde ahora estás. Luego el dolor le vencía y un llanto silencioso cubría su cara. Yo, siempre despierta, me iba con él, lo abrazaba y le decía que no se preocupara, que tú no estabas mal ahí y que muy pronto volverías. Entonces siempre repetía lo mismo: que él te quería y que nunca había tenido ocasión de hablarlo contigo. Le prometía que tú ya lo sabías y que tendría oportunidad de decírtelo en persona. Pero su estado me hacía esconder el miedo para que no lo notara ¡Fingir y fingir con todos, eso es casi toda mi vida! Aunque lo cierto es que de salud ando en general bien, sólo la cadera me da problemas de vez en cuando y debería operármela, pero ahora no puedo, con lo que tengo encima me es imposible ¡ya me la operaré, no hay prisa! Ahora de lo que tengo más ganas es de ir a la comunicación y darte un gran abrazo, aunque no te lo merezcas. Tu padre me hace repetirle todos los días que te dé otro de su parte. Ahí le tienes ahora mismo, ensimismado, mirando por la ventana y viendo su pasado, más triste que nunca. Pero sé que todo esto pasará, llegará un día que lo dejarás atrás y entonces apoyaré tu cabeza sobre mi vientre, como si aún te llevara dentro, y me sentiré la madre más feliz de todas.

Besos de tu madre,

Luisa.

06/VIII/00

Amada Verónica:

¡No sabes cuánto me duele que hayas tenido que enterarte de esta forma! Te mandé a Joaquín Garcés, el abogado, para que lo fueras sabiendo poco a poco, sin que tuvieras que asustarte. Pero llegó tarde, y ya se encargó la policía de ir a casa y desatar el escándalo.

Sé que vives en circunstancias difíciles, con los vecinos mirándote por encima del hombro y cuchicheando a tu espalda y los amigos, que han huido todos en desbandada, permaneciendo los que lo son de verdad. Pero poco a poco, entre la ayuda que te pueda dar yo y la que te darán en el exterior iremos venciendo esto. Además, la gente termina aburriéndose y olvidando. Lo importante es que tú y yo nos sigamos queriendo como hasta ahora. Sabes perfectamente que desde que te conocí todo lo he hecho por ti. Incluso esta locura de la coca no fue más que un intento de que saliéramos de tanta penuria económica como hemos padecido. Aunque esto no es motivo para que no reconozca mi culpa. Soy culpable y lo tengo que pagar.

Ahora me quedo esperando el día de la comunicación para poder verte, aunque no pueda acariciarte por el cristal blindado que nos separa.

Pero recuerda, que tu esposo te ama como siempre lo ha hecho: ¡con todo su corazón!

Besos,

Ernesto.

1/X/98

¡Esa chica guapa!

Ya sabrás por todos los coleguitas del barrio que he vuelto a caer y estoy en la *trena*. Esto ha cambiado desde que estuve la última vez: cada día la gente es más *pipa* que a los chivatos hay que pegarlos para que se callen, en vez de para que hablen. Entré un poco *chungo* por el *mono* de los tres días en la *gobi*, pero en cuanto llegué al módulo la suerte cambió. Mi *compi* de *chabolo* tenía *material* y esa noche me puse casi por los tres días anteriores. Ahora nos lo tenemos *montao* de forma que nunca nos falta, pero ya te contaré porque no me fío de que no nos lean las cartas. Para vernos me tienes que mandar el número de tu D.N.I., y así yo te autorizo por instancia para las comunicaciones. No quiero que vengas sola, le dices a cualquiera del barrio que te traiga, ¡pero cuidadito con ellos porque no me fío ni un poquito! Por eso, también quiero que me escribas, así me voy enterando de lo que ocurre en el barrio, que también me interesa. En la comunicación ya te contaré que quiero que hagas.

Te quiero un *puñao*. Besos de tu

Satur.

14/VI/01

... no tuve ninguna alternativa. Yo no deseaba que ese hombre muriera, pero me estaba apuntando con un arma e iba a disparar. Tan sólo tuve más suerte. Llegamos a un punto que fue como lanzar una moneda al aire: salió que él tenía que morir y yo seguir viviendo, pero perfectamente podía haber ocurrido lo contrario. No me siento orgulloso, incluso aparece su imagen muchas noches en mis pesadillas. Pero estoy vivo y me sienten feliz por

ello. Creo que tú deberías sentir lo mismo. Al fin y al cabo nuestra relación va a continuar y eso es lo más importante ¿o no es así?...

2/IX/00

Querido Ernesto:

No sé si voy a ser capaz de aguantar esto. Es una situación que me supera. Los primeros días no hacía más que llorar y llorar, y me los pasé encerrada porque ni me atrevía a salir a la calle. Ahora estoy algo mejor, al menos puedo ir al mercado sin que suponga un reto o una vergüenza, y mi vida comienza a tomar un ritmo muy parecido al que llevaba cuando tú estabas aquí.

Sobre lo otro, los motivos por los que hiciste aquello, prefiero no decir nada, ya te juzgarán. Sin embargo, tienes que pensar que me has puesto en una situación difícilísima. Entre otras cosas, me he tenido que poner a buscar trabajo para que no nos quiten el piso, que es lo único que tenemos. La cosa no está nada fácil, aunque estoy segura que pronto encontraré algo, está mi hermano en ello y ya sabes como es. Por cierto, la situación con él es un poco tensa isiempre haciendo de hermano mayor! Y sabes que nunca le gustaste. Ahora no hace más que repetirme que te deje, que te quedes allí tirado porque es lo que mereces. Yo procuro enfadarme para que se calle, y lo hace. Le cuesta un mundo, pero lo hace. Tú no le hagas ningún caso. Preocúpate de salir cuanto antes, que de lo de fuera me encargo yo.

Besos de tu esposa,

Verónica

17/II/00

Hermana sor Juana:

Nunca he escrito a nadie y no sé cómo me saldrá, pero me veo muy obligado a hacerlo. Ya sabe por sus visitas semanales al módulo, y que tanto le agradecemos todos, que me encuentro solo en la vida. Son ya diez largos años que murió mi hermana, lo único que me quedaba en el mundo, y desde entonces la soledad es mi única compañera, como dicen aquí los malos poetas. Ahora estoy rodeado de gente, y eso me hace sentirme mucho más solo aun. No sabría como expresarlo, pero en mi corazón siento una punzada que cada vez es más larga y dolorosa. Sé que tiene muchas cosas que hacer, que está todo el día de un lugar a otro intentando ayudar a las personas, pero sólo le costaría unos minutos escribirme cuatro letras y mandármelas aquí. Es mucho lo que le estoy pidiendo y si he sido demasiado atrevido le pido disculpas. Pero isería tan importante para mi recibir alguna carta de vez en cuando! ¡Me haría tan dichoso! Su alma, que tanto ha visto y padecido, me entenderá perfectamente ¡Unas pocas letras nada más!

Suyo afectísimo y que Dios guarde a usted muchos años,

Rogelio.

7/V/98

Madre querida:

Soy consciente de que el esfuerzo que estáis haciendo por mi culpa es enorme. Ruego todos los días a Dios para que esto acabe pronto, pero le rezo con más devoción para que me dé tiempo y oportunidad para compensarle de todo el mal que le he hecho. A ti también te incluyo en mis plegarias, pero padre ies tan mayor y tan frágil!

Esto no es como el mundo exterior lo representa. Tienes cosas mejores y peores, cosas buenas y cosas malas. Yo vivo tranquilo: no me meto con nadie y nadie se mete conmigo. Como aquí si algo sobra es el tiempo (nuestro gran enemigo) procuro hacer deporte, leer y jugar alguna que otra partida de naipes, lo que sea con tal de tener la mente callada y tranquila (nuestra segunda pesadilla). Me hago un plan horario y lo cumplo a rajatabla. Bueno, ya me conoces y sabes de mi manía de acabar todo lo que me marco en mi férreo calendario. Quiero decir con esto, madre, que no tienes que llorar imaginando que estoy en un sitio húmedo y lóbrego y luchando todo el día por mi dignidad, que de eso ya no queda nada. Hoy todo es hormigón y acero inoxidable y la gente se limita a hacer su vida. Quiero que te quedes tranquila, sobre todo porque todavía resta un trecho muy largo por delante y esto es una carrera de fondo. El tiempo no se detiene, pero parece como si se arrastrara con dificultad.

Al fin sólo queda la familia. Es una buena lección que se aprende aquí, aunque no quiero hacer el papel del niño arrepentido que vuelve con mamá y papá. Es algo más profundo: ser consciente del amor que te han dado y te dan tus padres y sentir a la vez todas las cosas malas que les has hecho. Lo peor es que seguís sufriendo y eso tengo que arreglarlo en cuanto pueda ¡Os debo todo el AMOR que pueda daros para que seáis felices, para intentar corregir el pasado!

Bueno, madre, me despido ya porque si no esta carta no os va a llegar nunca. Sólo pedirte que le digas a padre que yo también le quiero. Y muchos besos para ti, mi rubia preferida, de tu hijo que te adora

Miguel.

24/VI/02

Amigo mío:

En momentos como los que estoy viviendo es cuando la amistad tiene un sentido verdadero. Tú, Vicente, me lo has demostrado largamente ayudando a mi familia, y permaneceré siempre en deuda contigo. También Juan y Laurita se han portado muy bien y tampoco lo olvidaré. Por cierto, el otro día fue mi mujer a verla. Hacía tiempo que no se encontraban, pero se han tratado casi como hermanas. Mi esposa no habla más que maravillas de Laurita, y ella hace otro tanto. Sería una estupidez que con la amistad que tienen no pudiéramos ayudarnos entre todos. Conoces las magníficas dotes de mi mujer para relacionarse con todo el mundo, y hablando por

casualidad con unas personas que se había encontrado, salió en la conversación que ellos están en el negocio de las *telas* y como tú y tu familia os dedicáis a la *confección y venta de ropa*, se nos ocurrió relacionar a unos con otros. Yo sé (he adelantado unos pasos ya) que Juan y Laurita están de acuerdo, así como los amigos de mi esposa. Sólo falta que te lo pienses y des tu aprobación.

Antes de despedirme, únicamente reiterarte mi gratitud por todo lo que estás haciendo. Me gustaría que vinieras un día a verme, pero eso lo dejo en tus manos.

Tu amigo,

Pedro.

16/X/98

¡Ese Satur!

Me quedé mogollón de pillada cuando me dijeron que estabas de nuevo dentro. Como no me habías contado nada no me lo esperaba ¡Podías haberme comentado algo de en lo que estabas metido! La verdad es que iya te vale! Pero no quiero ponerme en plan soltar la bronca, sólo decirte que te hecho de menos cuando no te tengo a mi lado. Sabes que de estas cosas de cursilerías y pijotadas paso, pero somos pareja, somos uno como cuando en el parque lo fuimos por primera vez mirando las estrellas. Fue muy bonito, y el pedo de tripis que llevábamos los dos impresionante ¡Bueno, pues eso!

He estado estos últimos días con el Rafita y el Peli, para ponernos de acuerdo para ir a verte. El carro lo pone Rafita, que se está portando de puta madre. Ha pensado dar un palo con el Peli y mandarte todo lo que saquen para que allí dentro no te falte de nada ¡Fíjate si son buenos colegas!

De tu madre sé poco. Me pasé por su casa y me recibió con una cara de mosqueo que me fui en cuanto supe inventar una disculpa. No he vuelto a verla. La verdad es que paso de tu vieja.

Recuerda que el domingo por la tarde vamos todos a la comunicación ¡Hasta entonces!

Muchos besos de tu

Bea

22/VI/01

...me hablas sobre ti y, sin embargo, aunque puedo reconocer tu letra no puedo hacer lo mismo contigo ¡Toda la vida creyendo en ti! ¡El responsable, amante de su esposa, serio y más moralista que ninguno!...y ahora resulta que eres un asesino. No sé qué ocurrió ese día, quizá sea mucho mejor que tú sigas vivo, pero nunca serás el mismo: ni el que yo creía, ni el que eras en realidad. Al final, nuestra relación y nuestra familia ya no son ni nuestra relación ni nuestra familia, y no sé si algún día lo volverán a ser. Necesito verte, reconocerte de nuevo y

saber quién eres en realidad. Quizá llegue a descubrir que todo esto sirvió para...

16/XII/02

Querido Ramón:

Es terrible todo lo que ha sucedido. Era consciente de que llevábamos un tiempo sin tratarnos, pero siempre pensé que tu orgullo te impedía verme porque te iban mal las cosas. Imaginaba que todo se arreglaría y volverías a entrar de nuevo en mi vida, como has hecho siempre ¡Qué tonta he sido! ¡Cuándo luchabas por no hundirte yo no fui capaz de darme cuenta y ayudarte! Pero eso ya cambió. Eres mi hermano y no voy a permitir que ninguno de mi familia tenga que sufrir un calvario en un sitio como ese, lleno de delincuentes y gentuza. No te preocupes por nada. He hablado con Julián, mi marido, y nos brinda toda su ayuda. Lo primero que ha hecho ha sido enviarte el mejor abogado, Esteban Ruiz, que es un profesional muy cualificado en todo este tipo de asuntos. Confía en él, y confía más en tu hermana, que sabes que te quiere y que hará todo lo que esté en su mano para ayudarte ¡Tontorrón! Lo siento, pero no he sido capaz de resistirme a reprenderte un poco. ¡Para eso soy la mayor!

Muchos besos de tu hermana,

Carmen.

25/II/00

Mi querido Rogelio:

No puede haber un favor más sencillo y más importante a la vez que el que me pides, porque la soledad es muy importante. Te recuerdo bien de mis visitas al módulo y sé que no hablas mucho porque eres muy tímido, pero he procurado ser yo la que se acercara a ti para llevarte un poco de esperanza a tu corazón triste. Pero ya no tienes que estar triste por estar solo, ahora me tienes a mí, y la amistad es un regalo maravilloso.

Cuéntame cosas sobre tu vida, lo que te gusta y lo que no, lo que tienes pensado para el futuro, aunque todavía te quede tiempo por cumplir. En fin, enséñame cómo eres, Rogelio. Quiero ayudarte, y aparte de mi amistad bien poco puedo darte, pero estoy segura que lo que ahora necesitas no es material.

Como sabes bien, estoy muy atareada, pero procuraré sacar un hueco para contestarte a todas las cartas que me mandes. Pero mientras, tienes que portarte bien en el módulo. Tienes que alejarte de los problemas y no discutir con nadie, que no merece la pena, Rogelio, y un día puedes tener un problema mucho más serio. Pero sé que cambiarás en esos errores que luego te llevan a hacer cosas que tú no quieres. Tengo plena confianza en ti.

Recibe un abrazo lleno de amor de

Sor Juana.

20/I/03

Mi querido Pedro:

Cuando ingresaste en prisión nos comprometimos a seguir unidos y ayudarnos mutuamente. Hasta ahora he cumplido mi palabra, pero el tiempo va transcurriendo y veo cómo la vida pasa a mi lado y que no puedo casi tocarla.

El negocio de la *confección* va muy bien. Le debemos mucho a Vicente por toda la ayuda que nos ha prestado (aunque él también se lleva su parte). Ya sabes que los problemas no son económicos. Me siento muy sola, Pedro, tienes que comprenderme, son muchos meses y yo todavía soy joven ¡Si al menos supiera algo con seguridad, que sales dentro de un año o de dos, no sé, quizá fuera más fácil, pero con tanta incertidumbre es para volverse loca! Con todo esto, cariño, no te digo que te vaya a abandonar ni nada parecido. Pero deseaba que supieras mis dudas, así, con la tranquilidad del papel que permite pensar antes de escribir y también leer con calma, entendiendo las palabras en lo que significan.

Esta semana estoy menos atareada y podré pasar a verte. En la comunicación hablamos de todo aquello que pensamos y sentimos y aclaramos nuestras vidas. Por eso, no llevaré a los chicos, no me gusta que estén presente en nuestras discusiones. Todos te mandan muchos besos, que te quieren mucho, y la pequeña siempre me pregunta por qué no regresas y dejas ese barco tan feo. Te echan de menos, como yo, pues ten presente que te sigo queriendo.

Besos de tu esposa,

María.

20/VI/01 Módulo 9

¡Hola, Teresa! ¿cómo estás?

Yo la verdad es que estoy más solo que la una. Cuando mi compi Rafa me dijo que su chica tenía una amiga me puse muy contento. Pero quería que antes lo supieras, para que veas que no soy un cara dura y voy de legal. Tener una amiga aquí es mogollón de importante porque no se te hacen los días tan aburridos y monótonos y uno tiene ganas de seguir adelante ¡Bueno, tampoco quiero ponerme en plan filosófico!

Para que me vayas conociendo te cuento que me llamo Luis, tengo treinta y cuatro años, soy moreno y mido como uno setenta ¡No soy ningún gigante! Me gusta la pasta y la comida basura, los amigos y la música, cualquier tipo, aunque prefiero flamenco.

Estoy con una causa de cuatro años y medio por un atraco, pero me tiene que bajar otra por lo mismo, así que tengo para bastante tiempo. Lo bueno es que aún me queda ilusión, y más ahora que tu entras en mi vida. Por eso, contéstame y cuéntame como eres y las penas de tu vida que yo te contaré las mías.

Recibe un fuerte abrazo de tu compi,

Luis.

13/V/02

Amada Verónica:

Son muchos los meses que no recibo carta tuya y cada vez se espacian más tus visitas ¡Cuando más te necesito! Llevo cerca de dos años encerrado en este maldito lugar y, aunque lucho para que el tiempo siga corriendo, cada vez me pesa más. Mis hombros están doloridos y mis piernas me flaquean. ¡No puedes fallarme ahora!

Llevo lo suficiente como para saber que lo único que te salva es tener una ilusión, una aspiración, un mínimo plan para cuando llegue el momento de salir. Y necesito tenerte para continuar, estar seguro de que cuando toda esta pesadilla acabe podré regresar a casa y tú estarás en ella. Es mucho lo que llevas sufrido, no es fácil la calle cuando tienes a alguien dentro, pero ¡queda tan poco ya! Es el último esfuerzo, quizá el más duro, pero con él se resuelve todo.

Por eso, te ruego que me escribas, que en cuentas al menos qué está pasando, para no sufrir aquí imaginando la mayor de las soledades. También me gustaría mucho verte, que vinieras a alguna comunicación íntima como al principio, pero no quiero pedir demasiado.

Recuerda que te sigo amando

Ernesto.

6/V/00

Mi madrecita querida:

Tanto tiempo viviendo esta situación te está afectando. Cada vez que vienes te veo más ajada, como si ya no pudieras vencer el agotamiento. Y eso me preocupa muchísimo. Por eso, te ruego que distancies tus visitas. Ven sólo a los vis a vis familiares, que es cuando podemos estar a solas. Tú bastante tienes con papá, que el pobre está cada día un poquito peor. Ahora estáis más unidos que nunca y eso es toda la alegría de papá, pero yo sé que sufres cuando compruebas que su vida se apaga poco a poco y no puedes hacer prácticamente nada. Poca es la ayuda que os puedo dar desde aquí: seguir cambiando para que estéis orgullosos de vuestro hijo y luchar para que me den los permisos cuanto antes. Ya verás cuando salga y pasemos unos días juntos como cambian las cosas y será más llevadero. Y poco a poco, casi sin darnos cuenta, estaré en Régimen Abierto y la pesadilla habrá desaparecido. Lo peor ya lo he pasado. Bueno, lo peor ya lo hemos pasado todos, vosotros como marineros involuntarios en esta travesía ¡Os quiero tanto y os debo tanto que nunca tendré para devolveros todo cuanto me habéis dado! Es por lo que necesito que padre te prometa que me va a esperar, que va a aguantar hasta que

salga de aquí y se sienta orgulloso de su hijo idi que lo harás, madre! iTengo tanto que recuperar con vosotros!

Muchos besos de tu hijo que os quiere,

Miguel.

30/XI/02

... y, sin embargo, tengo la sensación de que mi piel se va transformando casi imperceptiblemente. Primero perdió su brillo, más tarde su tersura y ahora es como si perdiera su composición y se estuviera transformando en algo animal y adiposo. Algo frío y húmedo que da asco tocar. Y sé que es por ese hombre, arrebatada su vida por mis manos. Me salvé de la muerte, pero para qué ¿para transformarme en algo repugnante? Cada noche sueño con sus ojos, con esa última mirada que me clavó antes de morir. Es su venganza y la está utilizando siempre que lo desea para torturarme y que el fantasma sea yo ¡Si pudiera vencerle, aunque tan sólo fuera una vez, dormir una noche entera sin ver sus ojos en mis sueños! Entonces, quizás...

2/II/00

¡Ese mi Satur. Llevo un mogollón de tiempo sin escribirte. Como nos veíamos los fines de semana en las comunicaciones me retiré del boli, pero ahora lo vuelvo a coger.

Si no he ido a verte últimamente es porque ando liada en un asunto, ya tú sabes, pero que de salir bien nos arregla el cuerpo de una vez. Hay que pensar que te queda poco para salir y entonces necesitaremos pasta para largarnos de aquí y empezar de nuevo.

Del barrio te cuento que la mayoría son unas mamonas que les está bien empleado lo que les pase. Van diciendo por ahí que paso de ti, que no voy a verte, que ando enrollada con el Peli. En fin, un montón de gilipollecas propias de auténticos capullos. Sabes que te quiero y que sigues siendo mi chico. Es cierto que me acuesto de vez en cuando con el Peli, pero yo sé que tú me entiendes. Son dos años y con una vez al mes es poquísimo, tú me conoces. Además, siempre dijiste que nuestra relación era abierta, y la prueba es que lo hiciste en un par de ocasiones. Pero no se trata de eso, lo importante es que te quiero a ti y que en cuanto salgas nadie nos va a separar iTienes que creerme, tío, cuando te digo que para mí no existe nadie más que tú!
iTodos mis besos y mis deseos son para ti!

Tu compi para siempre,

Bea.

21/XII/02

Querida hermana:

¡Ya sabía yo al escribirte que eras la única persona en quien podía confiar de verdad!

Como ya sabrás, estuvo a verme el abogado de Julián. Ese Esteban Ruiz sabe lo que se hace, y eso se lo debo a tu marido, no creas que voy a olvidar todo esto fácilmente.

El caso es que conoce muy bien al Juez Instructor y me ha dicho que en unos cuantos días me concederán la libertad provisional, que las Navidades las paso en casa ¡No te puedes imaginar qué alivio! Estos sitios están llenos de perdedores. Gente a la que la miseria y el dolor ha destruido. Es fácil observarles y darte cuenta de lo poco que se hubiera necesitado para que fueran como los demás. Es triste, muy triste. Ahora los dejo atrás y no volverán a existir, invisibles para todos.

Yo he aprendido la lección y no quiero volver jamás a un sitio como éste. En eso también es optimista Esteban Ruiz. Me ha dicho que una vez fuera y por un delito económico no tendré que pisar la cárcel ni un día más. Tengo motivos para estar contento y lo estoy, y también emocionado por la ayuda que me habéis prestado, tanto tú, mi hermana querida, como Julián. Tengo que reconocer que no me lo esperaba, pero sé que estoy en deuda con él.

Si hay suerte, esta será la última carta que te envíe privado de libertad. Será señal de que nos hemos abrazado y besado ya en la calle.

Muchos besos de tu hermano y un fuerte abrazo a Julián,

Ramón.

1/III/01

Querida sor Juana:

Es mucho lo que le debo porque es mucho lo que ha hecho por mí en estos meses y la única manera que encuentro de recompensarla es que se sienta orgullosa de mí. Para eso he estado haciendo cursos, estudiando y trabajando en Mantenimiento, para cambiar y volverme una persona distinta, bueno no, lo contrario, igual a las demás que llevan una vida normal. También he aprendido de usted a administrarme el dinero, y le puedo decir como un secreto que tengo unas pesetillas ahorradas. No quiero encontrarme en la calle con los bolsillos vacíos como la última vez, que mire a donde me ha traído.

No es mucho ya el resto que me queda de condena, y eso me hace pensar en el futuro, por eso los ahorros. Mi idea es buscarme un trabajo que me permita vivir por mí mismo, sin depender de los demás.

Después de eso le tengo una sorpresa preparada. Pero como es una sorpresa no pienso decirle nada.

Muchos besos de su hermano de corazón,

Rogelio

1/VII/02

Mi querido Ernesto:

Lo que no puedes pretender es que en todo este tiempo no haya rehecho mi vida. Nada se para ni allí dentro ni aquí fuera. Recuerda que me tuve que poner a trabajar, que gracias a mi hermano pude entrar en una empresa de Informática. La cosa me ha ido bien y ahora tengo un puesto que me gusta, me gusta mucho y me pagan bien. Viajo con cierta regularidad y conozco a mucha gente. Ahora soy lo contrario de lo que tenías antes de caer, ni tan siquiera estoy segura de que te guste la nueva Verónica ¿y qué decir de ti? ¿Crees que no te habrá afectado esa experiencia? Tú tampoco eres ya el mismo. Después de tanta palabrería no somos más que un par de desconocidos aún interesados en salvar un matrimonio fantasma. Pero no te preocupes, puede que ocurra un milagro y podamos estar juntos después de tantos cambios y mutaciones.

Sabes que aún hay un hueco tuyo en mi corazón.

Muchos besos,

Verónica.

15/V/00

Querido hijo mío:

Tu padre está cada día peor, muchas veces ni se acuerda de quién es ni de dónde se encuentra. No sé cuanto aguantará, y eso me hace sentirme inútil, incapaz de salvar al hombre que amo.

Tu primer permiso no puede tardar mucho, y eso ya verás cómo le anima. En cuanto te tenga entre sus brazos recordará todo lo que tiene olvidado: estoy segura que serás su mejor medicina. Yo también tengo muchas ganas de que regreses, verte dando vueltas a mi alrededor por la cocina y en el salón, muy cerca de mí y de tu padre.

Fuimos una familia feliz y no hay motivos para que no sigámoslo siendo. Estoy segura que en cuanto estemos juntos todo cambiará. Entiéndeme Miguel, hijo mío, necesito creer en algo para no derrumbarme. Ya tendré tiempo de descansar cuando tú me ayudes en casa, como hacías antes

Un beso muy fuerte de tu madre,

Luisa

Besos también de tu padre

21/VI/01 Módulo 12

¡Hola Luis! A mí también me ha dado alegría el conocernos, aunque sea por carta. Por cierto que la tuya me ha gustado mucho. Pareces serio y eso está bien ¡Estoy tan harta de bandarras que van de kées y luego son unos mierdas! Perdona mi manera de hablar, pero es por el cansancio de ese tipo de gente.

Bueno, empezaré con las descripción: también soy morena, llevo el pelo largo y rizado. Mido más o menos lo que tú y ahora estoy un poco gordita, pero quiero correr y perder peso.

Ahora la pregunta ¿por qué estoy aquí? Llevo siete años de una condena de dieciocho porque un día me harté de que mi marido me pegara casi a diario, reaccioné y en una pelea murió. Fue un impulso, inconsciente, pero no me arrepiento, lo estoy pagando y punto. La mayor alegría de mi vida son mis hijos. Tengo uno mayorcito, catorce años, un golfo como su padre, y luego dos niñas gemelas, Laura y Ana, de doce. Como ves, yo también soy clara y directa ¡Sinceridad y la verdad por delante desde el primer día! Pero tampoco te creas que soy un ogro ni nada de eso, no me como a nadie. Y menos a un chico guapo como tú, que ya me lo ha comentado mi compi que te ha visto a la salida de misa.

Te tengo que dejar porque estoy agotada y están llamando para la cena.

Un abrazo de tu compi,

Teresa.

5/XII/02

...porque al principio pensé que no te conocía. Pero ahora es distinto, es mucho el tiempo que ha pasado. Excepto la primera vez que volvimos a encontrarnos en la prisión, situación muy difícil por lo que había ocurrido, me he ido dando cuenta que eres el mismo. Sólo los enfermos tienen una doble personalidad, y tú no eres ningún enfermo. Lo sé porque te he ido reconociendo cada nueva vez que te veía: lo único que había cambiado era nuestra memoria, esa conciencia común que poseemos y a la que le faltaba el episodio principal, pero nada más. Tú eres fuerte, seguro de ti mismo y noble. No eres mala persona ni te dominó la locura ¡Fue un juego de suma cero y lo ganaste, eres el vencedor, nada más! No puedes hundirte con el recuerdo deformado de algo que no se puede cambiar. Mira esos terribles ojos de frente, no los rehuyas y en algún momento se desviarán y ya nunca más tendrás que verlos, habrán desaparecido. No me muestres una imagen de debilidad porque es falsa. No vuelvas a fallarme, no sé si conseguiría soportarlo una segunda vez, y tenemos un futuro maravilloso, los dos juntos, en...

9/II/00

¿Qué tal preciosa?

Ya me he enterado de tus movidas en el *gachi* ¡Ya te vale, colega! No te digo que te chapas en casa y no salgas ni a la puerta de la calle, incluso lo del Peli me parece una pasada, pero tampoco es para tanto. Relación abierta, fui el primero en decirlo, pero de ahí a que se entere todo el barrio es una putada, Bea, compréndelo. Yo te creo, sé que me quieres y que en cuanto salga volveremos a estar juntos, pero mantén un poco el rollo porque me dejas con el culo al aire ¡Si no me *molaras* tanto! Porque sabes que estoy pillado contigo, de lo contrario ya veríamos.

Cambiando de tema, que éste me da muy mal rollo. No sé muy bien de qué trata el asunto del que me hablas, pero júrame que no habrá problemas y que no vas a acabar aquí dentro otra vez porque si no me va a dar algo. Piénsatelo antes de hacerlo, ¿me lo prometes? ¡Espero que sí! Aquí he conocido gente de puta madre para hacer cosas cuando salga, gente fiable cien por cien ¡De verdad!

¡Paso de hacerme el preocupado, ya eres mayorcita! Lo único que espero es que estés cuando salga y que podamos hacer todas esas cosas que hemos soñado.

Mil besos a mi preciosa de tu

Satur.

26/I/03

Mi amada María:

Como te dije en la comunicación, entiendo perfectamente tus dudas, tu deseo de no verte enterrada en vida. Pero tienes que entenderme a mí. La peor parte me tocó en suerte, y sabes que siempre he intentado molestarte lo menos posible desde que estoy encerrado. Tú siempre has sabido a qué me dedicaba, no ha sido ninguna sorpresa para ti. Ambos sabíamos que podía ocurrir y nunca dijiste nada. Te gustaba la buena ropa, ir en un coche espectacular y comer en los mejores restaurantes. Todo eso salía de ahí, de jugarme la libertad. No quiero con esto que te sientas acusada ni nada parecido. Es sólo que te amo tanto y tengo tanto miedo a perderte, a salir por fin de aquí y no encontrarte!

Un poco más de paciencia, es lo único que debemos tener. Cuando queramos darnos cuenta todo esto habrá pasado y nos parecerá una mala pesadilla al poco tiempo olvidada.

Sabes que no me puede quedar mucho. Cuando vuelva a casa y estemos todos juntos en el lugar que durante años hemos compartido, todo te parecerá distinto. Volveremos a ser la familia perfecta que éramos y de nuevo sentiremos la envidia de nuestros amigos.

Te ama tu marido,

Pedro.

26/XII/02

Mi Ramón querido:

Me gustaría felicitarte las Navidades, aunque ya llegue tarde y no hayas podido salir y estar con nosotros, pero los imponderables han sido determinantes. Hemos tenido la mala suerte de que el Juez se puso malo y no se pudo hacer nada. Pero ya está de nuevo en su juzgado y Esteban Ruiz ha ido esta mañana para acelerar todo porque me moriría de pena si no estuvieras aquí, con nosotros, la Nochevieja y el Año Nuevo.

El abogado ha quedado en ir a verte en cuanto sepa la más mínima novedad. Pero le he dicho que sea una noticia buena, si es mala es mejor que no te la cuente.

Nosotros pasamos la Nochebuena todos reunidos, ya sabes cómo es, aunque tú odiabas ese tipo de celebraciones y nunca pudimos contar con tu presencia. Pero eso ya acabó, en este fin de año volveremos a reunirnos todos y tú estarás también. Así podré darte los abrazos en persona.

Muchos besos de tu hermana,

Carmen.

30/XII/02

Hermanita adorada:

Te escribo a toda velocidad porque el auto de libertad provisional está a punto de llegar. Antes de que acabe el día estaré fuera de aquí y no pienso volver la vista atrás.

Aunque estaremos juntos en unas horas, he deseado mandarte esta carta para que lo que voy a decirte se quede grabado para el futuro.

He comprendido que la familia es lo primero. Suceda lo que suceda a partir de ahora, he cambiado lo suficiente para no volver a mis huidas y al tiempo lejos de los míos. Te prometo que vosotros, tú y tu marido, que se ha portado de maravilla conmigo, seréis una prioridad en mi vida y nunca más celebraremos unas Navidades separados.

Por cierto, el otro día estuve recordando que de niños nos llevábamos muy bien y jugábamos juntos ¿En qué momento nuestro cariño fue insuficiente y nos llevó a separarnos? Quizá nunca lo sepamos, pero ya no importa al tratarse del pasado. Lo único importante es el presente y el futuro.

Tengo que dejarte porque están nombrándome por megafonía y es para comunicarme la libertad ¡Hasta ahora!

Tu hermano que te quiere,

Ramón.

6/VII/02

Amada Verónica:

Sé que está ocurriendo algo y que tratas de ocultármelo. Te conozco demasiado bien para no darme cuenta. Probablemente me abandonarás, si no lo has hecho ya, y no sabes cómo contármelo. Sé que estoy al borde del abismo, pero tengo que seguir luchando por ti. Mientras me quede un mínimo de esperanza seguiré intentándolo.

Tú has sufrido mucho desde el principio, te lo he reconocido siempre, no creas que soy injusto. También me

doy cuenta de que ahora eres distinta, no tuve más que verte la última vez que viniste a visitarme, y sí, yo también soy diferente: todo esto me ha afectado y seré otro Ernesto cuando salga de aquí. Pero en esencia seguimos siendo los mismos. Los que se reían y disfrutaban con cualquier cosa, como al principio, y los que siempre lo han compartido todo. Fui yo quien te mintió, y soy culpable de ello, pero no utilices mi pecado y seas en esto tan falsa como lo fui yo. Lo importante, siempre lo hemos dicho, es la confianza, y aunque ahora vive malos momentos, somos lo suficientemente fuertes para restituirla de nuevo. Pero para llegar a eso hay que intentarlo y, lo más importante, seguir amándonos. Yo te amo como el primer día, incluso más, pero ¿y tú? ¿Me sigues amando?

Tu esposo,

Ernesto.

23/IX/00

Querida madre:

¡Llevo desde la mañana dando saltos de alegría porque me han concedido el permiso! ¡Ya empieza a verse la luz al final del túnel! Aunque todavía resta cerca de un mes y son sólo cuatro días, lo cierto es que estoy muy contento. No creas que sólo porque voy a pisar de nuevo la calle, sino también porque voy a pasar unos días con las personas que más quiero: contigo y con padre. Para él va a ser muy importante verme fuera de aquí, pero además lo animaré todo lo que pueda para que después de esos días retenga unas pocas fuerzas para aguantar hasta el permiso siguiente.

A ti te dedico un capítulo aparte porque me tienes muy preocupado. Soy consciente de que cada día estás peor de la cadera, que necesitas una operación que estás retrasando porque no puedes dejar a padre solo. Es algo que me quita el sueño y me duele en el alma. Pero lo que realmente me enfada es la frustración de no poder ayudarte en nada al estar encerrado aquí ¡Pero saldré, madre, te lo juro! Así podrás operarte porque cuidaré de padre día y noche, y tras la operación ocurrirá lo mismo contigo para que así tengas una buena rehabilitación y no padezcas esos dolores que ahora te matan y tienes que callar para que padre no se dé cuenta y tenga otro motivo más para sufrir.

Todo cambiará porque ya está empezando a cambiar. En unos pocos días otra vez los tres juntos en casa.

Muchos besos de tu hijo,

Miguel.

30/III/01

Querido Rogelio:

Parece como si este mes viniera cargado de regalos, pues al que me anuncias como sorpresa tengo que añadir

uno de mi parte para ti. Como me dejas en la duda, yo hago lo mismo y no te cuento nada. La verdad es que no estoy segura de ello y prefiero no hablar hasta que sea algo seguro, no vayamos a estropearlo todo.

Respecto de ti, tengo muy buenas referencias de los encargados de Mantenimiento, parece que eres muy trabajador y no te metes nunca en líos. Seguro que les gustas, y ya sabes que eso es muy positivo para cuando llegue el momento de los permisos y el Régimen Abierto. Pero lo importante es que eres ya muy distinto del Rogelio que me lanzó un salvavidas para que le ayudara a salir de la soledad. Ahora tienes amigos porque te los mereces, eres fiel con ellos y tratas de ayudarlos siempre que puedes. Eso es bueno, muy bueno, y me sonrojo un poco al pensar que fui yo quien te llevó por el buen camino.

Sabes que me cambiaron de Centro y me es difícil volver, pero con todo seguro que consigo colarme una tarde e ir a verte. Siento mucho aprecio por ti, me haces sentirme contenta con el mundo.

Una amiga que te aprecia,

Sor Juana.

6/V/03

Querido Pedro:

Aunque hay muchas partes de tu carta que prefiero olvidar, sí hay algo que no puedo, ni quiero, pasar por alto. Tienes toda razón cuando me dices lo que has hecho por mí, aunque ambos tengamos pensamientos distintos sobre esto: tú te refieres al dinero y a lo material, sin embargo yo tengo en mi memoria todo lo feliz que me has hecho tanto tiempo. No puedo olvidar la cantidad de anécdotas y los momentos maravillosos que vivimos juntos, y eso me sigue atando a ti en este presente. Quizá tengas razón, que esté a punto de terminar esta locura y podamos disfrutar de un futuro unidos. Seguro que verte de nuevo en casa, en tu sillón, con la luz tenue y charlando con calma me transforma por completo y me llena del valor suficiente que necesito para esperarte. Pero no me pidas que vuelva a visitarte, ese lugar me da escalofríos.

Vuelve a casa, te estaré esperando.

Muchos besos de tu esposa,

María.

13/XII/02

...como una roca junto a la orilla del río. Cuando las aguas nos arrastran hacia la segura pérdida de un lugar seguro, te agarras a ella, a esa mole que parece puesta ahí para salvarnos. Te puedes imaginar que me refiero a ti, a esa energía que a veces te sale de dentro para que las cosas no te venzan. En ese momento eres una: fuerza y belleza ¡Y ha funcionado! De nuevo me siento el de siempre, ni mejor ni peor que los demás. Sería estúpido quitar una vida para salvar la mía y luego echarla a perder por unas pesadillas. Ya no sueño con él, ha

desaparecido y estoy seguro que jamás volverá ¡Soy de nuevo libre! Lo secundario, lo material puede esperar, ya no es lo más importante. Por eso, me reconocerás enseguida la próxima vez que...

17/III/00

¿Qué tal coleguita?

Aquí las cosas van mal, muy mal ino veas cómo ha cambiado la calle! No hay más que maderos por todas partes y pijos gilipollas ¡No hay quién lo aguante! Cualquier cosa que intentas sale mal, te están esperando o llegan en el peor momento. Está cayendo mucha gente ¡Pero a ti qué te voy a contar si los verás llegar casi a diario! Sabes que Bea tenía un trabajo con nosotros, que somos bragados, no como los mariquitas de ahora. El caso es que lo teníamos todo muy bien planeado ¿Cómo entrar? ¿Qué hacer dentro? ¿Cómo salir? Chachi que el plan era muy bueno, nadie se hubiera podido imaginar lo que ocurrió. No sé de dónde, pero empezaron a salir *lecheras* de todas partes, nos pusimos nerviosos y empezaron a verse las armas, ellos apuntándonos y nosotros a la cabeza de los que retuvimos para intentar la huida. Se oyó un disparo sin saber de qué bando había partido. Se organizó un tiroteo y todo fue un caos. Es imposible pensar lo más mínimo en esa situación, casi ni se puede ver. Pero yo la vi, estaba en el suelo, una ráfaga le había destrozado la cara, la reconocí por su ropa y sus botas, siempre con ellas, inconfundible. Bea no se merecía una muerte así. Era una buena tía, no te dejaba tirado ni nada parecido. Se enrollaba de puta madre... y ahora... Sabes perfectamente lo que ocurrió entre nosotros, pero era poco más que sexo. Siempre te quiso a ti, te nombraba a todas horas y se le notaba cómo le brillaban los ojos al hablar de ti. Aunque a nuestra manera, tío, los dos la quisimos, por eso me parecía que debías enterarte por mí y que no te lo soltara de golpe cualquier *gualtrapa* de los muchos que hay. Sé que dentro de poco empezarás a salir y nos veremos en el *gachi* ¡Nos podemos tomar unas birras! ¿Qué te parece?

¡Lo siento, Satur, de verdad que lo siento de todo corazón! ¡Es todo tan triste!

Tu colega,

Peli.

20VI/02 Módulo 9

Amada Teresa:

Hoy es nuestro aniversario porque hace exactamente un año que te mandé la primera carta ¡Y cuantas ha habido después! Como ves, no me he olvidado de este día. Ninguno de los 365 días me he olvidado de ti. Desde entonces te llevo en mi corazón porque te quiero, me quieres y nos hacemos felices. Eres una mujer maravillosa, y sólo puedo sentirme afortunado por tenerte.

Me hubiera gustado que hoy lo pasáramos juntos, incluso "perdernos" un rato me hubiera hecho feliz, pero hoy es justamente el peor día y, además, hay una guardia de las chungas. Pero al menos he podido sacar un huequito para escribirte y así pasar un rato contigo, aunque tan solo sea a través del bolígrafo. Lo malo es que

nos podamos ver tan poco, pero ya mejorará. Además, hay parejas que aun se ven menos y siguen adelante. Como nosotros, que seguiremos hasta que podamos salir de aquí.

Chiqui mía, ahora te tengo que dejar para conseguir que esta carta te llegue antes del chape de la noche. Sería muy triste que hoy no recibieras carta mía.

Tu Luis, que te quiere un puñado.

20/VII/02

¡Mi pobre Ernesto!

Tienes toda la razón: debí ser sincera contigo, pero me resultaba muy cruel escribirte a la cárcel para decirte que ya no te amo porque ahora estoy enamorada de otra persona y mi futuro ya no lo concibo sin él. ¡Ya ves!, al final no he conseguido comunicártelo con suavidad.

El tiempo pasa inexorable, Ernesto, tanto para ti, allí dentro, como para mí, aquí afuera. Desde el momento que perdiste tu libertad nuestras vidas trazaron rumbos distintos: era lo lógico y no se podía obviar. Fue precisamente porque tú me pusiste en aquella situación que ahora soy distinta, una nueva Verónica ¡y me gusta más que la de antes! Es extraña y sarcástica la vida: porque tú me abandonaste (aunque no fuera por deseo expreso) he podido encontrar la verdadera mujer que llevaba dentro ¡Ironías de la suerte!

Siento que nuestro matrimonio acabe así porque no deseo hacerte daño. Al contrario, ojalá salgas pronto y encuentres una mujer que te haga feliz ¡Te lo deseo de todo corazón!

Verónica.

2/V/01

Querido hijo mío:

¡Me siento la madre más dichosa del mundo! ¡Cuando recibimos noticias tuyas informándonos del día que abandonas definitivamente la prisión fuimos las personas más felices sobre la tierra! A tu padre le ha cambiado la cara de un día para otro. No parece el mismo, todo el tiempo nervioso y excitado como si fuera un niño.

Han sido unos años muy duros. Tu padre me tenía muy asustada, no quería comer, siempre encerrado en casa, como si ya no deseara vivir. Era lo que me hacía permanecer por las noches despierta, rumiando mi dolor y echando todas las lágrimas que delante de tu padre no podía. Pero todo eso ya acabó, por fortuna dentro de unos días quedará atrás. Ahora es el momento de que luches, encuentres trabajo y empieces a trazar una vida como todas las demás y así no meterte en más líos que puedan volver a regresarte allí ¡Eso ya no lo soportaría!

Puede que todo esto te haya servido y algún día mires estos meses de atrás como una oportunidad que te dio la vida, una segunda oportunidad que a muchos está negada.

Mi Miguel querido, el jueves de la próxima semana estaremos de nuevo juntos. En este momento es lo único que importa.

Te quiere tu madre,

Luisa.

13/X/01

Querida sor Juana:

Estoy conmovido por lo que acaba de hacer por mí. Nunca nadie me prestó ayuda y ahora usted ha desbordado todas mis ilusiones. Ya sabe que sigo siendo muy tímido y que mi cabeza funciona despacio, por eso prefiero un papel y un boli para decirle lo que pienso y siento.

A usted le debo la vida entera. Recién llegado a una prisión, sin amigos, sin familia, sin nadie. Casi ni me hablaba con los compañeros y ahora voy a poder trabajar cerca de usted, ayudar a los demás y conseguir el dinero necesario para llevar una vida digna. Su sorpresa al preguntarme si deseaba trabajar en su mismo grupo fue enorme ¡Ya me vio que parecía un cachorro, nervioso, temblando y sin poder parar!

Lo único que puedo prometerle es que mi corazón está con Dios y con usted, su mensajera, y que intentaré no fallarle jamás, Soy un nuevo Rogelio y sólo espero poder hacer con alguien lo que usted ha hecho por mí.

Dentro de unos días saldré y empezaré mi nueva vida, llena de esperanza y amor hacia los demás. Hasta entonces se despide

Su hermano de corazón,

Rogelio.

21/VI/02 Módulo 12

Mi amado Luis:

¡Cómo me iba a olvidar de nuestro aniversario! La sorpresa es que te acordaras tú y me enviaras una carta tan bonita ¡Nadie me dijo nunca cosas tan bonitas, en toda mi vida! En este momento estoy sola en el chabolo, hace rato ya que chaparon, pero mentalmente estoy contigo y me digo a mí misma: ¡Vaya suerte que has tenido, tía, al conocer a Luis! Yo intento hacerte feliz, aunque sea los pocos momentos que estamos juntos, y te escribo todos los días para que sigamos unidos y todo el tiempo que nos queda pasar aquí estemos menos solos. Luego quizás tengamos suerte. Pero de momento estamos aquí, es de noche, es presente y te quiero. No deseo soñar con nada más.

Tu chica preferida,

Teresa.

Antonio Palma

EL CORAZÓN DE LA BESTIA

Era un armario: uno noventa de altura, espaldas anchas como Castilla y zapatos en los que casi podía uno navegar. Pero lo cierto es que no tenía nada de gracioso y, además, era el que mandaba. Yo entré en el ala psiquiátrica de enfermería por un problema de depresión agudizado por el consumo de tóxicos. Necesitaba tranquilidad y consideré que era el único sitio donde podría encontrarla. Y al principio funcionó. Nada más llegar me asignaron una habitación en la que estaba un amigo de mi mismo módulo, un chico tranquilo que, otro más, había caído en la dependencia de las sustancias químicas. Al poco me relacionaba con todos, incluso se podía decir que hicimos un buen grupo: es lo que tiene esta vida de inmediatez, actúas en el presente sin importante el futuro porque ninguno lo tenemos hasta que no salgamos de aquí. Nos calmábamos en nuestros momentos más graves, cuando las lágrimas te inundan, el alma te duele lo indecible y no sabes bien el motivo. Es descifrar esa causa lo único que te cura, pero yo en aquellos días estaba aún lejos de saberlo, como el resto de mis compañeros. Así, no nos quedaba otro remedio que apoyarnos entre nosotros, como tullidos de distintos miembros que se acoplan para recomponer un equilibrio parecido a una persona de una pieza. En todo caso, la mayor parte del tiempo la consumíamos durmiendo, que es como una manera pequeñita e inofensiva de morir, y la medicación que nos suministraban nos ayudaba mucho a ello. El resto era leer alguna cosa: periódico, revista o libro, daba igual, y cruzar infatigablemente el pasillo de un extremo al otro en silencio, reconcentrados en nuestro mental desconcierto. Pero por esa frágil estabilidad teníamos que pagar un precio, y ese precio era él. Era tan sólo uno más de los presos, pero el poder que se le había concedido lo hacía terrible. Siempre vigilante de todo lo que sucedía, incluso del volar indeciso de una mosca, siempre paseando su enorme cuerpo de un rincón a otro como si tuviera un montón de cosas improrrogables que hacer, aunque todos sabíamos que sus funciones básicas eran muy pocas y de una complejidad acorde con su minúscula masa cerebral, siempre buscando algo en lo que poder demostrar su implacabilidad, y cuando lo encontraba aparecía su verdadera personalidad. Conmigo fue hostil desde el primer momento, algo en mi forma de ser lo irritaba profundamente, aunque ni el mismo debía saber qué. La primera discusión se produjo por una nimiedad, pero significaba un primer toque de atención. Para hacerlo más creíble, a un compañero que insistió más de lo que consideró oportuno lo tiró al suelo, se sentó sobre su pecho mientras se oía el crujir de un par de costillas rotas, y con toda frialdad, explicitando que no se trataba de nada personal, empezó a darle con los dos puños en la cara. El funcionario presente (en estos casos siempre hay uno o dos por lo menos) le puso una mano en el hombro y le dijo que ya era suficiente. Paró al instante y en unos segundos desapareció en compañía del responsable legal. Atendimos al compañero entre todos lo mejor que pudimos, aunque era bien poco lo que podíamos hacer, mientras la rabia nos hacía proferir insultos y amenazas contra el violento perro de presa. De pronto se abrió la puerta y entraron los de blanco, sujetaron al herido por los hombros y se lo llevaron con toda diligencia. Al cerrarse la puerta tras ellos se hizo un espeso silencio: todos sabíamos que eso sólo podía significar la celda acolchada de aislamiento, una celda dentro de otra celda dentro de una prisión: el rincón más olvidado. La normalidad no tardó en

restablecerse y volvimos a la rutina diaria, pero en la mente de todos estaba lo sucedido. Personalmente me afectó mucho, baste decir que confieso que sentí verdadero miedo por primera vez, y me alejaba de él en cuanto podía como medida preventiva porque sabía que terminaría por suceder algo, su trato y, en especial, su mirada clavada en mí me lo predecía. Y no trató en suceder la primera fricción. A la hora de comer llegó una doctora del propio Centro para hablar conmigo, saber cómo me encontraba y todo eso. Estuvimos un rato hablando y cuando terminé y llegué al comedor estaba cerrado y él esperándome en la puerta. Al lado, sobre una caja, estaba la bandeja con mi almuerzo. Me dijo que por llegar a esas horas tendría que comer ahí, de rodillas junto a la caja. Le conteste con rabia contenida que ya no tenía hambre y que, de todas formas, el arroz y el pollo ya estaban congelados. Me limité a coger la bandeja y vaciar su contenido en el cubo de basura. Fue un gesto inocente, y, además, nadie te puede obligar a comer, pero para él supuso un insulto. Hinchó su pecho, me clavó su mirada de asesino y me dijo sin levantar la voz que recogiese los muslos de pollo y me los comiera. Mi primera reacción fue contestarle, pero el miedo me venció. Hurgué en el cubo, recogí con un asco infinito una de las piezas y empecé a morderla con más humillación que repugnancia. Me sentía como si ese cabrón me violara la voluntad, pero no había otra salida. Al poco me dijo que ya estaba bien y que me marchara a mi habitación. Lo primero que hice al entrar fue dirigirme al baño, vomitar todo el contenido del estómago y enjuagarme la boca con dentífrico una, dos, tres veces...Fue un momento que me hundió más en mi depresión, en mi miedo, en el llorar convulso, como si la pequeña calma en la que había permanecido los últimos días se hubiera hecho añicos. Decidí volverme invisible para él, y lo conseguí durante un tiempo, justo el que necesité para reconstruir los pedazos que me había dejado. Cesaron las lágrimas e incluso conseguía sonreír alguna que otra vez, siempre por el esfuerzo de mis compañeros. Los días se sucedían y creí que el horror había quedado atrás, quizá por ello bajé la guardia. Por eso y por la visita de las *hermanas*. Los domingos venía el capellán de la prisión y oficiaba la misa en el comedor habilitado de la mejor manera para ello, pero los sábados por la tarde venían de visita dos monjas que nos traían su cariño, su alegría, su comprensión. También nos daban algún caramelo o cigarrillos sueltos a los que fumaban, pero era la dulzura de su amor lo que nos hacía sentirnos humanos, y eso es especialmente importante en un sitio como aquel. Incluso él parecía tener un corazón debajo de ese aspecto repulsivo. No era de la misma secta cristiana que las *hermanas*, pero las trataba con ecuménico cariño, como si de un fiel bondadoso se tratara. Era el único momento en el que te hacía dudar de su verdadera naturaleza, pero en cuanto marchaban se quitaba la careta y nos lo hacía saber con toda contundencia. Estaba con otros compañeros poniendo otra vez en orden el comedor cuando una silla se cayó con más ruido que peligro, pero al instante apareció en el marco de la puerta preguntando quién la había tirado. Al contestarle que yo, no me dio tiempo a explicarle que se trataba de algo involuntario. Para entonces tenía marcados sus cinco dedos en un lado de mi cara. Al sentir la segunda, la tercera, la cuarta bofetada no pude resistir más y me lancé contra él con todas mis fuerzas. Fue un tremendo error. En dos patadas deshizo el orden de mesas y sillas y dejó un espacio lo suficiente amplio para poder moverse con libertad. Lo primero que sentí fue una patada en el estómago que me hizo doblarme sobre mí mismo, lo que aproveché para combinar sus puñetazos con golpes de rodillas. Empezaba a sangrar por la nariz y la boca, lo que no me permitía ver casi nada de lo que estaba sucediendo. El dolor no llegaba y eso me hacía vencer el pánico, a lo que me aferraba con desesperación. No fue

necesario aguantar mucho tiempo, una punzada en la base de la cabeza hizo que todo empezara a dar vueltas hasta desaparecer en la negrura. Cuando recobré el conocimiento me encontraba en la celda acolchada, curado y vendado, y con todo el cuerpo dolorido, pero mitigado por el efecto de algún fármaco inyectado. No se por qué, pero en medio de todo aquello sólo pude pensar en el falso corazón de la bestia.

Antonio Palma

ESO NO SE HACE

No pude evitarlo. Aunque sabía que aquello estaba muy mal no pude controlarme al abrir la puerta del servicio y verlo allí encajado, con la cabeza en una posición imposible, las costillas al descubierto y las vísceras rebosándole a los lados del cuerpo, todo el suelo encharcado de sangre y las piernas dobladas como las de un pelele de trapo.

El tema estaba claro, se sabía que sucedería desde el momento en el que al *Ruso* se lo llevaron a otra cárcel. El *Palanca* se creía el más listo de todos, caminaba como si el módulo fuera de él, más *kíe* que ninguno porque el *Ruso* siempre estaba a su lado. La mayoría lo evitaba, no por miedo o aún menos por respeto, tan sólo para no meterse en líos o evitarse una sanción. Pero siempre tenía un grupo a su alrededor, los típicos *nadie*, los que no son ni serán nunca nada en la vida, individuos superfluos que se pegan a aquellos de los que pueden extraer algo para satisfacer sus primitivos instintos, que al fin y al cabo se tratan de poca cosa: fumarse unos cuantos *chinos* de heroína a lo largo del día, consumir unos cigarrillos y tomarse su café después de desayunar, comer y cenar. El *Palanca* era uno de los que andaba vendiendo paquetillas de heroína, pero como tenía más vicio que cabeza siempre le estaba debiendo algo a unos y otros. Era de los que si encontraba a alguien que sólo quiere pagar su condena y no tener el más mínimo lío le pedía dinero a la primera ocasión con promesas de devolverlo de inmediato y nunca más se volvía a saber del mencionado dinero. Era preferible perder mil o dos mil pesetas antes que tener algún problema con él.

Llevaba mucho pagado el *Palanca*, pero pese a los años que llevaba detrás aún le restaban más por delante. Tenía una condena de diecinueve años por reincidencia en robos (de cuya técnica le venía el nombre), armas, agresiones y algún que otro etcétera. Era consciente de que no le iban a dar nada: ni un permiso, ni un tercer grado, ni el adelantamiento de la Condicional. Hasta las tres cuartas partes por lo menos sabía que se la *comería a pulso*, de un sólo tirón. Eso hacía que no le importase nada, no le tenía respeto a los guardias, a los compañeros, a las cosas. No le tenía verdadero respeto a nada. Él funcionaba de acuerdo a otros impulsos, tales como "*si deseo algo me lo procuro por el medio que sea*" o "*si soy más fuerte que él, lo suyo es mío*". Sólo atendía al interés o al miedo, tanto al ajeno como al suyo propio, eran su mecanismo de supervivencia. Pero tampoco hay que pensar que era mala persona, no tenía malos sentimientos, quizá porque no tenía ninguno. Su vida era moverse desde la mañana con el *Ruso* siempre a su lado. Hay que aclarar que no es que éste fuera ruso, era de Vitoria, sino que tenía un cuerpo enorme, el rostro colorado y el pelo rubio como los nativos de ese país. Lo primero era conseguir una plata para fumarse un *chino* y luego empezar a funcionar. Iba recorriendo todo el patio, hablaba con unos y con otros: se organizaba. Si no tenía heroína era porque estaba esperando que entrara en algún vis a vis, entonces buscaba a los que tenían y negociaba con ellos para su devolución. No era tonto y sabía con quién se la jugaba, por ello el material era algo que siempre devolvía, aunque tardara algo más de lo

convenido. Del *Ruso* se decía que fumaba como un cosaco, siempre estaba pegado a una plata y eran muy pocos los que le negaban unas caladas porque él también solía invitar a todos. Aunque parecía que era el guardaespaldas del *Palanca*, y en cierta manera lo era, no se limitaba sólo a eso, pegado siempre al otro conseguía entrar en todos los negocios y aunque le tomaran por tonto, por ser demasiado simple, no lo era en absoluto. Nunca le debía nada a nadie y siempre se le veía con dinero. Pese a pasarse el día fumando heroína, prácticamente no se le notaba y podía permitirse lujos como cerveza, patatas fritas o bollos. No es que ganara más que su protegido, es que tenía más cabeza para el dinero. Hacían una extraña pareja, pero no parecían vivir mal, estaban ambos demasiado hechos a la vida privada de libertad como para notar su ausencia.

Así, las cosas no parecían ir mal hasta que entraron los cuatro atracadores de joyerías. Eran una banda que había robado en las más importantes con una violencia tan extrema que causó la alarma social y toda la policía andaba tras de ellos. Cuando al final los detuvieron a la salida de un establecimiento en pleno centro de la ciudad, con tiroteo incluido, fue noticia en todos los medios. Entraron al módulo pisando fuerte, sin miedo, pero sin abusar de nadie. Vestían bien, pantalones y camisas de marca, buenos zapatos, siempre su paquete de Marlboro o Winston, se veía que manejaban dinero. Empezaron a comprarle heroína al *Calvo*, era un tipo serio, siempre tenía material, y del bueno, y nunca había problemas con él. Lo preferían con mucho al *Palanca*, a éste nada más verle se sabía cómo era, que alguna te liaba y que era preferible no tratar con él, y más gente como ellos que no les faltaba el dinero. Solían comprar cuartos o medios gramos, nada de posturas, y siempre pagaban. Para un buen comerciante eran los clientes perfectos, pero el *Palanca* era un imbécil. Aunque era raro, el *Calvo* se quedaba sin material de vez en cuando y entonces se veían obligados a acudir a él. En las primeras veces que les sirvió heroína no hubo problemas, todo fue bien, lo que les hizo bajar la guardia a Jaime, Roger, Carlos y Quique, a los que todos llamábamos los *atradores*, por lo que un día le dieron dinero por adelantado. El *Palanca* no sólo no tenía nada, sino que además le debía dinero al que se la daba. Intentó hacerse la jugada: pensó pagar la deuda con el dinero que le habían dado y que le fiara, para así darle lo suyo a los otros y el quedarse con algo, pero le salió mal. El que tenía *caballo* cogió su dinero, dio la deuda por saldada y le dijo que no pensaba fiarle nunca más, que ya estaba harto de que siempre le debiera y de no cobrar hasta que a él le diera la gana. El *Palanca* primero le rogó cuanto pudo, pero viendo que no conseguía nada empezó a amenazarle. Se intentó resistir, pero el *Ruso* se acercó intimidante y terminó por dárselo y pedirle que se lo pagara cuanto antes. Al final los *atradores* tuvieron lo que habían pagado por adelantado, pero se enteraron de la manera en que lo había conseguido y no les gustó nada, por lo que decidieron no volver a *pillarle* nunca más. Pero en una conducción se llevaron al *Calvo* y hubo una verdadera crisis, nadie parecía tener una micra de heroína. Menos el *Palanca*, que intentó aprovecharse de ello. Pese a la promesa hecha los *atradores* volvieron a tratar con él. Quedó en darles medio gramo en el momento y uno al día siguiente, que pagaron de una vez. El *Palanca* les dio la *papela* con el medio gramo y todo quedó bien, pero al día siguiente cuando los otros le pidieron lo que restaba éste empezó a darles largas y ponerles excusas. Así estuvo tres días por lo que al cuarto se enfrentaron en el gimnasio. Se iban a enzarzar en una pelea cuando el *Ruso* sacó un pincho del tamaño de un machete, por lo que los otros tuvieron que contenerse. El *Palanca* se envalentonó y en medio del calor de la situación, creyéndose

más *kíe* que nadie, les gritó que se olvidaran del gramo porque no pensaba dárselo nunca. Eran veintidós mil pesetas, pero incluso eso era lo de menos, lo que "enfermó" a los *atracadores* fue la humillación, por lo que desde ese momento se la tuvieron jurada. No se cruzaban nunca y procuraban mantenerse lo más lejos el uno de los otros, pero el odio y el deseo de venganza ya estaba clavado en sus corazones. El *Palanca* lo olvidaría, ellos no podrían.

Por eso, cuando al *Ruso* le dijeron que recogiera sus cosas porque se lo llevaban de *cunda* a otra prisión el ambiente general del módulo se hizo más espeso. Eran muchos los que tenían cuentas pendientes con el *Palanca* por lo que ahora, indefenso sin su guardaespaldas, era vulnerable ante cualquiera. A él se le vino el mundo encima y andaba completamente nervioso de un lado para el otro dudando si *refugiarse* o no. Era una solución: refugiarse y pedir el tras lado a otro penal, aunque eso de esconderse era de cobardes. La verdad es que no tuvo tiempo de decidirse. Estando en el servicio orinando, no hacía ni dos horas que el *Ruso* había salido por la puerta, llegaron los *atracadores* y cerrando la puerta de fuera se lo llevaron al fondo, junto al último de los urinarios, lejos de la cámara y las miradas ajenas. No le dijeron nada, no le insultaron o le recordaron la deuda, ni tan siquiera abrieron sus bocas para explicarse, simplemente sacaron los pinchos que se habían procurado y los hundieron en su cuerpo, por el cuello, por el pecho, por el vientre. Lo arrojaron a una de las cabinas, le rajaron de arriba a abajo y le doblaron las piernas rompiéndoselas para que no sobresalieran por la puerta. Se lavaron las manos, uno se quedó con las armas para deshacerse de ellas y fueron saliendo uno a uno a intervalos, dejando el último la puerta de los servicios abierta. Cuando yo llegué no me lo esperaba, al abrir la puerta y contemplar el espectáculo que se ofrecía ante mí no pude evitarlo, mi estómago se contrajo por un impulso inconsciente y por mi boca salió todo su contenido, ensuciando las paredes, pero en especial, cayendo sobre él. Sé que eso no es respeto, y aún me lamento de una cosa así. Reconozco que me siento culpable de haberlo hecho, tenía que haber tenido más autocontrol, haber sido más humano ante una persona así, al final de sus días tan horriblemente muerta, pero fue totalmente involuntario. No es necesario que nadie me diga nada, ya sé que eso no se hace.

Antonio Palma

LA FELICIDAD CABÍA EN EL CULO

Después de todo él era un intelectual ¿qué hacía entonces ahí, encerrado como consecuencia de una fatalidad que llevaba años inconscientemente persiguiendo? Le gustaban las ideas, como la de que la vida es un chiste del que somos los protagonistas y nos morimos tras la carcajada que dan los demás, y las palabras, hermosas y llenas de pleno sentido, como priapismo y dipsomanía. Le gustaba el mar y la montaña, y cabalgar sobre una bella y mala mujer de piel húmeda y garganta quebrada a media tarde, con los rayos del sol de verano filtrándose a través de la persiana. Pero casi nada de eso podía ser ya, ahora era caminar con paso compulsivo de un lado a otro del patio de cien metros de hormigón entre seres que parecían las múltiples imágenes de sí mismo, algunas de lo peor de sí mismo, reflejadas por un prisma de caras irregulares. Un paso y otro después del anterior hasta llegar al final y dar la vuelta para parecer que se volvía a repetir el mismo recorrido, el mismo lugar, el mismo camino. Pero no era así, pues aunque el espacio era permanente, estaba el tiempo ¿Qué ocurría con el maldito tiempo? No se detenía, al menos eso le salvaba, pero podía ralentizarse y sentir como si no transcurriera, sentir cada milésima de segundo tan intensamente que los minutos tardaban horas en pasar. Y eso era lo que quería él, que los días fueran desprendiéndose rápidos del calendario tal como había visto en alguna película antes de volver a aparecer el protagonista con algunos años más. Por todo eso estaba triste, y fumaba un cigarrillo, ya que no tenía otra cosa que fumar ¡Y aún quedaban dos horas para que su amigo volviera! ¡Tenía que hacer algo para deshacerse de su profunda tristeza, coger como si de una gabardina se tratase y colgarla en algún rincón del que se pudiera alejar y, con un poco de suerte, olvidar donde la había dejado!

"Si estamos parados en un cruce de un retículo infinito mientras un amigo vaga sin rumbo por la red de calles, podemos tener la certeza práctica de acabar reuniéndonos con él, siempre y cuando estemos dispuestos a esperar tanto como haga falta", decía la cita de John G. Kemeny que antecedió al relato que tenía entre las manos: sonaba prometedor y, en cierta forma, hasta profético. Por eso hundió su mirada entre las páginas y comenzó a enhebrar una tras otra las palabras que le sumieron en la lectura para sacarle de ahí y del tiempo. No era más que un sucedáneo y la vida una mierda, pero de momento qué más podía hacer. Vagó por las calles más sórdidas de una ciudad americana del sur profundo y racista, conoció a extraños personajes que parecía que continuamente se separaban para más tarde volverse a encontrar en las circunstancias y lugares más extraños, tejiendo un destino sin rumbo que nadie ponía empeño en cambiar. Perdido en los raros vericuetos de la narración el tiempo se fue consumiendo sin que su percepción le dañara, pero con cierta desazón producida por las palabras que los entes de ficción se decían entre sí. Cuando ya la muerte había hecho su pestífera entrada y el telón parecía que iba a caer sintió una mano sobre su hombro. Con la visión de su amigo la emoción fue creciendo lentamente en su pecho, aunque se resistiera un poco a ella tratando de que sólo un ligero destello apareciera en sus ojos. Como todo había ido bien, ya la prisa tenía menos sentido, por lo que le pidió que le esperara unos segundos y degustó con especial lentitud las pocas palabras que le restaban para

abandonar tan inusitada historia, lo que aprovechó el otro para desalojar de su interior la preciada bolsa. Al poco ya estaban los dos en un servicio dando inicio al ritual: él quemaba con el mechero el papel interior de un paquete de cigarrillos viendo como las llamas respetaban la lámina de metal de la que estaba hecho, mientras su compañero desplegaba con primoroso cuidado el sobrecillo que contenía los polvos mágicos. Luego, con la esquina de una tarjeta extrajo una pequeña cantidad que depositó sobre la *plata*, cogió el tubito que del mismo material fabricara y se dispuso a entregarse al placer. Con la llama baja iba quemando el metal a la vez que sus pulmones recogían el humo resultante, siguiendo la línea con verdadera delectación. Tras llegar al final de la hojilla se la pasó a él, que la recibió con una emoción franca. Repitieron la operación tres veces cuando sintió que una paz extrema se iba apoderando de él, una beatitud inefable que cubría todos sus sentidos, pero todavía se veía una pequeña gota oscilar de un lado a otro al ritmo que sus deseos le marcaban, hasta que terminó por desaparecer dejando una minúscula costra negra en su lugar. El patio volvió a recibirle como unas horas atrás, pero no era el mismo, ni la luz, ni los pasos, ni la gente. Estaba tranquilo y a gusto, y nada le parecía ya tan desagradable. Al contrario, podía decir que se sentía feliz, que *era feliz* y el mundo no era un sitio tan malo. De hecho, la vida no podía ser tan horrible si la felicidad cabía en el culo.

Antonio Palma

EL FRUTO DE SU VIENTRE

Siempre es igual el dejarse llevar por los pensamientos. Es pasear de un lugar a otro recorriendo toda clase de sutilezas importantes o, por el contrario, el más fútil de los instantes perdidos. Pero hay una clase de intimidad que ella siente como la más remota y valiosa libertad: acercarse a rozar lo más recóndito de sí misma. El espejo le devuelve la imagen de una mujer madura, sabia por haber vuelto de las cosas que los años terminan por enseñarte aunque no quieras y que, sin embargo, nunca pierde del todo su inocencia. La mesa, repleta de cremas, leches hidratantes, aparatos para el pelo, pinturas, polvos y toda clase de frascos, es su pequeña isla. Sabe que es una tontería, pero alguna manera debe tener para trabajar, hacerse cargo de una casa y de un hijo en los peligrosos veinte y tantos y no acabar enferma por ello. Es sentarse a la mesa, ver su imagen nítida frente al espejo y sentir que se encuentra en una especie de refugio, donde nadie puede dañarla o hacerle mal alguno. Luego está el resto del mundo, salir ahí afuera y luchar en una vida cada vez más complicada o, al menos, es lo que ella piensa de su trabajo, de su hijo y del resto de problemas con los que tiene que enfrentarse diariamente. Pero tampoco hay que exagerar. Con precisión pasa la barra de carmín por sus labios y se levanta dejando sus pensamientos disolviéndose junto al espejo para marchar a la oficina en la que deberá demostrar a diario que no es la jefa por espurias razones y que es la mejor en lo que hace. Se acabaron lo pocos minutos dedicados a ella misma. Otro día más.

El escenario tiene todos los ingredientes para revolver al más duro de los estómagos: un cuerpo de mujer destrozado a cuchilladas por todas partes, la habitación completamente revuelta y las paredes manchadas con la sangre que fue derramando la víctima en su lenta agonía. Desde luego, el dolor deformó su rostro, aunque no le diera tiempo a ver para qué letras servía su sangre. Es un espantoso cuadro que parece no tener explicación ¿Qué clase de persona es capaz de hacer una cosa así? ¿Qué sentido tiene el mensaje escrito? Desde luego se trata de un enfermo, alguien que no es capaz de distinguir lo más obvio de lo más sencillo, alguien cuyo universo no va más allá de su propia vida. Los numerosos miembros de la policía recogen todos los datos, los detalles más nimios en un intento de dar algún sentido a todo esto averiguando su autoría. Quizá sólo fuese un intento vano que no haría bien a casi nadie, quizá fuese la única manera de hacer descansar a aquellos a los que esta muerte ha destruido la paz de su corazón. En cualquier caso, algo hay que hacer, no pueden limitarse a trasladar el cuerpo para su inhumación y limpiar la habitación de tal manera que no quede ninguna constancia de ello. Como si no hubiera ocurrido, como si la muchacha no hubiera existido. Eso no es justo. Alguien tendrá que pagar por ello.

El maquillarse es su pequeña tortura diaria. Por supuesto, hace lo que en este momento cree que es mejor, pero hay un precio para todo y en este caso es estar frente al espejo cambiando su cara por la de un estúpido sueño masculino. Su pelo, cada poro de su rostro y su cuello, el deseo en unos pechos siempre ofrecidos, sus

piernas, larga sorpresa al final de todo su recorrido, todo tiene su forma y su truco previamente determinado. Nada se deja al azar. El pequeño pero coqueto apartamento en el que vive es su único lugar privado. No es un hogar, es un refugio. Su refugio. La noche, la agresiva ciudad, todos los desconocidos con los que trata, de los que siente que tiene que defenderse, le crea una pulsación constante ante lo que pueda pasar. Es una mujer y está sola, eso siempre lo tiene presente. Sabe cuidar de sí misma, al menos le ha ido bien hasta ahora, y confía en su instinto para no meterse en problemas. Puede que entregue su cuerpo por dinero, pero eso no hace de ella una persona muy diferente. Tiene sus seguridades y sus miedos, como casi todo el mundo, e intenta controlar su vida. Por lo demás, piensa que es casi feliz. Es imposible medirlo, pero hay más momentos que se siente bien, ha desaparecido la tristeza y no está enfadada con la vida. Mantiene cierto pulso y lo está ganando, es lo que se puede concluir de ella.

Siempre se ha sentido diferente, desde niño. Había algo en él que hacía ver al resto como criaturas casi inferiores, casi todos lerdos o idiotas. A él no le costaba nada aprender, y sentía ridículo que los demás se afanaran tanto por algo tan sencillo. En su casa siempre se le ha tratado como igual, su madre es inflexible en eso, pero desde su infancia había sabido jugar perfectamente con los deseos de ella y los suyos propios. Sabe lo que quiere ver y eso es lo que le muestra, pero su vida siempre ha estado y está aparte. Un mundo único y maravilloso que constituye su ser y que nadie es capaz de imaginar. No necesita casi nada de los demás, un poco de ayuda y su capacidad para reducirlos al insulto. Da clases de matemáticas y aún no ha conseguido sorprenderse con nadie, un alumno siquiera al que enseñar de verdad. Pero el mundo es ancho y estéril y solo queda uno mismo. Lo demás, lo de ahí afuera, no es más que materia maleable según su propia voluntad. De eso carecen la mayoría de los demás, de verdadera voluntad, y eso los pierde a todos, siervos de sus pequeñas mezquindades que no son capaces de abandonar. No hay que depender de nadie. Casi no existen los demás.

Está convencida de que le ha dado una buena educación a su hijo. Lleva toda su vida engañada perfectamente por él. Un doble juego, un doble mundo, dos esferas que no se superponen nunca la una a la otra. O una u otra, es así de sencillo. Ella hace poco que se independizó al irse él a vivir a otro barrio. Trabaja para sí misma, porque lleva mucho tiempo haciéndolo y porque le gusta. No es capaz de resistir demasiado en casa, enseguida se pone nerviosa y termina por salir y lanzarse a la calle. Siempre ha deseado vivir la vida a tragos, aunque muchas veces han sido amargas las que ha tenido que soportar. La vida es difícil, pero lo es todavía peor si tienes que ser buena madre, buena trabajadora y buena ama de casa. Un equilibrio complicado y a punto de estallar la mayoría de las veces, pero que termina por resolverse de una manera o de otra, es la maravilla de la vida, que deja las cosas como deben estar. Al menos es lo que ella piensa. Lo que ella cree.

La policía busca incansable al asesino, ino han vomitado por nada!, pero lo cierto es que no tiene muchas pistas. El asesino es hábil e inteligente, sobre todo muy inteligente. Se encargó de no dejar una sola huella o pelo o fibra o cualquier otra cosa que le delatase. Se encargó muy bien de limpiarlo todo, todo menos aquello que formaba parte de su representación. El que la mujer no presentara rasgos de haber sido violada les desconcertó al principio, pero terminó por encontrar sentido: había tenido relaciones pero aceptadas por la

mujer. Hubo sexo, pero no violación. Aunque eso no rebaja en nada la opinión que tienen del sujeto. Lo odian y quieren atraparlo, lo que es perfectamente lógico teniendo en cuenta quienes son, cual es su trabajo y la sensibilidad que tienen ante todo este tipo de historias. Al fin y al cabo, ellos son los que encuentran los cuerpos sin vida, cuerpos en tales estados que resulta difícil acostumbrarse hasta para ellos mismos, si es que alguna vez lo consiguen. No tienen nada con lo que empezar, pero están seguros de que se trata de un psicópata, de un enfermo que podría volver a repetir el macabro acto o que podría tener enterrado algún cadáver que ellos desconozcan. Esto los mantiene muy nerviosos, y no es bueno que estén nerviosos. Los días se suceden sin que la investigación avance un ápice hasta que una casualidad hace que encuentren la punta de la madeja. El resto es rutina.

La primavera avanza tímidamente en largas tardes de sol y a última hora su luz chorrea por los tejados y por las calles, callejones y avenidas del lado oeste. La noche está a punto de envolverlo todo y ella cruza muy despacio el parque para sentir esos últimos rayos que la vuelven a la niñez y por un instante todo es como si desapareciera, como si no pudiera hacerle jamás daño, pero en cuanto abre los ojos está ahí, impertérrito y sólido. El paseo se transforma en el caminar rápido de quien tiene que llegar a alguna parte. Su lugar de trabajo no es demasiado amplio, pero siempre puede ir de un rincón a otro, moverse y no sentirse pesada como cuando se queda parada. Así, acaban por dolerle los pies y entonces en un suplicio hasta que se quita los zapatos de tacón alto. No hay mucho ambiente, el mes y la semana no son los más propicios, pero sabe que si tiene paciencia y constancia no volverá de vacío a casa, al menos es lo que ella piensa. El tiempo transcurre pesado, un farro repleto de aburrimiento que la hunde en el sopor más profundo. Con cierta amargura corrige y cree que el día será como muchos, como todos los que se encierran en el cajón de los olvidados.

Él no había querido irse de casa. Era lo último que hubiera deseado hacer, pero no le quedó otra solución. Tenía que castigar a su madre por todo lo que le había estado haciendo y pensó que su marcha le dolería tanto que terminaría por ceder, pero no fue así, aunque se escandalizó al principio, terminó por aceptarlo con una tranquilidad que terminó por hacer que él se sintiese el perjudicado. Con eso no pudo y una rabia nueva y poderosa fue empapándole hasta que terminó completamente mojado. Siempre había despreciado a los demás, no los sentía como iguales, pero no les concedía lo más nimio de su preocupación, y, sin embargo, ahora los detesta con todo su ser. Por el contrario, ama incondicionalmente a su madre, aunque le hubiera hecho tanto daño. Era el único ser que existía fuera de sí mismo. Pero pese a ese amor, no puede creer lo que está oyendo. Su madre vocifera enfadada de verdad y le espeta todo lo que no admite discusión. Puede incluso que ella guarde razones que teme exponer, el caso es que no aguanta más, el odio es más fuerte que el amor y huye avergonzado por ello ¡Cómo odiar a su propia madre! Baja a la calle y se pierde entre el gentío, ajeno a cualquiera de las miles de historias simultáneas que se crean y se rompen continuamente. Termina por reaccionar y sentir todos esos inútiles seres rodeándole y un vacío se abre bajo sus pies.cae y cae por un tobogán interminable hasta que consigue levantarse un instante, el necesario para hacerse con parte del control del cuerpo que pone rumbo al silencio, a aquellos lugares por los que casi nadie transita y que son su salvación. Ahora ya no tiene que enfrentarse a ellos y el dominio completo de su persona retorna. Comienza a sentirse

bien, tanto que decide que no es un mal momento para estar con una mujer, alguna despreciable, como lo son todas, y a las que gusta dominar por unos cuantos billetes. Piensa que es una magnífica opción. Sin embargo, y aunque él no se percate de ello, su nueva vida comienza aquí.

Nada podía fallar. Ahora sabían quién era. No podían dejar pasar por alto ningún detalle, obviar un último resquicio por el que pudiera hacer una huida legal. Pero no tenían prisa. No es que les gustara que ese tipo anduviera suelto por las calles, pero lo tenían controlado, la vigilancia constante a la que estaba sometido les permitía intervenir en cualquier momento, en cuanto ese despreciable enfermo intentara volver a intentar lo más mínimo contra alguien. Aunque no parecía que ello volviera a suceder, al menos de momento. Eso lo tenían que reconocer. Su vida es casi la de cualquier joven de su edad, si no fuera por no trata con nadie más que con su madre. Tiene compañeros de trabajo, pero no son sus amigos, no salen juntos fuera del Centro de Estudios, no los trata fuera de allí. Parece que leer y ver películas son todos sus entretenimientos, siempre solo en casa. Pero ya le queda poco, muy poco. Pronto estará rodeado de iguales y de tiempo, un largo tiempo.

Sale con la vaga noción de divertirse un poco. No lo hace mucho, pero hay días que la rutina en vez de ser su aliada se vuelve insoportable. La calle está llena de gente, la noche saca a hombres y mujeres como a murciélagos, esos animales tan repulsivos. Termina por entrar en el bar más vacío que encuentra, pedirse una copa y situarse en el ángulo más alejado. Bebe. Despacio. Tampoco suele beber, no necesita ninguna sustancia para encontrarse feliz, pero no le resulta desagradable. Un trago, notar el líquido atravesando la garganta y cayendo hasta perderse en su interior. Calor, algo que inunda siendo inaprensible. Y la noche, que no se sabe que puede traer. Otro trago, la misma sensación, pero el sabor empieza a detectarse. Nuevo trago, un poco más largo, ahora le gusta lo que bebe, es muy agradable al paladar. Otra sensación aparece, es como un silencio dichoso, algo extraño que siente por primera vez. En realidad no lo es, su recuerdo lo ha traicionado sólo un segundo, pero lo recuerda, algo vagamente, como si hubiera sucedido hace mucho tiempo y en un grado mucho menor. Sonríe, se bebe el resto de un sorbo y pide otra. En cuanto la tiene frente a él, bebe con fruición, con cierto desmedido empeño. Cada vez un poco más que la anterior. No tarda en encontrar el final del vaso. Paga y se marcha más fuerte que nunca. Su masculinidad le corre por todo el cuerpo y siente que tiene necesidad de vaciarse en una mujer. Sus pasos toman el camino de una zona conocida y algunas veces transitada siempre con el mismo objeto. Otra cosa no tendría ningún sentido. Algo alejada de las demás se encuentra una morena, de unos veinte años largos, cuerpo fibroso y pecho abundante. Pero aunque haya analizado su físico, es esa soledad lo que le atrae de ella. Se acerca, intercambian palabras estúpidas hasta llegar a lo realmente importante, al negocio, a la razón de que ambos estén allí. No tardan en ponerse de acuerdo. Él no regatea. Al no disponer de coche, la joven le ofrece una habitación muy cerca, pero se niega. No sabe por qué, pero lo que desea es que la lleve a su casa. Ella lo insulta y grita, pero termina por aceptar, tampoco sabe por qué. No tardan en llegar en un taxi a un pequeño apartamento abuhardillado en el centro mismo de la ciudad. Es coqueto, y cómodo. Todo está cerca. No hay besos, no hay abrazos, se dan una ducha, se secan y se van directamente a la cama. Él parece tener una sed espantosa y la enviste con cierta violencia una y otra vez. No llega. Dentro de su cuerpo siente las sacudidas como si no tuvieran final, como si lo dominara una resistencia prodigiosa. El agarrotamiento

de la postura siempre mantenida y del esfuerzo que tiene que realizar hace que aparezca el cansancio. No va a poder aguantar mucho más. Al final no es necesario, él se vacía con un grito que tiene algo de siniestro y su cuerpo se vuelve laceo. No dicen una palabra. La muchacha comprende que no es el tipo de persona que le guste hablar. Es amigo del silencio, y lo guarda. Tras unos segundos de recuperación se marcha al baño, donde se vuelve a duchar. Nada de ella, ni el más mínimo rastro de su olor. No sabe por qué, pero siente hambre. Va a la cocina y abre el frigorífico. Echa una mirada y nada le resulta atractivo, al final se decide por una manzana, la mordisquea y, al volverse descubre un juego de cuchillos sobre la encimera. Coge uno, luego lo deja para elegir uno mayor. Este le gusta ¿Qué se debe sentir cuando le quitas la vida a alguien? Vuelve a la habitación y ella no comprende nada hasta que es demasiado tarde. Su cuello ha sido cortado de un lado a otro. Su cara se contrae con expresión de dolor. Ya no tiene vida, pero no da muestras de importarle. Clava el cuchillo en el cuerpo una vez, luego otra más rápido, una y otra vez, una y otra vez. Siente una rabia extraña que le domina, pero es un espejismo. Recuperado, con tranquilidad, le abre el vientre desde la nuez hasta el vello púbico. Se aleja, contempla la escena y regresa a hacer modificaciones. Una idea obsesiva le asalta. Busca por toda la casa hasta encontrar lo más parecido a una brocha. La introduce por el interior del cuerpo despedazado y la empapa, se pone enfrente de una pared y escribe unas palabras. Observa todo con una beatitud creciente. Busca dentro de sí mismo pero no siente nada enorme o dramático, quizá cierto atisbo de vulgaridad. Posee un pensamiento práctico. Resta mucho trabajo por delante. Suprimir su presencia en aquel lugar.

El mundo entero se derrumbó bajo sus pies. El dolor más intenso que jamás hubiera imaginado se apoderó de ella y ya no la abandona jamás. Estaba preparada para lo más horrible, para un accidente, un enfermedad grave, incluso su muerte, y es indescriptible para una madre la muerte de su hijo. Para todo, menos para esto. Las imágenes en televisión no le permitieron tener ninguna duda, él tampoco trató de ocultarse. Su mundo desapareció. El mundo desapareció y no sabe cómo regresar a él. Al dolor se une la vergüenza, la duda, la culpabilidad ¿Qué clase de ser había traído a este mundo? ¿Qué clase de monstruo surgió de sus entrañas? Y se odió, con un odio profundo, antiguo, irremisible. Toda su vida había sido un completo absurdo. No importaba, ya nada importaba. Sus uñas se clavan en su vientre cada vez con más fuerza, con más violencia. Nunca dejará de hundirlas en su cuerpo. Hasta el final.

Antonio Palma

HEROÍNA

¿Es que eso podía ser tan peligroso? ¿Te salta al cuello, te apuñala, te dispara? No era más que un poco de polvo marrón, inerte, sin vida, inocente en su pura simpleza. Y sin embargo...

Todo comenzó a los pocos días de entrar en prisión. Carlos vivía en una celda con otros dos traficantes, gente curtida en muchos años de delincuencia y que procuraban protegerlo porque era *blanco*, primera entrada, y no sabía nada de aquello, ni tan siquiera se le veía ducho en el propio comercio ilegal de la coca. Se sentía tranquilo con ellos y procuraba poner toda su atención en lo que le explicaban o contaban para no seguir siendo durante mucho tiempo un inexperto, un tonto, es decir, un *pipas* en términos de allí dentro. Una noche que el recuento había acabado y estaban aislados por el cerrojo exterior empezó a haber ciertos movimientos que le resultaron extraños, pero nada quiso preguntar. A los pocos minutos vio sobre un buen trozo de papel de plata ese polvo marrón que no insinuaba ningún peligro. Le preguntaron si lo había probado y contestó con sinceridad: no, no lo había probado. Le dijeron que por ellos no había problema, no era una cuestión de dinero, pero que se lo pensara porque las primeras veces tiende a sentar mal y a provocar vómitos. No había inconveniente, ya se encargaría él de atenuar los *efectos secundarios*. Puestos todos de acuerdo no hubo más que hablar: por riguroso turno se iban pasando de mano en mano un tubo del mismo material semimetálico por el que aspiraban el humo que desprendía la gota oscura en que el polvo se había convertido por efecto del calor. No fueron muchas las inspiraciones que hicieron hasta que el denso líquido desapareció. Sus otros dos compañeros lo miraban disimuladamente esperando un súbito mareo o un vómito incontrolable, pero nada de eso ocurrió. Se subió a la litera sin ningún problema, se tumbó en la cama con las manos apoyadas sobre el pecho y sintió la más maravillosa sensación de sosiego que jamás antes le embargara. Era un cielo químico, falso, pero un cielo en definitiva en un lugar que podía parecerse mucho a un infierno. Nada le importaba ya, todo estaba bien y lo único que necesitaba era fumar un cigarrillo. Con él entre los dedos la felicidad resultó completa. Lo que no supo en ese momento es que había cometido el mayor error de su vida.

Suponía que había seguido el mismo camino que la mayoría de los que entraban en Carabanchel por primera vez: trabajó en la limpieza de la galería, luego intentó conseguir un destino mejor acabando en el grupo de teatro de la propia prisión. El teatro le fascinaba desde hacía mucho tiempo, pero nunca tuvo la oportunidad de relacionarse directamente con él. Por eso, le resultó muy interesante toda esa experiencia. Se levantaba por la mañana y tras una ducha desayunaba en el enorme comedor, luego volvía a su celda para dejarla en perfecto estado de revista y marchaba a la galería cultural en la que estaba situada la biblioteca y las aulas en las que se impartían clases, junto con el local insonorizado para el grupo de música y el auditorio donde se proyectaba el cine y en el que ensayaban los componentes de la *farándula teatral*, como a muchos de sus compañeros les gustaba llamarlos. Lo mejor de todo no era actuar, meterse en la piel de un ser distinto a él, con todo lo

gratificante que resultaba, lo mejor era sentirse en un teatro en el que sólo tenías que atravesar el patio de butacas para salir al hall cuyas puertas de cristal mostraban la calle. Aunque al final de cada jornada la realidad chocaba de frente contra todos los vanos sueños. Muros de piedra de altura inalcanzable, puertas que jamás se habrían sin exhaustivas comprobaciones, una ratonera en la que tenían que convivir por la fuerza cuatrocientas, quinientas, incluso más personas desconocidas entre si. Él tenía su válvula de escape en el teatro, pero no así su familia y todos los seres queridos que habían quedado sufriendo en el exterior. Era ese dolor ajeno lo que más lo torturaba, lo que lo sorprendía en mitad de la noche corroyéndole el pecho y el que le hacía llorar en silencio para que su cuerpo y su alma se aliviaran. Luchaba por no sentir nada de eso, no porque deseara ser más inconsciente, sino porque sabía que eran muchos los meses, incluso años, los que tendría que pasar en ese lugar o en otro similar, y ya tendría tiempo de cansarse de aquello. Toda esta situación lo volvía aún más inestable y vulnerable de lo que ya era, pues la seguridad en sí mismo no era una de sus cualidades, antes bien, la debilidad constituía una de sus más destacadas características. Y era esta debilidad la que le llevaba en algunas ocasiones tras el cierre definitivo de la puerta a esperar el papel de plata, el polvo que se convertía en gota, el humo que entraba en sus pulmones para desterrar cualquier dolor, cualquier preocupación y devolverlo de nuevo a esa dicha extensa y sin matices que le proporcionaba el sentimiento más parecido a la felicidad. Entonces ya nada importaba y el día desaparecía como algo que mereció la pena vivirse. Pero estas ocasiones eran muy pocas, sucedían cada uno o dos meses, lo que no le llevó a plantearse nada, ni siquiera a pensar en el peligro que podía suponer. Era demasiado ocasional y él demasiado mayor, treinta y ocho años, como para que eso lo atrapara. Su madurez era capaz de controlar cualquier cosa de ese tipo a la que se enfrentara. Este fue su segundo mayor error, pero entonces ¿qué sabía?

Las circunstancias le llevaron a cambiar de celda, por lo que también de compañeros. Ahora vivía con Daniel, un hombre que por diversos avatares de su vida había pasado diecisiete años en prisión. Aunque este dato nos pueda hacer indicar que se trataba de una persona peligrosa, en realidad era todo lo contrario. A él lo recibió casi como a un hermano al que tiene mucho que enseñar, y lo primero que hizo fue rogarle que no volviera a consumir heroína nunca más. Él se encontraba enganchado y no quería eso para su nuevo compañero y amigo. Como el consumo era tan esporádico, no supuso para Carlos ningún problema prometerle que no se repetiría, pero era más fácil de decir que de cumplir. Los primeros meses pasaron sin que surgiera ninguna oportunidad de contravenir la palabra dada, pero en cuanto se vio entre otros que le pasaban el tubo para que el humo entrara en sus pulmones no fue capaz de decir que no. La placidez volvió a invadir su cuerpo y una indiferencia beatífica su alma: era la mejor manera de pasar aquello, pero no fue tan valiente para decírselo a sí mismo con la suficiente claridad como para darse cuenta de que esa afirmación no era más que una completa locura. Como no podía ser de otra manera, Daniel se enteró y la bronca que le echó fue enorme. Nadie le había atacado nunca con tanta rabia, nadie le había escupido a la cara los apelativos como afilados cuchillos, en fin, nadie le había hablado con tanta claridad ¡Él no tuvo a nadie que lo salvara del abismo, pero Carlos lo tenía a él y no permitiría que nada le ocurriese! Fueron tan sinceras y hondas sus palabras que terminó por darle la razón y prometerle que ya se había acabado para siempre. Daniel terminó por darle un sincero abrazo para que supiera que era el

cariño y la amistad los que le habían hecho actuar así. Supuso la primera crisis entre ellos, pero por fortuna se cerró con una comprensión plena. Carlos pasó los días siguientes sintiéndose culpable, pero ese sentimiento también se fue difuminando hasta no quedar nada de él. Por desgracia, su memoria era selectiva y acabó por olvidar la bronca, las palabras que pretendían herir y las que pretendían acariciar, las razones que trataban de salvar a aquel que todavía estaba a tiempo. Y eso era literalmente cierto, aún estaba a tiempo de dar la vuelta porque todavía no había atravesado la línea de la que es casi imposible regresar. Pero Carlos no vio en ello más que el juego del ratón y el gato: sencillamente, si Daniel no se enteraba es que no había pasado. Nadie puede entender que una persona inteligente pueda llegar a ser tan estúpida, como nadie puede entender que alguien se destruya a sí mismo y no ser consciente de ello. Pero éste es un camino que muchos han transitado, y Daniel era uno de ellos. Pronto supo que las palabras no servirían para Carlos, por lo que intentó una estrategia diferente, mucho más práctica. Sabía que su amigo era consumidor habitual de cannabis en el exterior, y aunque allí dentro también fumaba, lo cierto es que era mucho más fácil conseguir heroína que *chocolate*. Utilizando sus conocimientos y contactos consiguió que fueran muy pocos los días al mes que no tenían hachís para consumir. Tal como lo había pensado sucedió en la práctica: la droga blanda cubrió las necesidades de evasión de Carlos y éste no volvió a pensar en heroína nunca más, o casi. Esos escasos días que tenía que vivir sin ninguna sustancia en el cuerpo eran como si los tuviera que transitar con una pesada losa en el cuello. Esto no decía nada bueno de Carlos, sobre todo porque alguno de ellos los alivió con el polvo marrón, pero utilizando ya una manera tan refinada que consiguió engañar a su amigo Daniel en más de una ocasión. Estúpidamente pensaba que ya era un preso experimentado, que ya había aprendido lo suficiente como para vencer la enorme sabiduría que su amigo tenía de esos lugares, lo que le hacía sentirse íntimamente orgulloso. Lo que nunca se le ocurrió pensar es que a la heroína no la engaña nadie jamás.

El histórico penal de Carabanchel fue cerrado y todos los internos repartidos por distintos Centros de Madrid. Carlos acabó en Madrid V, es decir, en Soto del Real porque se había matriculado para hacer el Curso de Acceso para mayores de veinticinco años y en dicha prisión había un Centro Asociado de la UNED. La llegada a dicho módulo supuso un cambio radicalmente distinto. Allí se estudiaba, los compañeros tenían más formación que la mayoría y el trato era más relajado. Tanta diferencia existía con lo que había conocido hasta el momento que pensaba que ese sitio se parecía más a un Colegio Mayor. Esta primera impresión la conservaría hasta el final, pero pronto se dio cuenta de que una cárcel siempre es una cárcel por mucho que se diferencien entre sí. Allí el *chocolate* corría sin demasiada dificultad, pero la heroína, como en todo penal, era la reina del lugar. El principio fue muy prometedor. Carlos había tomado la decisión de que con Carabanchel había acabado toda su experiencia con la sustancia maldita, lo que puso en práctica desde que llegó a dicho lugar. Allí se construyó una vida, una rutina, que era la mejor manera de vivir sin sentir el lento paso del tiempo, del enorme tiempo que le quedaba por delante. La mayor parte del día la consumía en un aula estudiando. Aunque de pequeño nunca había sido un buen estudiante, las circunstancias lo habían cambiado y ahora se entregaba a los libros con enorme placer. La lectura era su segunda actividad, pero eso siempre había sido así: podía no gustarle encerrarse con un maldito libro para repetir como un papagayo en el examen lo en él escrito, pero el *conocimiento* era otra

cosa: siempre tuvo una enorme curiosidad intelectual. Ahora podía reunir ambas cosas, y esta unión funcionó durante mucho tiempo como escudo contra pretéritos errores cometidos. De vez en cuando se daba un pequeño homenaje nocturno de *porros*, pero al principio no pasó de ahí. La relación con el resto de sus compañeros era buena. Como es lógico, intimó con aquellos con los que más coincidía o con los que tenían intereses parecidos, pero esto no suponía que se produjera ninguna fricción con nadie, es decir, no tenía enemigos. Su carácter abierto y espontáneo le granjeó un trato bueno con la mayoría de los hombres con los que se veía obligado a convivir, cifra que ahora era mucho menor. Los nuevos Centros Penitenciarios se habían construido con una idea completamente distinta de la anterior. Ya no eran galerías enormes con mucha población reclusa, sino pequeños módulos separados físicamente entre ellos y en los que nunca había mucho más de noventa o cien personas. Esto hacía más fácil su control, así como tener una cabal información de cada uno de ellos. En este ambiente su vida se fue desarrollando con cierta tranquilidad, pero en su interior seguía escondido ese deseo de huir químicamente de allí. Como no podía ser de otra manera, la ocasión se presentó. Un compañero con los que más trataba, y por tanto se suponía que era su amigo, le preguntó si tomaba de aquello porque tenía un poco y no le importaba compartirlo con él. El detalle era importante porque el precio de la heroína en prisión es desorbitado, unas ocho veces lo que cuesta en la calle. Es necesario remarcar con ello que la voluntad de su amigo fue buena. No se trataba de incitar a Carlos para que volviera al peligro, sino de tener un detalle con él. Sea como fuere, acabaron escondidos en un baño, lugar sin cámaras, quemando el papel interior de un paquete de Bisonte para que quedara intacta la hojilla metálica. Con ella hicieron dos trozos, uno para hacer un tubo y otro para la propia gota. Al cabo de dos, tres caladas la placidez y bonanza sensitiva volvió a todo su cuerpo. Ese placer que hacía tiempo no sentía volvió, y con él todos los deseos satisfechos que producía. Fue una tarde como otra cualquiera, pero el veneno había sido inoculado de nuevo. Su vida siguió transcurriendo sin grandes diferencias. No se enredó en el consumo de un día para otro, por lo que los libros, tantos de estudio como de narrativa, siguieron siendo sus principales aliados. Sencillamente, muy de vez en cuando se daba un pequeño *homenaje* y nada más. Un pequeño placer como si de un buen vino o una comida se tratase, cosas ambas que allí no existían. Pero ese placer era tan enorme que Carlos deseaba participar de él cada vez más. Así, los consumos se fueron repitiendo a intervalos cada vez menores, nada que fuera preocupante, él tenía la fuerza de voluntad necesaria para acabar con eso en cuanto quisiera, o al menos era lo que deseaba pensar, pues la realidad es bien distinta. Nadie juega con la heroína. Nadie. Es ella la que voltea personalidades y destruye voluntades, es una de las cosas que van intrínsecas a su componente químico aunque no se quiera reconocer. Esa soberbia inconsciente fue la que no detuvo a Carlos cuando todavía estaba a tiempo.

Hubo un momento en que la suerte le dio una oportunidad, pero no supo verla. Se trataba de una mujer, pues Madrid V es una prisión mixta. Era todo lo que había soñado para sí, e incluso más: inteligente, culta, madura, independiente, valiente, consciente del mundo y sus defectos, sensual, atractiva, sensible...en fin, que satisfacía con creces su corazón. Estudiaba Derecho, por lo que algunos días a la semana iba por el módulo de estudiantes, pero Carlos era tan tímido con las mujeres que no sabía cómo empezar una amistad que acabara en relación. Además, ella tampoco se lo ponía fácil: llegaba, daba su clase y sin hablar prácticamente con nadie desaparecía

hasta la clase siguiente. Pero hubo una novedad que cambió las cosas. Desde Carabanchel Carlos intentaba repetir la experiencia teatral, sin ningún resultado positivo hasta el momento. Al final buscó una obra que fuera adecuada para ese lugar, implicó a otros compañeros y realizó un atractivo proyecto que envió a la responsable de ese tipo de actividades en el Centro. Pese a su escepticismo, la Subdirectora de Actividades se reunió con él y accedió, con una serie de condiciones, a todas sus propuestas, incluso la que incluía en el grupo a mujeres. De esta manera el teatro le dio una oportunidad inmejorable a Carlos. Ya sólo restaba que Paula, la mujer de sus arrebatos amorosos, aceptara participar en el proyecto. La contestación positiva fue más fácil de lo que esperaba porque el teatro también la fascinaba. Así, a mediados de julio se iniciaron los ensayos y el trato con ella fue completamente natural. Pocos días más tarde se iniciaba una relación entre ellos y tres semanas después Carlos le pedía a Paula que se casase con él. Jamás había pensado en el matrimonio, y cuando lo había hecho era para rechazarlo sin ningún tipo de ambages. Ella había pasado por una experiencia traumática que la llevó a tomar la decisión de no volver a tener una relación verdadera nunca más. Sin embargo, Carlos hizo la pregunta y Paula la contestó afirmativamente: ocurría entre ellos algo tan especial que las promesas y las ideas desaparecieron de la manera más radical: se amaban, deseaban compartir el resto de sus vidas y querían que el mundo entero participase de ese amor. Como en el lugar donde estaban reclusos las cosas siempre van despacio, tardaron diez meses en estampar sus firmas en el libro del Juzgado Civil, aunque para entonces todo el mundo en Madrid V sabía que se amaban. Las pocas dificultades que en los primeros momentos encontraron tenían que ver con el poco tiempo que disponían para verse y las condiciones en las que lo hacían. El resto era conocerse, intimar, disfrutar el uno del otro, establecer toda una espesa tela que les cubría y los definía. No fueron malos tiempos, pero existía una circunstancia que envenenaba toda esa unión, aunque Paula no fuera consciente de ella. Ni él mismo era capaz de determinar el porqué: podía decir que lo tenía todo, todo lo que se podía tener en una prisión y, sin embargo, no fue capaz de dejar el traicionero consumo de heroína. Su planteamiento era más una ficción que una razón: cuando saliera de allí, ya que su ambiente no tenía que ver con esa droga, la dejaría, no volvería jamás a consumirla y todo quedaría en el pasado mezclado con todas las pesadillas y sufrimientos ¡Estúpido! A esas alturas ya los consumos no eran mensuales, sino semanales. El día de cobro, como tenía dinero facilitado por su padre pensionista, se fumaba una *papela* y, al menos por un día, podía estar ajeno a todo lo que le rodeaba. De lo que no se daba cuenta el imbécil de Carlos es que la heroína siempre exige pagar un precio muy alto, y fue poco después cuando empezó a pagarlo. Fumar una vez a la semana ya no le bastaba, sobre todo porque cada vez le hacía menos efecto, y él intentaba una y otra vez volver a sentir la maravillosa nihilidad de las primeras veces, lo cual era del todo imposible. En ese sentido la heroína es como un río, nunca te puedes bañar dos veces en el mismo agua, y una vez que te has mojado solo te puedes secar saliendo de él. Pero esto no lo sabía ni en ese momento lo deseaba aprender. El resultado fue que se pasaba bastantes días ocupado en ocultárselo a su esposa e intentando que el poco dinero del que disponía (por maravillosa concesión de sus padres que preferían economizar ellos para que no le faltara nada a su hijo) fuera necesario para alimentar el polvo insaciable. Lo primero que comenzó a cambiar fue su carácter que se volvió cada vez más tenso y agrio. Su mujer no entendía qué podía pasar y muchas veces le daba vueltas a la cabeza durante horas intentando descubrir en qué podía estar equivocándose. Aunque con altibajos, no podía ser de

otra manera, la relación continuó, incluso mejor de lo que las circunstancias determinaban. Carlos creó una tupida red de alianzas y mentiras para que Paula no se enterase, y durante mucho tiempo lo consiguió, pero por el contrario su actividad consumista aumentó. Poco a poco, paso a paso, sin darse cuenta llegó a convertirse en un auténtico yonqui. Por las mañanas se levantaba pensando en cómo conseguir una papela o dos para ponerse a gusto, por la noche lo único que deseaba era encerrarse en la celda con la imprescindible compañía de un poco de polvo, un trozo de papel de plata y alguno cigarrillos. El problema, que tomaba dimensiones alarmantes, se complicó con el tema económico, es decir, acabó debiendo dinero a medio módulo, y por conseguir fumar vendió todos aquellos objetos de valor que tenía, incluso su ropa. Se volvió definitivamente agresivo, se transformó en el *paria* del módulo y perdió la poca dignidad que a esas alturas le quedaba. Ya era en todos los sentidos un *puto yonqui de mierda*. La heroína, como siempre, había ganado.

Un día Paula se enteró de toda la verdad. Había derramado muchas lágrimas en su vida, pero su relación con Carlos la llevó a pensar que esos días de intenso sufrimiento habían quedado atrás. Por eso, el golpe recibido fue especialmente duro. Sentía que toda su esperanza se había derrumbado y que la ilusión puesta en su marido no era más que otro engaño. Ya ni siquiera sabía quién era la persona con la que se había casado. Una relación falsa, un matrimonio falso, quizá hasta un amor falso ¿Qué actitud debía tomar ahora? Fueros jornadas de pesadilla, de un tiempo que no parecía real transformándola casi en un fantasma que camina entre humanos. Pero Paula no abandonó. La vida la había hecho lo suficientemente valiente para intentarlo. Habló con Carlos deseando saber cómo eran las cosas en realidad, es decir, hasta qué punto era dependiente y si aún estaba a tiempo de dar marcha atrás. Carlos habló con sinceridad porque sabía que si la perdía toda su vida no valdría nada. Estaría acabado. Prometió una y otra vez que no volvería a consumir jamás, que lucharía con todas sus fuerzas para salvar su matrimonio, su historia de amor con su maravillosa Paula. Pero las palabras son fáciles de decir, y lo que hacía falta eran hechos, actos diáfanos que le permitieran a Paula saber que su recuperación era verdad y no otra mentira como las de antes. La confianza estaba rota y tardaría muchísimo en recuperarla, si es que lo conseguía algún día. Carlos se propuso desterrar esa maldita dependencia de una vez por todas ¡Jamás volvería a tomarla! Las cosas empezaron a cambiar, poco a poco al principio, pero más firmemente conforme pasaban las semanas y se podía contar el tiempo entre el último consumo y el presente. La base de todo en su relación consistía en la sinceridad plena. Si algún día caía se lo diría a Paula: era peor la mentira que una recaída porque estaba empeñada en que esa pesadilla quedara atrás. Pero dentro del alma de Carlos seguía ese amor secreto por la sustancia desterrada, y así no se puede acabar con ella. No consumía nada, pero desde un planteamiento estúpido: la heroína era peligrosísima, pero eso no significaba que no fuera a la vez maravillosa. Amaba a su esposa y sabía que el único futuro que tendría sería con ella, y sin embargo volvió a caer. Tan solo una vez, y se lo contó, como había prometido. Aunque temía su reacción, esta fue racional y sensible. Utilizó las palabras, la lógica y el sentimiento para que no se volviera a repetir, y esto desarmó completamente a Carlos. Fue tan comprensiva con su reacción que desterró de su corazón el amor por el opiáceo. Desde entonces se sucedían los meses sin que surgiera ninguna necesidad, antes bien, comenzó a sentir un rechazo casi físico por esos polvos y a contemplar lo que fue en el pasado a través de los compañeros adictos que le rodeaban en el

módulo. Aunque sabía que nunca podía bajar la guardia, lo cierto es que se convenció de que el problema lo había superado. Su relación con su mujer fue asentándose y lentamente Paula iba recuperando la confianza en Carlos, aunque una pequeña duda persistía en su interior, lo que resulta normal teniendo en cuenta lo que había ocurrido entre ellos y los meses de mentiras y engaños que había vivido. Deseaba poder confiar en él ciegamente, pero eso tardaría muchísimo tiempo en ocurrir. Pese a algunos problemas menores, su historia de amor llegó a ser real y ya se podía decir que eran un matrimonio sin mentir por ello. Carlos y Paula se amaban y solo les restaba salir de la prisión para empezar su nueva vida.

Ocurrió casi imperceptiblemente. Estaban saliendo de permiso, lo que significaba que el Régimen de Semilibertad no tardaría en llegar y por ello la presión no era excesiva: con mirar atrás y comprobar todo lo que habían aguantado era suficiente para no perder la calma. Carlos estaba convencido de que lo había conseguido, quizá por ello bajó la guardia un momento. Tenía lo que siempre había deseado: una mujer maravillosa y un futuro por delante, pero todo lo olvidó durante unos minutos, los que tardó en dar tres, cuatro caladas de una plata que le habían ofrecido. Las sensaciones no resultaron demasiado fuertes, pero trajeron a su memoria el falso cielo en el que durante un tiempo maldito había vivido. Fue un tremendo error, pero aún mayor fue no decírselo a Paula. Ella podía haberlo ayudado, pero al dejarla al margen la desterró de su vida. Había sido repudiada de una manera silenciosa. Pocos días después se repitió la misma escena, pero ya no fue tan inconsciente, era el opiáceo veneno el que dictaba sus actos. Un mes más tarde Paula soñó que Carlos se inyectaba heroína, cuando despertó aterrada entre sudores sabía que algo pasaba. Él, nunca sabría por qué, negó que hubiera vuelto a consumir y entre mentiras y zalamerías consiguió que Paula se tranquilizara y continuara confiando. Pero igual que la mentira es un componente químico de la heroína, la verdad es parte indisoluble de la realidad. En pocas semanas Carlos perdió mucho peso, volvió a tener la mirada vacía y el color abandonó su rostro. Ya no pudo ocultarlo más. Treinta y seis días después, y tras intentarlo todo, Paula rompía su matrimonio: fue como si una muerte pequeña se instalara en un rincón profundo de su corazón para quedarse allí para siempre. Volvió su mirada hacia su familia y el amor se alejó de ella sabiendo que no regresaría jamás. Carlos vivió la destrucción de su futuro como una consecuencia inevitable. Le dolió, y mucho, pero se fumó unos cuantos *chinos* para aliviarse e intentar olvidarlo, algo que no conseguiría. Unos seis meses después deambulaba por Madrid preguntándose continuamente qué había ocurrido, cómo había llegado a esa situación justo cuando más fuerte era. Había destruido al ser que más amaba y había destruido a su familia sin saber por qué, pero al final consiguió encontrar la respuesta a esa pregunta: necesitaba matar al monstruo que habitaba en su cuerpo. Una mañana fría y desapacible de otoño una señora encontró en el portal de su casa un cuerpo de hombre sin vida. La autopsia confirmó las sospechas: una sobredosis de heroína había acabado con él.

Antonio Palma

HUMILLADOS

Fue que en casa del jubilado Martínez, y como casi todas las mañanas, se inició una discusión entre éste y su esposa. El motivo había sido trivial, pero a los diez minutos los gritos podían oírse en todo el edificio y ya habían incluso olvidado por qué se había iniciado la pelea. Como siempre, el soberbio gana y fue él quien levantó más la voz, quien eligió las palabras más hirientes, quien menos se preocupó del daño que éstas producían. Cuando se marchó dando un sonoro portazo, Cecilia se sentó al borde de la cama y lloró en silencio tapando con un pañuelo su cara por la vergüenza que sentía y pensando que muchas veces su hogar era una trampa en la que hacía años había caído. Mientras, el jubilado Martínez se fue a la sucursal del banco a cobrar su pequeña pensión, que rondaba las cuarenta y cinco mil pesetas, y a comprar algunas cosas que necesitaba de ferretería. La chica de la ventanilla fue tan amable como todos los meses: le saludó, le pidió el DNI y le preguntó cuánto deseaba retirar, y éste, como todos los meses también, le dijo que veinticinco mil. Pero al otro extremo de la oficina el *Pocho* vigilaba a todos los clientes, y al ver al anciano supo que esa sería su víctima: observó primero cuánto dinero sacaba y luego salió a la calle con naturalidad, como si hubiese olvidado algo imprescindible. Se situó en la acera contraria y encendió un cigarrillo no bien le embargó la mezcla de emoción y miedo que siempre precedía a sus asaltos. El jubilado Martínez no tardó mucho en salir y enfilear la calle en dirección a la plaza: buen camino, así sería más fácil! Le siguió a pocos pasos y al dar la vuelta a la esquina y entrar en la callejuela le abordó situándose enfrente de él y pidiéndole un cigarrillo. Le contestó de muy malas maneras, pero se suavizó al ver la navaja en las costillas, empezando una retahíla de ruegos que no se entendían porque el miedo apenas si le dejaba farfullar. El *Pocho* no dijo mucho, se limitó a registrar sus bolsillos con la mano que tenía libre hasta que encontró el dinero y a apretar un poco más su arma para que no gritara antes de ponerse a correr. Cerca de la plaza aminoró el paso mezclándose con el resto de la gente y se encaminó directamente a la boca del metro. El jubilado Martínez se había derrumbado en el suelo, llorando con rabia no sólo por la pérdida de un dinero que necesitaba, sino por cómo lo había perdido: sólo era un viejo y se sintió humillado!

El *Pocho* en cambio se sentía feliz, con lo conseguido podría pagar lo que le debía a Richy y aún le quedaría dinero para pillar tres gramos de heroína, La parada no estaba muy lejos del poblado, por lo que no tuvo que andar demasiado hasta la puerta de la chabola del camello al que solía ir. El colega al verle lo primero que dijo fue que lo sentía, pero que no podía fiarle más. Aquí el *Pocho* se mostró muy seguro de sí mismo y le contestó que tranquilo, que traía *viruta* suficiente para todo. Richy cambió de actitud en cuanto vio los billetes y se dispuso a pesarle la cantidad que le pedía "del mejor jaco del barrio, te lo aseguro". Sacó la mercancía y una pequeña pesa digital y con la punta de un cuchillo fue echando montoncitos en una bolsita de plástico que antes había preparado. Se despidieron de lo más amigos y el *Pocho* se fue para donde vendían papel de aluminio para fumarse un *chino* ahí mismo, pues llevaba varias horas malo. Un tipo flaco al que no conocía le ofreció de todo,

llevándose un poco retirado, sin embargo no tardó en *dar el agua* de la policía y le dijo que se diera prisa y le siguiera, que aquel sitio ya no era seguro. Le obedeció como un imbécil, por lo que fue demasiado tarde para reaccionar cuando le sacó el *hierro* y le obligó a entregarle todo lo que tenía: en un momento había pasado de tener el día resuelto y ser feliz a no tener nada y sentirse el hombre más desgraciado del mundo: ¡no era justo, él se lo había *currado* para conseguir pasta para que un hijo de puta viniera ahora a quitársela!

Dani se guardó la pistola en los riñones y se fue hasta la avenida a coger un taxi, quería desaparecer de allí lo antes posible: nunca se sabe. Ya en su barrio se encaminó para la casa sin detenerse a saludar a nadie, lo primero era deshacerse del arma y ponerse un pico tranquilamente, sin prisas, pues ya no las tenía con el pedazo de bolsa que le había quitado al *pringao* ese. Pero a unos metros del portal dos hombres altos y con cara de pocos amigos se fueron a por él y tras mostrarle unas chapas le dijeron que quedaba detenido. Intentó zafarse y correr, por puro instinto, pero le fue imposible, lo único que consiguió fue recibir un puñetazo en el estómago después de un rodillazo en los cojones. Lo metieron en un coche que apareció de repente y se lo llevaron de allí a toda velocidad mientras veía a la gente del barrio observarle tras los cristales del automóvil. Ya en la comisaría lo metieron en una celda con otros tres tipos, a uno de los cuales conocía: saludó al *Anguila* nada más verlo, esperando que supiera más de cómo iba toda aquella mierda. Aunque lo recibió un poco hosco, se portó más amable al ofrecerle un cigarrillo, diciéndole que no se preocupara, que estuviera tranquilo y todo ese rollo que se suelta cuando ya estás acostumbrado a una situación. No tardaron en sacarlo de la jaula y llevárselo para las oficinas donde lo interrogaron a conciencia durante dos largas horas. Al principio ni fueron muy *chungos* con él, pero a medida que se obstinaba en negar lo evidente éstos comenzaron a ponerse violentos y a soltarle golpes por todos lados, hasta le amenazaron con un casco y un bate de béisbol, pero al final no hizo falta. Cuando volvió molido por los golpes pero sin una marca en el cuerpo al calabozo había confesado todos los atracos que le atribuían, incluso alguno que no había cometido él, aunque era cierto que no le acusaban de todos los que había dado. Sentía un odio tremendo por los *monos*, no le habían dejado la más mínima dignidad, jugando con él como si fuera un pelele, por lo que no pudo contener las lágrimas de rabia e impotencia: también él había sido humillado. No tardó mucho en verse por primera vez en prisión, rodeado de muros y de gente extraña a las que parecía resultar indiferente. Sin embargo, a las pocas horas había compañeros que se le habían acercado y le ponían al tanto de lo más básico que hay que aprender cuando se entra en un sitio así. Uno fue especialmente amable, enrollándose con él y gastando bromas que terminaron por hacerle reír: Paco parecía buen chaval y confió en él, por lo que le confesó que había tenido la precaución de *empetarse* el caballo cuando lo pilló (no se atrevió a contarle que lo había robado) y que no se lo habían colocado ni en la *gobi* ni al entrar en el *talego* y que por eso todavía lo llevaba dentro. El otro reaccionó de inmediato explicando cómo tenía que hacer para sacarlo y pidiéndole que se *estirara* y lo invitara. Dani le dijo que no se preocupara, que ahora mismo se fumaban un buen chino y se ponían a gusto. Ya encerrados en uno de los baños del módulo pusieron unas hojas de periódico sobre la taza y allí mismo soltó la bolsa que escondiera en sus intestinos. En cuanto el otro vio toda la cantidad que llevaba, muchísimo para allí dentro, sacó un *pincho* que escondía y se lo puso en el cuello: a los dos minutos se encontraba con los pantalones y los calzoncillos a medio bajar, sin una micra de caballo y con ganas de morirse

ahí mismo.

Después de la comida Paco se preparó un chino enorme en su celda y llevaba cuatro caladas fumadas cuando de repente se abrió la puerta automática de la celda y entraron dos funcionarios después de anunciar que era un registro. Le pillaron con la *plata* en la mano y la bolsa sobre la mesa junto a la cama, ya que no tuvo tiempo de reaccionar y esconder nada. Mientras uno le quitaba el papel de la mano el otro recogía los polvos meticulosamente. La rabia le hizo ponerse bravo, por lo que recibió unas cuantas hostias antes de que le encerraran en el *chupano*. Solo entre las paredes de la celda se sintió la última mierda del mundo hasta que le entraron ganas de vomitar. Al final la heroína fue decomisada y nadie disfrutó de ella.

Cecilia, el jubilado Martínez, el Pocho, Dani y Paco fueron humillados. Ni el primero recuperó su dinero ni es resto consiguió nada, pero se había hecho justicia. Por cierto, uno de los funcionarios vivía un matrimonio infeliz que también lo tenía humillado, pero esa es ya otra historia.

Antonio Palma

LA LÍNEA ROTA

Nunca lo hubiera imaginado, pero ocurrió. Por mi cama y por mi vida han pasado muchos hombres. Tengo veintiocho años, un buen cuerpo, soy atractiva icómo no voy a conocer a los hombres! La mayoría me mira y lo primero que quieren es acostarse conmigo, por lo que conozco bien esas miradas que te desnudan, ávidas de deseo, y las otras, las que lo esconden detrás de una falsa indiferencia. Pero no les tengo miedo, sé cómo manejarlos, en el fondo no son más que niños con muy pocas ideas en la cabeza, aunque eso sí, esas ideas son fijas. He aprendido a servirme de ellos. En cuanto a la caída, no fue culpa de Javier, el pobre está mucho peor que yo en el pozo que le ha tocado, por lo que no puedo decir que me utilizara. Éramos socios en lo de la coca y salió mal, eso era todo, no había que darle más vueltas. Había sabido adaptarme pronto a esto, en el fondo no es mucho peor que la calle, al menos la que yo conozco, y como es mixto no tardé en buscarme un hombre. Mikel es muy diferente a Javier, incluso a la mayoría de los hombres que he conocido. Es un *político* vasco, por lo que no podemos hablar de política porque me pone enferma y nunca estamos de acuerdo en nada. Pero es muy dulce, una persona con mucho miedo y muchas dudas en su corazón, que se entrega porque lo necesita. Fue difícil para mí tener que decírselo, ya no sólo por la ruptura, sino por todo lo que significaba lo que estaba ocurriendo. Se lo tomó muy bien, incluso fue más comprensivo de lo que esperaba, pero sé que le dolió mucho. Unas veces la cabeza te dice una cosa y el corazón se rompe diciéndote lo contrario. Eso fue lo que le ocurrió a Mikel, no podía evitar el sufrimiento que sentía. Ahora está mucho mejor, nos vemos de vez en cuando y seguimos siendo amigos. Yo no quise en ningún momento hacerle daño, pero sucedió lo que nunca hubiera pasado por mi cabeza. Es cierto que antes no había estado realmente enamorada, pero descubrir ese sentimiento de esa manera fue algo que nunca hubiera imaginado.

Su llegada fue un soplo de aire en mi vida monótona, vacía. Me limitaba a trabajar y a estar en casa, cocinando, limpiando y viendo la televisión. Algunas veces iba con unas amigas al cine, a tomar algo o al cenar, pero tampoco era mucho aquello teniendo en cuenta que ninguna sabía nada, era como esconderse continuamente mientras te muestras a los demás, un completo engaño, y así nuestra amistad vale bien poco. Todavía las veo, pero mucho menos que antes, algún cumpleaños o fiesta, para seguir el contacto y no dar por rota la relación. Yo lo estaba pasando mal en esa época, me mostraba siempre irritada en el trabajo, y aquí esas cosas son especialmente delicadas, aunque eran las internas quienes soportaban mi mal carácter. En realidad era porque estaba amargada y era consciente de ello, y eso me llevaba a sentir una enorme rabia. En mi caso era muy fácil sentirse así, llevaba la típica vida que nadie quiere, casi todo el mundo la descartaría porque hay cosas más importantes que el sueldo y muchos sitios donde trabajar, y no para mantener una familia, simplemente por obstinación e independencia. Pero es que llegó un momento en que no soporté la casa de mis padres, su celo, sus

continuas injerencias, y tuve que marcharme de allí, cuando la situación era ya insostenible. Esa fue la razón para preparar oposiciones, de lo que fuera, me era indiferente, lo que necesitaba, con lo que soñaba a diario era con tener un trabajo fijo y mi casa. Mi espacio y mi dinero. Y lo conseguí, aprobé uno de los exámenes a los que me había presentado y fui la mujer más feliz del mundo. Los nervios de encontrar un apartamento, el traslado, el principio de mi nueva vida en soledad que tanto ansiaba, todo me producía una sensación de plenitud, de libertad. Pensar que la soledad podía darme la libertad fue el mayor error que cometí, no tardé mucho en darme cuenta que puede ser la peor condena. Tener que levantarse cada mañana para iniciar una vida completamente vacía, absurda, que no camina hacia ningún fin. Por eso la llegada de Lola supuso un soplo de aire.

Fue curioso darme cuenta de su mirada, y eso que la conocía bien. Todo parecía muy frío, muy burocrático, pero sabía que al mismo tiempo había algo más implícito. He recibido las suficientes miradas para distinguir perfectamente el significado de cada una de ellas, y en esa había una insinuación perfectamente calculada. Había conseguido despertar el deseo en muchos hombres, pero era la primera vez que una mujer me lo demostraba. Por eso me sorprendió, me pareció casi divertido viniendo precisamente de ella, de doña Inma, como todas la llamábamos, tan envarada, tan estirada, tan seca. Solía ser amiga de pocos favores y nunca sabías cómo te podía contestar, aunque adivinabas fácilmente que nunca podrías contar con su dulzura. Era de las que le gustaba mantener la disciplina en el módulo, ateniéndose siempre a las reglas y poco dada a escuchar. Le tenías que contar lo que necesitabas resumido y rápido si no querías que se desentendiera a mitad del parlamento. Ninguna imaginábamos que pudiera tener un corazón bajo esa coraza, pero lo tiene, y es mucho más débil de lo que la gente cree, pero entonces yo tampoco la conocía, me limitaba a pensar como las otras. Por eso mi reacción al sentir su mirada fue entre sorprendida y divertida, como si se tratara de una más de las anécdotas de este lugar, aunque tampoco puedo negar que también me sentí halagada. Los días siguientes no fueron muy distintos, cada vez que ella tenía guardia me llamaba a cabina para cualquier cosa y encontraba de nuevo esa mirada, esa actitud, aunque podía percibir que cada vez era sutilmente más abierta, como si estuviera próxima a dar el siguiente paso, aunque nunca llegara a tanto. No sé muy bien cómo, pero la barrera entre nosotras se fue difuminando, me hacía pequeños favores que yo agradecía y se mostraba algo más amable, incluso con el resto de las compañeras. Como algunos días salía fuera de la cabina y paseaba por la sala terminamos por coincidir y charlar un poco, aunque yo no soy amiga de hablar con las funcionarias, y menos delante de todas las demás. Sin embargo, tengo que reconocer que me gustaba eso de hablar de cosas insulsas, la conversación más trivial, y que existiera debajo la represión, lo que realmente sientes mostrándose de manera velada. En uno de esos momentos me di cuenta de que tenía unos ojos muy hermosos, oscuros y misteriosos, pese a que los escondía detrás de unas gafas. Fue un momento en el que se las quitó distraída, no duró mucho, pero pensé claramente: "tiene unos ojos preciosos, y en realidad su cara es de una belleza extraña". Era la primera vez que un pensamiento así se cruzaba por mi cabeza, pero no me perturbó, al contrario, me sentí especialmente tranquila.

Era llegar al módulo y ponerme nerviosa, no podía evitarlo. Sabía que estaba ahí, que pronto aparecería y la vería, que casi no podría desviar la mirada. Y no quería que se sintiera vigilada, incómoda. La verdad es que no

sabía qué hacer. Lola me parecía una mujer inalcanzable, no tenía la más mínima posibilidad, y sin embargo había algo que me llevaba a actuar, a no poder reprimirme con el peligro que suponía quedar al descubierto delante de todas, un pequeño escándalo para un sitio como aquel. Yo no lo quería, tenía pánico a que una cosa así ocurriese, desde siempre ha sido mi miedo, y sin embargo una y otra vez la llamaba a la cabina, inventándome los motivos, sólo por tenerla más cerca. Algo irresistible en contra de la lógica me lo dictaba y era presa de ello. Cuando hablábamos tras el cristal no podía contenerme, observaba sus labios, sus pómulos, la expresión de su cara y el corazón se me disparaba en el pecho. Quería tratar con ella de la manera más neutra, pero me era imposible. Terminé por hacer todo aquello que no se debe, con el control casi perdido, aunque hoy no me arrepiento de nada. Se notaba mucho mi predilección por ella porque era la única a la que le solucionaba algunos pequeños problemas, que siempre me sabía agradecer. Salía de la cabina en aquellos momentos que la veía sola, escuchando música alejada de las otras, me acercaba distraída intentando que pareciera un paseo rutinario, aunque no la engañaba. Ella apagaba el *walkman*, se quitaba los auriculares y esperaba a que fuera yo quien iniciara la conversación, que siempre empezaba por detalles cotidianos para intentar pasar a lo personal para permitirme que la conociera y, lo que es más importante, que ella me conociese a mí, que supiera que detrás de la máscara que llevo hay una persona sola, vacía, asustada. En cualquier caso, siempre hablábamos de trivialidades, de los pequeños gustos personales, como mucho, pero era como si cada una de esas palabras significara algo más, un lenguaje secreto y escondido que nos permitiera decir todo aquello que no podemos pronunciar, que no puede ser oído. Comprobaba que ella se encontraba a gusto, que no rehuía mi compañía hasta que no estaban cerca otras compañeras, entonces se marchaba, pero mientras estábamos a cubierto del resto de las miradas se mostraba con cordialidad, con una simpatía que me llevaba a concebir ciertas esperanzas. Me obligaba a decirme a mí misma: "es imposible, no seas tonta, no te imagines lo que no es porque luego te vas a encontrar con la realidad y te vas a hundir", pero necesitaba dejar entrar un rayo de esperanza en mi absurda existencia. Y en una de aquellas mañanas, en una conversación que se anunciaba igual a las demás, ocurrió. Fue un instante, me quité las gafas en un acto inconsciente y no tardaron en volver a su sitio, pero ahí estaba esa mirada sobre mí ¡Por primera vez ella me veía, sabía quién era yo y entraba en su vida! Percibí que podía ser mía, y eso me hizo muy feliz, pero sobre todo me sentí especialmente tranquila.

Supe que estaba enamorada cuando me dieron el primer permiso. Me llamó el Educador para decirme que teniendo en cuenta el tiempo que llevaba cumplido habían decidido darme la primera oportunidad, a ver cómo me portaba y todas esas cosas, y de repente dejé de oírle y sólo pensé: ¡Tengo que verla fuera! Fue esa sencilla necesidad la que me llevó a darme cuenta de que me había enamorado, que no tenía nada que ver con lo que hasta ese momento había sentido, y que me era indiferente que se tratara de una mujer. Me llevaba a descubrir una parte importante y verdadera de mí misma, y eso fue suficiente alegría como para que no me sintiera confundida. Fue, sencillamente, una sorpresa. Mikel me ayudó con su comprensión, no sentía ningún tipo de fobia ni le escandalizaba el tema, aunque no lo esperaba, en una mujer como yo nunca lo hubiera pensado. Las lágrimas las derramó por dentro. Si hubiera sido cualquier otro tío se habría montado un buen escándalo, pero él me lo hizo mucho más fácil. Con la hoja del permiso en la mano procuré acercarme a ella, que enseguida notó que

ocurría algo, pero no pudimos encontrarnos hasta más tarde. En cuanto estuvimos solas le conté lo del permiso: pensaba que se iba a alegrar mucho, sin embargo puso una cara descompuesta que no tardó en ocultar para felicitar me sin demasiada convicción ¡Yo estaba deseando traspasar la línea, en un momento de júbilo, y ella reaccionaba así! No lo entendía y no pude evitar preguntárselo abiertamente. Me contestó que así serían unos días en los que no podría verme. Me conmovió una declaración tan clara, como si acabara de arrancarse la máscara del rostro, vencido el miedo. La hubiera estrechado contra mí para tranquilizarla, aunque eso era imposible, por lo que le dije con la mayor ternura que quería verla fuera, en los días del permiso. Se le iluminó el rostro de una forma tan espectacular que me hizo sentir a mí muy dichosa.

Llevaba unos días que la notaba muy nerviosa, muy excitada, incluso irascible, pero siempre que le preguntaba me contestaba con evasivas, no había forma de averiguar lo que estaba pasando, qué era aquello que la tenía en ese estado. Una mañana la veo haciéndome gestos con una papel, entonces me dio un vuelco el corazón, sabía que serían malas noticias, que se marcharía, que no podría verla! Estaba en un momento en que me era imposible abandonar la cabina, lo que me ayudó, estaba demasiado afectada para habernos encontrado así. Algo más tranquila fui a encontrarme con ella, y en cuanto estuvimos solas me enseñó el permiso que le acababan de conceder. No pude evitar la expresión de dolor, aunque intenté cambiarla al instante, fingiendo alegrarme. Me desarmó tanto al preguntarme sencillamente qué me pasaba que terminé diciéndole la verdad, que serían unos días que no la vería. En cuanto acabé la frase me arrepentí de haberla pronunciado, quería que me tragara la tierra de vergüenza, pero fue algo muy distinto lo que ocurrió: se abrió el cielo al decirme con una calidez maravillosa que quería verme fuera. Me sentí de repente más viva que nunca, algo inmenso se mostraba ante mí, un futuro dichoso, sin miedos ni angustias y en el que había desaparecido por completo la soledad. Entonces sí me sentí libre, más libre que me había sentido jamás. Una felicidad intensa recorría todo mi cuerpo y al mirarla supe que ella también era feliz.

A la casa de Inma habían ido otras mujeres, pero nunca fue el escenario de un encuentro tan trascendental. Tampoco habían sido demasiadas, alguna esporádica amiga que terminaba en la cama y cuya relación se consumía tan deprisa como había surgido. Un encuentro de dos soledades fruto de la necesidad, nada más. Lo de aquella tarde era muy distinto. No solía beber, pero la tensión la llevó a servirse un poco de ginebra en un vaso que completó con agua tónica. Bebió despacio, deleitándose con cada pequeño trago, procurando retener en su memoria todos esos sucesos que todavía no se habían producido. Cuando estaba terminando el tercero sonó el timbre de la puerta de abajo. Cogió el telefonillo y preguntó. Era ella. Su ánimo comenzó a burbujear, apretó el mecanismo de apertura y más nerviosa que nunca se fue a tirar el resto de la bebida, a lavar el vaso y a echarse en la boca un poco de pasta de dientes para que el aliento no le oliera a alcohol. En cuanto el ascensor llegó a la planta abrió la puerta y le pidió que pasara. Llevaba un pantalón vaquero ceñido y una simple camiseta de manga corta blanca, el pelo moreno algo revuelto, más hermosa que nunca. Lola empezó a contar todas sus aventuras para salir, llegar hasta la casa de la asociación con quien tenía la acogida y convencer a la responsable de que no pasaba nada, que iba a estar con una amiga muy respetable y que todo iría bien. Le dio la dirección y el teléfono, podía llamar las veces que quisiera para comprobarlo, no tenía ningún inconveniente. Luego se había

dirigido a la comisaría a firmar y, por fin, había acabado todo, se vino para aquí directamente. Bueno, casi, antes había pasado por casa de una amigo a hacer una gestión importante. Todas sus explicaciones fueron aceleradas, como si deseara finalizar con aquello cuanto antes. Inma no la interrogó con la mirada como esperaba, eso la tranquilizó, por lo que no esperó ninguna pausa para acercarse a ella y besarla en los labios. Fue un contacto pequeño, suave, y le encantó, mucho más de lo que esperaba teniendo en cuenta que era la primera vez que besaba a una mujer. Hubo un segundo y un tercero, luego un torrente hasta que sus bocas se acostumbraron y necesitaron para entregarse a un beso largo, profundo, expresión de deseos mucho tiempo reprimidos dentro. Cuando se echaron sobre el sofá, entrelazadas en un abrazo, se sentían con una vieja complicidad, como si fueran hermanas y se conocieran de toda la vida. Así había sido el primer momento, la sensación de una confianza absoluta, con eso tenían mucho sobre lo que construir. Hablaron y hablaron, se tomaron alguna copa, incluso Lola se atrevió a sacar una pastilla de hachís para hacerse un porro, lo que a Inma, extrañamente, no le importó, y rieron, se conmovieron, se abrazaron y se besaron millones de veces hasta que supieron que el momento había llegado. Lola cogió a Inma y preguntándole dónde estaba el dormitorio se la llevó hasta allí para empezar a desnudarla en cuanto entraron. La otra se sentía turbada por la decisión con que actuaba su amada, incluso parecía que los papeles estaban cambiados. Luego se quitó las pocas ropas que llevaba arrojándolas por cualquier lado. Sobre la cama se entrelazaron e hicieron el amor sin ningún rubor, los sentimientos eran tan fuertes que pareció que era la primera vez, como si esa pureza intensa que las llevaba una a la otra las hubiera vuelto vírgenes de nuevo. El largo goce las dejó extenuadas, pero Inma aún tuvo energías para levantarse y con aire misterioso anunciar que enseguida regresaba. Apareció casi al instante con una botella de champán y dos largas copas de cristal ¡Tenían que celebrarlo! Lola se encargó de los preparativos, luego brindaron mirándose a los ojos y bebieron con una felicidad intensa que resultaba contagiosa. Era un buen momento para un porro, Lola no dudó en hacerse uno, pero cuando llevaba dadas unas pocas caladas su amante, inesperadamente, se lo pidió. Fumó torpemente, pero encantada de lo que hacía, lo que las divirtió. Cuando éste estuvo extinguido y las copas vacías volvieron a abrazarse sobre la cama, cansadas, pero tan dichosas que ninguna quería entregarse al sueño, necesitaban alargar la noche todo lo que fueran capaces. No pudieron evitar retomar la conversación sobre su encuentro, sobre cómo se había desarrollado, sobre el significado de ciertos juegos que ahora aclaraban y sobre las sorpresas maravillosas que da la vida. Estaban encantadas, reviviendo esos momentos que permanecerían frescos en su memoria, pese a que cuando las palabras anunciaban el futuro cambiaban abruptamente de rumbo, todavía no querían pensar en lo que tenían por delante. En un abrazo terminaron por dormirse, primero Inma, después Lola, que aún tuvo tiempo de dedicarle una mirada llena de dulzura a su amada.

Los siguientes cinco días fueron los más felices en la vida de ambas. No hacían grandes cosas, escuchar música, preparar algo de comida, pero todo lo hacían juntas, sin querer separarse un instante. Cuando sonaba el teléfono y la encargada de la asociación se quedaba tranquila tras la comprobación diaria salían un rato a pasear por las calles, que ahora veían con ojos muy diferentes, pero no tardaban en regresar, era frustrante tener que contener el deseo de cogerse de la mano, de abrazarse, de darse un beso. Aunque en su relación había sexo, lo

que la presidía era la ternura más profunda que se manifestaba en la forma de explicarse así mismas, en intentar ser lo más sinceras que podían. En definitiva, en desnudar sus almas. Durante ese corto lapso de tiempo su amor se había asentado, se habían confesado todas sus dudas y solventado los principales escollos, sólo restaba saber cómo se iban a enfrentar con el futuro. Una cosa quedaba clara: aún con la máxima discreción seguirían viéndose en el Centro y esperarían hasta el siguiente permiso, que de nuevo les traería la completa felicidad. Una vez que Lola consiguiera el régimen abierto sería el momento de plantearse definitivamente sus vidas, que pasaban indefectiblemente por estar juntas. Se amaban y ninguna estaba dispuesta a renunciar a ello, por muy caro que fuera el precio que tuvieran que pagar. La última noche hicieron el amor con un frenesí especial, mezcla de pasión y rabia por la inminente despedida, luego abrazadas no pudieron evitar llorar en silencio, sabiendo perfectamente cada una los sentimientos que embargaban a la otra. No conciliaron el sueño hasta el amanecer, pero al poco se despertó Lola. Al mirar a Inma dormida, con una expresión de absoluta beatitud, no pudo evitar sentir una punzada de dolor en el pecho. Se duchó con sigilo, sin hacer demasiado ruido, se vistió, se fumó un porro que en ese momento necesitó más que nunca, cogió su bolsa de viaje y se marchó. Pocas horas más tarde volvería a estar dentro, en ese mundo cerrado aparecería de nuevo la línea invisible y sutil que lo divide en dos y que nadie se atreve a cruzar, y, sin embargo, ellas habían conseguido romperla.

Antonio Palma

MADRES

PRIMERA PARTE

UNO

Nadie me creería, pero lo que más me humilla es este silencio, roto siempre por la mentira. Es como admitir que mi hijo es un animal, una bestia que hay que mantener separada y encerrada, y eso no es así, mi hijo cometió un error, y lo está pagando. El autobús tarda en llegar más que otras veces, hace frío y me estoy quedando helada. Es normal, es invierno, y más tan temprano, aún no son ni las ocho de la mañana. Y es que se encuentra muy lejos mi hijo. Sé que ahí está bien, pero itan lejos! Bueno, algún día saldrá y ya no tendré que volver una semana más a ese maldito sitio. Ni tan siquiera entiendo por qué está encerrado: él no hizo mal a nadie, si la consumían era cosa suya, eran mayores de edad ¡Y le echaron tantos años! Enterarme supuso que gran parte del suelo cediera bajo mis pies: estaba preparada para cualquier cosa, una enfermedad, un accidente terrible..., menos para esto, pero ¿quién podía imaginarlo? ¡Nadie! Tuve que adaptarme, no había más remedio, él no iba a salir y a su padre casi lo entierra del disgusto y la humillación. Así es que tragué bilis, me dejé para la última y me hice cargo de toda la situación ¡Por fin llega! Como va medio vacío, me siento junto al pasillo, cerca de la puerta de salida. Tengo que caminar despacio porque mis piernas no son lo que eran. Ahora estoy más calentita. Mi marido, enfermo y con ochenta años, reaccionó hundiéndose en una depresión de la que aún no ha salido. Yo procuro atenderlo en todo y animarle, aunque mis amigas me digan que lo mimo en exceso. Puede que tengan razón, pero lo veo tan enfermo, tan indefenso como un niño, y no puedo evitarlo. Entre cuidados y cariños sobrevive a esa herida que no se cerrará hasta que su hijo salga de allí. Como es egoísta, piensa que por eso le quiere más, cuando en realidad es el silencio, la mentira, el engaño que sufro casi a diario lo que me emponzoña a mí y lo salva a él, pero no importa ¡ya sabemos lo egoístas que son los hombres! El autobús continúa por una ruta que conozco de memoria, y aún resta para llegar. Antes de salir, desde la cama, tras un fugaz beso me dice que no tarde mucho, que se encuentra solo y triste hasta que vuelva ¡Egoísta! No piensa en las innumerables estaciones de metro cruzando de un lado a otro la ciudad, en el frío que me enferma por el reuma, ¡en tanto tiempo y tanto silencio! Lo importante es que me pueda ver llegar a la hora calculada, que no tarde en poner la comida en la mesa y estar juntos en ese momento, es decir, en repetir una rutina a la que se aferra como supuesta normalidad. Siempre me pregunta por nuestro hijo, pero es difícil explicarle qué ocurre en una conversación por teléfono y con un cristal en medio. Contacto físico cero ¡Y necesito tanto tocarlo, acariciarlo, que sepa en su piel y en su corazón que le quiero, que nunca lo abandonaré! Aunque no apruebe lo que hizo, no estuvo bien, es delito, se piense lo que se quiera de ella, y punto. De lo contrario éstos son los resultados. Sé que tuvo sus motivos, no lo quería para vicio ni nada de eso, tenía un bar, le fueron mal las cosas, tuvo que hacer frente a unos pagos importantes y tiró por la carretera de en medio. Ahora tiene más deudas que antes y está

tras unos muros, fue una idea errónea, aunque él tiene razón cuando dice que es fácil juzgar una decisión después de saber sus consecuencias, sobre todo si acaba mal. Si hubiera salido bien, las cosas serían completamente distintas y nadie juzgaría a mi hijo, nadie diría esto o lo otro de él. La realidad es muy otra y se acabó! No hay que darle más vueltas ni buscarle los tres pies al gato. A nadie le gusta un plato como éste, y menos a mí, que jamás pasó por mi cabeza ni la más ridícula posibilidad, pero es mi hijo, no puedo olvidarme y dejarlo solo, eso jamás ¿qué clase de madre sería? ¿Qué posibilidades tendría sin mi apoyo, aunque sea en lo económico? Somos jubilados y no tenemos mucho dinero, pero procuramos darle todo lo que podemos, no quiero que le falten sus cosas. El autobús comienza a frenar con suavidad, es señal de que ya estamos llegando. Me levanto con antelación por mi torpeza, además hoy le llevo un paquete con ropa limpia, no quiero verlo hecho un pordiosero. Tras abrirse la puerta de cristal le entrego al funcionario mi DNI y el paquete, que cachearán arrugando toda la ropa que traigo planchada ¿Qué creen que puede llevarle una madre a su hijo? Noto que empiezo a ponerme nerviosa. No es por los funcionarios, el cacheo ni nada parecido. Me empiezo a sentir así porque muy pronto tendré en frente a mi hijo y no sé cómo estará o si me mentirá para no preocuparme. Cada noche, mientras mi marido duerme profundamente por la pastilla que toma, yo me derrumbo. No tengo que animar a su padre, ni mentir a su hermano que se encuentra lejos, a los vecinos, al panadero, a familiares y amigos ¡Ya puedo llorar! Mis lágrimas, enormes goterones que cruzan mi rostro, son mi mejor medicina. He de hacerlo por toda esta situación, por cómo vivirá mi hijo, por cómo afecta a su padre (que es una vela con cada día menos cera), por tanta ocultación y por mí. Es el único momento que estoy sola, y lo necesito. A lo largo del día la tensión constante no me lo permite, aunque sería yo misma quien no me lo permitiría. Entonces es la soledad, el silencio y el llanto que derramo un desahogo que alivian un poco mi corazón. Es lo único que tengo. Tras la larga espera entramos poco a poco, rezando para que no pite ese maldito arco y no perdamos más el tiempo. Yo sé que él me necesita, que desea que esté aquí y aquí estoy. Lo distingo a lo lejos, golpeando el cristal blindado de separación. Mi corazón se encabrita y voy lo más de prisa que puedo hacia él ¡Le quiero tanto!

DOS

¡Está allí por tonto! De todos sus hermanos siempre ha sido el más torpe, desde niño: se caía en los charcos, le salía urticaria en las manos por tocar las ortigas, hasta le picaban más los mosquitos en la playa ¡Jesús! ¡Y ahora esto! Es mi hijo y también lo quiero, pero si me hubiera salido más normalito todo sería mucho más fácil ¿o no? Me he informado y me han dicho que esto de la prisión está mucho mejor que antes. Cuando Fito ingresó en los sesenta por el tema político (locuras de juventud, nada que no se corrigiera a tiempo) se armó un escándalo monumental, y ni papá pudo hacer nada, menos mal que sólo fueron cuatro meses y se pudo echar tierra al asunto. Sin embargo, ahora salen cada dos por tres en el telediario gente importante, por suerte ningún amigo nuestro, entrando y saliendo y parece no importarle a nadie. Por si acaso, esta vez hemos intentado llevarlo con mayor discreción, que tan sólo lo sepan aquellos relacionados directa o indirectamente con el problema. Como es lógico, hemos tenido que hacer algunas llamadas. Me encuentro en rojo todos los semáforos que hay en esta calle, con la prisa que llevo ¡Hala, otro semáforo más, esto es agónico! Lo quiero, a mi

manera, pero lo quiero. Es mi hijo. Además, es un miembro de la familia, y eso basta. Lo importante es verle fuera cuanto antes, del resto ya me encargaré yo, que buena soy para eso. No soporto imaginar con qué clase de gentuza le habrán metido: extranjeros, yonquis y, sobre todo, enfermos de sida. Tengo yo una preocupación que no me deja ni dormir tranquila ¡Mira que si se lo contagia alguien! ¡Por Dios, no quiero ni pensarlo! Mi hijo enfermo de sida, una enfermedad tan terrible y mortal, y todos dirán que es un drogadicto, o algo peor, dirán que es homosexual ¡Que horror! La carretera está muy despejada, incluso alguno de los pocos coches que hay se aparta para dejar paso a mi Mercedes, llegaré con tiempo, seguro. Cada día que transcurre es un día más de peligro, y eso no lo soporto. Después de tantas llamadas y tantas promesas, lo cierto es que sigue dentro. Muchos son los que nos deben favores y ahora son muy pocos los que están dispuestos a devolverlos. Bien se ve quién es un amigo de verdad y quién un simple aprovechado. Su *pareja* ha podido verlo ya, fue la primera, pero para mí fue imposible. Fue tan repentino que he sido incapaz de ir, hasta hoy. Me ha dicho que está bien y que el sitio no es tan horrible como imaginamos. Ya veremos si no me lo ha pintado demasiado bonito. Con ella no tenemos demasiado contacto, no es *oficial* la relación que mantienen, pese a que a mí, sinceramente, me gusta. No es una apocada y sabe cómo tratar a los hombres ¡Qué envidia! ¡Seré tonta, no que estoy sintiendo envidia de una muchachita!, pero es que eso de manejar a los hombres no ha sido nunca mi fuerte. No lo era ya en el colegio, en mis primeras relaciones, y mira mi marido, es el mejor ejemplo. Él propone y dispone lo importante y a mí me deja las migajas: la casa, las relaciones sociales, algún acto benéfico y poco más ¡No quiero decir con esto que me queje, nada más lejos de mi intención, por Dios! ¿Qué hago yo pensando estas tonterías? No, sí lo que digo, me está volviendo loca todo este asunto ¡A ver cuando termina de una vez! Sinceramente, tengo un poco de miedo al encuentro. Ya veo la torre de vigilancia, prácticamente he llegado. Sí, miedo a que le hayan hecho algo, de verle herido o hundido su ánimo. Esto no se lo he confiado a nadie de los que están en el secreto, ni siquiera a mi marido, aunque tampoco lo iba a entender, sería entender a una madre. Porque pese a que jamás le di de mamar ni le cambié pañal alguno, que para eso estaba el servicio, soy su madre y es lógico que sienta miedo por mi hijo, lo contrario sería una monstruosidad ¡un acto contra Dios! En cuanto entro los funcionarios fijan disimuladamente su mirada en mí. Sé que a mi edad aún resulto atractiva. Aunque no me siento guapa, nada guapa, me siento fea y dolida y herida y como si algo dentro de mi se hubiera roto y con dolor en el alma, y el miedo me pone nerviosa y eso no me gusta nada porque tengo miedo a dos cosas: a este horrible lugar y a mi hijo. Llevo meses casi sin saber nada de él. No sé cómo reaccionará al verme, y eso que se lo ha dicho antes su hermano mayor para que se preparara. Puede tratarme con la indiferencia con que lo ha hecho muchas veces o con júbilo, con la felicidad en sus ojos, como lo ha hecho otras. La segunda me daría la vida, pero la primera sería como la muerte, un dolor oscuro y crónico. Voy siguiendo al resto del grupo para no perderme en un lugar que hasta ahora me ha sido ajeno. Pronto veo un pasillo que rodea las salas. Aún no lo veo, pero sigo avanzando entre las risas de los que ya están con sus seres queridos. Sí, Ahora sí. Está allí, al final, con una mano levantada para que pueda distinguirlo entre todos ¿Será ese gesto una buena señal?

TRES

Todo empezó en su padre. Era un sinvergüenza y lo seguirá siendo toda su vida. Ese ya no cambia. Claro, yo

era muy joven y muy tonta y recién llegada del pueblo a la ciudad y me encandiló con su cuerpo de junco y sus palabras musicales. Me quedé prendada y embrujada hasta que me encontré con un hijo, embarazada y yendo a verle a la cárcel. Si digo que todo empezó en su padre es porque lo sé, porque me tocó sufrirlo durante mucho tiempo, tanto que ya no recuerdo quién era esa muchacha que parecía enamorada. El vecino del cuarto es como un regalo del cielo para mí. Madruga cada fin de semana sólo para acercarme en su coche a la estación ¡Ahí está, puntual como siempre! Nos repetimos los saludos y hablamos durante algunos minutos, pero pronto nos encerramos en un silencio que nos gusta. El sueño acabó pronto. Sólo era fachada, un simple cobarde y nada más. Yo me veía luchando sola con los críos y fregando escaleras para tener algo que poner a la mesa, mientras él aparecía y desaparecía cada vez que le daba la gana y sin dar ninguna clase de explicaciones. Cuando regresaba, aparecía en la puerta con los brazos llenos de regalos y era como si olvidáramos nuestros enfados por sus ausencias. Pero llegó un momento en que ni eso funcionó. Los dos primeros chicos estaban creciendo y no les era ajeno lo ocurría en casa. Eso no fue bueno. Algo pasó que tendría consecuencias para siempre. No se puede crecer con rencor en el corazón. Me despido de mi vecino con los mismos agradecimientos de todos los fines de semana, él ya sabe que es mi *ángel de la guarda*. La estación de tren está solitaria y muy fría a esta hora. Mis huesos lo notan, ison ya muchos años yendo de un penal a otro para visitar a alguien de mi familia! Y al principio lo parecía, parecía que éramos una familia y que el futuro sería bueno ¡Qué tontería, qué ilusiones se hace una! Por eso no lo esperaba la primera vez que me pegó. Su mano enorme contra mi mejilla, ¡plaff! y yo tirada en el suelo. No tardó en pedirme perdón de rodillas, pero tampoco en volver a golpearme, cada vez con más saña. Llegó un día en que el mayor de mi hijos no pudo aguantar más y se enfrentó con él, discutieron y se pelearon hasta que mi marido se largó. Eso me quitó el miedo, pero todo comenzó a derrumbarse a mi alrededor. Mi hijo, tan valiente con su padre, fue un cobarde conmigo. Cada vez estaba más raro, más apático y callado y yo sin saber qué ocurría, muerta de preocupación hasta que una mañana no pudo esconderme los brazos y vi unas manchas amarillas y moradas. Entonces no sabía nada de las drogas, pero en cuanto las vi supe qué era eso. Lo intenté todo con él, los consejos, las buenas intenciones, la negociación, los desplantes, los castigos...todo, pero ella fue más fuerte. Poco después tuve otra vez que coger el camino hacia una cárcel. Todavía no estaba muy mal cuando entró, y no tardó mucho en salir. No sé a qué le cogió miedo allí dentro, pero cambió y estuvo muchos años alejado de cualquier problema. Para entonces, el mediano seguía sus pasos. Desde chico fue el más callado, parecía incluso responsable y serio ¡Sí, sí, luego descubrí que las mataba callando, el sinvergüenza, igualito que su padre! Bueno, los tres salieron a su padre, pero sacaron lo malo, que bueno también hay. Siempre tiene proyectos, planes de un futuro inmediato que lo arreglarán todo. Nada funciona, desde luego, pero mantiene la ilusión. Mis hijos jamás tuvieron esperanza. Conforme se iban haciendo mayores la expresión infantil desaparecía y sus caras no eran más que el dibujo de una derrota segura aún antes de iniciarse la lucha. No los juzgo porque también está el barrio. Casas de poco más de cuarenta metros cuadrados, rodeados de polvo o barro dependiendo de la estación del año, el descampado de enfrente que cada día es más un basurero. Al barrio llegamos jóvenes y pobres, y vamos muriendo sin haber conseguido nada. Muchas fatigas y dolor, es lo que continúa siendo nuestra vida, aunque al menos somos amigos y procuramos echarnos una mano en lo que se puede. El tren se para en la estación, bajo y me dirijo a la parada del autobús, el último transporte. Ruta que

tantas veces he realizado que la hago sin percatarme, pensando en otras cosas. Arranca en cuanto nos acomodamos todos y se pone en marcha. La heroína llegó al barrio sin que ninguno nos diésemos cuenta, supongo que no queríamos abrir lo ojos, quién sabe. Cuando tomamos cartas en el asunto fue demasiado tarde para algunos, como para mis hijos. El mediano y el pequeño robaban, atracaban o lo que hiciera falta para conseguirla, y el mayor volvió a engancharse por un matrimonio fracasado. No me gusta odiar, el odio es un pecado, lo sé, pero a esa maldita droga no puedo evitar odiarla con todas mis fuerzas ¡A destruido a todos mis hijos! Y me los ha ido arrancando o separado de mi lado. No quiero recordar porque no quiero llorar y que luego me vea con los ojos hinchados y se dé cuenta. Son muchas las lágrimas derramadas, son tantas que no sé cómo puedo soportarlo ¡Porque Dios me da fuerzas, porque sin Él estaría completamente loca! Aunque he estado cerca, muy cerca. Cuando un hijo de tus entrañas crece, cambia y te amenaza con un cuchillo para que le des dinero o algo que pueda vender la razón no sirve, todo pierde su sentido, su norte, y la vida, lo que creías hasta ese momento que era la vida, se derrumba dejando el mayor de los desconciertos ¿Qué puede hacer una en ese momento? ¡Volverse loca! Pero sigo aguantando, aunque sólo sea por el mayor. Tiene muchos años de condena que pagar, pero parece estar más centrado y con el *programa de metadona* estoy más tranquila. Ahora, yo sigo negándole dinero para que no tenga la tentación de comprar una *papela*. Confío en él, o necesito confiar en alguien, porque el mediano no tiene vuelta atrás. Llevamos años sin hablarnos y sé en qué prisión está por su hermano, aunque no pienso ir a verle. Los funcionarios ya me conocen, por lo que me saludan en cuanto llego y siempre intentan facilitarme el acceso para que no pase mucho tiempo de pie. Han puesto alta la calefacción y se está a gusto. Él procura ponerse en los primeros locutorios para que no tenga que andar mucho, pero hoy no lo veo. Parece que han llegado todos menos él ¡Ya está, algo le ha ocurrido!

SEGUNDA PARTE

UNO

¡Ya estoy más tranquila! Ahora sé que está bien, incluso de ánimo, y con eso me encuentro mejor. Puedo relajarme un poco en el camino de vuelta. Y eso que si venir es una paliza, el regreso es todavía peor porque ya la ilusión se ha acabado y tiene que pasar otra semana completa para verle de nuevo. Al salir compruebo que faltan algunas madres de las que vinieron la semana anterior. Ven a su hijo una vez y no regresan jamás. Otras no vienen nunca. Yo no las juzgo, ya no juzgo a nadie, eso se lo dejo al Señor. Sus motivos tendrán, aunque su ausencia no significa que no sean una de nosotras, son madres, tienen a sus hijos dentro: eso es igual para todas. La única diferencia es su silencio. En el autobús me siento atrás, medio escondida, sé que no seré capaz de aguantar hasta la noche ¡Mi hijo, mi pequeño encerrado! Muchas veces ha estado lejos, que no sé yo que se le había perdido en esos países dejados de la mano de Dios, con hambre, miseria y calamidades por todas partes. Pero incluso cuando estaba tan lejos llamaba con cierta frecuencia y sabía que podía regresar cuando quisiera. Pero ahora es imposible. Él está animado y procura siempre contagiármelo a mí. Tiene un nuevo compañero de celda y parece que se llevan bien. Al menos eso podré contárselo a su padre, que siempre me interroga. Yo,

como es natural, le cuento que está muy bien y con buen humor, bastante depresión tiene ya para que le cuente penas. Al final se vuelve una cadena: mi hijo se anima a sí mismo para animarme a mí y yo animo a mi marido ¡Todos contentos! Pero ¿la realidad cuál es, qué está viviendo mi hijo en el sitio ese? Siempre ha sido muy loco y llevo toda la vida diciéndoselo, luchando para que cambie de actitud, pero no hay manera. Espero que esto le sirva de lección y se deje de chiquilladas. Bueno, la cárcel no es precisamente un juego de niños, pero él es todavía muy inmaduro y tiene muchos pájaros en la cabeza. Al menos he dejado de llorar, estoy más tranquila, pero tengo un nudo en el estómago que se me pone en cuanto me despido de él y no se me quita hasta mucho después. Es la angustia, yo sé que es la angustia, pero no es más que otra cosa con la que tengo que vivir, o sobrevivir, porque a ver qué clase de vida es ésta, mintiendo a todos, haciendo las cosas a escondidas, humillada y sufriendo por todos. También lloro por mí, pocas veces, pero hay momentos en que no puedo evitar sentir miedo a no ser capaz de aguantar esta situación, a estallar y liarme a dar gritos diciendo que mi hijo está preso, pero que no es un animal, que es normal, como todo el mundo, con sus grandezas y sus miserias, con sus cosas buenas y sus defectos, con sus certezas y sus miedos. Pero callo. Siempre callo y me guardo en mí todo aquello que lucha por salir, esa verdad que sólo causaría daño, más dolor sin ventaja alguna. Además, nadie puede entender esto si no lo ha vivido, no es expresable con palabras, está debajo de la piel y no lo puedes mostrar. De vez en cuando intercambio algunas frases con otras madres que vienen regularmente y nos conocemos, y, aunque sea bien poco lo que nos decimos, sabemos que entienden mejor que cualquier familiar, que cualquier amigo que tengamos. La ciudad se empieza a descubrir al fondo, triste y gris. Deseo que termine este viaje, comer con mi esposo, retomar mi vida diaria, pero por otro lado prefiero que el autobús vaya más lento y pueda alargar este rato que estoy sola. Ahora no necesito el sueño profundo de mi marido para interrogarme, para pensar en todo y en nada, en los demás y en mí misma. No quiero ser egoísta, pero cada vez es más fuerte el ahogo que siento en el pecho ¡Llevo tanto tiempo! Ya es poco lo que le puede quedar, tiene buen comportamiento y no se mete en líos, al menos que yo sepa. Se lo repito cada vez que le veo: ¡Que te portes bien! ¡Que no te metas en problemas! ¡Que pienses en salir cuanto de aquí! Él siempre me promete que lo hace e insiste en que no me preocupe, que no quiere darme más disgustos y que pronto saldrá y estaremos de nuevo juntos ¡El pobre, animándome siempre! También se enfada porque vengo todas las semanas a verle, que estoy mayor y muy mal de las piernas para hacer tanto esfuerzo, me dice. Pero yo sé que me necesita, cuando regrese tendré tiempo de ir al médico y operarme. No puedo dejarlo solo, en esto precisamente no puedo. Tiene que saber que siempre estoy y estaré su lado, luego ya le echaré una bronca de las mías y le daré un buen tirón de orejas por hacernos sufrir tanto a su padre y a mí. Le ataré en corto y pienso saber lo que hace en todo momento, porque esto no se vuelve a repetir ¡Eso lo tiene que tener claro! Estoy molida y me duelen las piernas muchísimo, menos mal que veo ya la casa. Ha terminado por hoy, pero la semana que viene todo será, más o menos, igual.

DOS

¡Al menos se encuentra limpio, ya es algo! Me lo imaginaba más gris y más tétrico, pero no, es luminoso y ordenado ¡Eso me gusta! El niño no está bien, no he tenido más que mirarle a la cara, aunque quisiera hacer de machito conmigo sé esto puede matarlo, es demasiado débil para un lugar como éste ¿No tiene mi marido un

amigo del ministro? ¡Pues no entiendo qué hace aquí todavía! Aunque tenga que coger el teléfono y llamar yo misma a su mujer, pero no puede permanecer más tiempo aquí. Es lo único importante en este momento, cuando regrese a casa ya estudiaremos con calma todo el asunto. Salimos como borregos por la puerta de acceso al aparcamiento y me apresuro hacia el coche. Dentro de él me siento protegida, ese mundo tan triste y feo queda fuera, no puede tocarme. Una cosa está clara: ¡aquí no vuelvo! No puedo, me ahogo, me entra claustrofobia y lo paso fatal. Decidido: no vuelvo. Y es que tampoco va a ser necesario, pues lo saca hoy mismo ¡Seguro que lo consigue! Está muy delgado y muy cariñoso, ahora estoy más relajada. Echaba de menos sus mimos y sus zalamerías. Cuando quiere es capaz de embaucarte, aunque no tenga malicia alguna. En la carretera reduzco la velocidad, no deseo llegar a casa todavía, antes necesito coger aire, respirar, salir de este ahogo. Lo cierto es que son escasas las ocasiones que tengo para estar sola y pensar un poco. Siempre con obligaciones, siempre resolviendo problemas a unos y a otros, siempre organizando algo o atendiendo a alguien. Es muy poco incluso lo que hablo con mi esposo. Nos ponemos de acuerdo en nuestras respectivas agendas, pasamos revista a la situación familiar o comentamos el último cotilleo del grupo. Conversación familiar y social. No recuerdo la última vez que hablamos de nosotros, es como si nuestro matrimonio se hubiera disuelto en la familia y ya no existiera por sí mismo. No sé si aún me quiere o sólo está acostumbrado a mi compañía, al rol que represento fuera y en la intimidad ¿Acaso yo sigo queriéndole? ¡Cómo no voy a quererle si es mi esposo y el padre de mis hijos! ¡Qué locuras pienso!, y sin embargo, recuerdo cierta muchachita preciosa, enamorada de un joven fuerte, simpático y lleno de vida ¿Dónde están ahora los dos?... Jamás había pensado algo parecido. Acabo de dejar a mi hijo en la cárcel y me pongo a pensar excentricidades ¡No puedo estar bien! Es lógico, cómo no me iba a afectar que esté allí encerrado, tan delgado. Él nunca ha sido fuerte, pero nunca había perdido tantos kilos como ahora. De niño era como un rabo de lagartija, escuchimizado pero sin parar un segundo de correr y jugar. Cuando en verano íbamos a la playa, se metía en el mar y tardabas horas en verlo regresar. Luego jugaba en la arena, reía solo y parecía feliz. Yo lo miraba, lo observaba en silencio, como distraída, para que él siguiera y la magia del instante perdurara. Me sentía la mujer más plena del mundo por ser precisamente madre, la madre de ese ser indefenso, inocente y feliz, tan feliz como probablemente no lo habrá vuelto a ser. Aunque qué sé yo de su vida, si ha sido dichoso o no, hace mucho que ese niño murió y el jovencito que lo sustituyó se fue alejando de mí... o quizá fuese yo quien se fue separando, quien ya no entendía al hombre y sus problemas me daban incluso un poco de miedo. Hay tantas preguntas sin respuesta que para qué voy a formulármelas. Yo siempre he pretendido ser una buena madre, y creo que lo he sido. No todo serán éxitos, habré cometido mis errores, pero mi intención ha sido siempre educarlos y que tuvieran lo mejor, que fueran responsables y que supieran llevar con orgullo y la cabeza bien alta el apellido de la familia. Es posible que con el pequeño me haya equivocado, pero no lo sé ¿Es culpa mía que se encuentre ahora donde está? ¡No, yo no lo creo! ¡Ha sido su responsabilidad, o mejor dicho, su falta de ella, porque hace cada cosa que no sé ni cómo calificarla! Yo no digo que no haya sido algo blanda con él, que le haya protegido más de una vez de su padre, que le haya salvado en el último momento, pero de eso a ser culpable media un abismo, y no paso por ahí. El único responsable es el chico, y las pagará. Pero ahora lo más importante es que salga de allí. La carretera de circunvalación está tan vacía como el resto. Todo casi desierto ¡Mejor, necesito llegar a casa! Sí, aunque haya que rogar al mismísimo Presidente, pero tiene que salir de ese

sitio. Me ha dicho que no es tan malo, que hay una biblioteca y que puede leer, siempre le ha gustado mucho la lectura, pero quién sabe si me lo ha dicho únicamente para animarme, para que no me preocupe, para que no sepa la verdad del horror de ese lugar... ¡Me estoy empezando a preocupar!, estoy fatal de los nervios y no deseo volverme una histérica, desde jovencita detesto las histéricas. Ya falta poco para llegar, así que relájate, habla con él, exponle la gravedad de la situación y que haga las llamadas oportunas. Me he dado cuenta de que tengo una necesidad enorme de abrazar a mi hijo. No recuerdo cuando fue la última vez ¡Ya veo mi casa, qué alegría estar de vuelta! ¡Necesito un baño caliente!

TRES

¡Dios mío, qué susto! Al ver que estaban todos menos él me he temido lo peor, pero no se trataba más que de la limpieza del módulo, un retraso de cinco minutos. Luego ha llegado sonriendo y pidiéndome disculpas y mi corazón ha vuelto a su sitio. Está más gordito, se nota que ha cogido algo de peso, aunque sigue estando en los huesos. El tratamiento le está empezando a hacer efecto y eso es positivo, muy positivo ¡Al fin una buena noticia! Subo al autobús más expresiva que otros días, y es que no acostumbro a hablar con nadie, más por timidez que por otra cosa. Pero me siento contenta, necesito un mínimo de esperanza por el que continuar. También por mis hijos, no puedo permitir que se hundan más. A pesar de todo no son malos chicos, en el fondo no tienen maldad alguna, es esa droga que los transforma y se vuelven capaces de cualquier cosa por conseguirla ¡Si me hubiera dado cuenta antes! ¿Qué hubiera hecho, qué podría haber hecho? Porque con el segundo ya lo sabía, y no tuve ningún éxito. El mayor en la cárcel y los otros dos robando y atracando: era fácil saber dónde iban a terminar. Al final, hartos de mí, de mis reproches y amenazas, se fueron de casa, y eso fue peor porque no sabía nada de ellos, dónde estaban o qué hacían. Fue una época muy amarga. Mi esposo dejó de perseguirme y meterme en problemas. Lo que tantos años había deseado se cumplía al fin, ya no volvería a tener miedo de él, de su agresividad, de ese sentimiento de posesión suyo que me esclavizaba a mí. Ya no necesitaría mentir en el hospital cada vez que iba a urgencias, ya no necesitaría esconderme para que no me reconociesen en el barrio y averiguaran la verdad, aunque todos sabían. Me libré de él y lo único que tuve fue la soledad de la casa vacía. Ya no tenía matrimonio ni familia. No tenía nada. Vagaba por la casa perdida, sin encontrar qué hacer. Salía de trabajar y era el peor momento del día. Fregaba portales y escaleras ocho, nueve, diez horas, todas las que podía para no tener que regresar a una casa que ya no era un hogar, si es que alguna vez lo fue. Mi miedo era el silencio. Metida en la cama, rendida por el trabajo, no podía dormir, sólo escuchar ese acusador silencio. No había sabido ser ni esposa ni madre. Nada de lo que soñé se había cumplido y la realidad superaba mis peores pesadillas. El dolor por lo que eran mis hijos se había transformado en dolor por su ausencia. Necesitaba que todos estuvieran cerca de mí, pero eso ya no será posible. Está el día triste. Espero que el tren no tarde mucho, no me apetece demasiado esperar con este frío. Yo aún sigo echándole la culpa al mediano porque no se fueron juntos, ¡él se lo llevó! Fueron más de tres años sin saber de él, y eso es mucho tiempo. Muchas noches. Mucho silencio. No quiero pensar como una loca, pero la poca alegría que me ha dado el ver mejor a mi hijo se me ha quitado. No sé cómo, poco a poco, pensando. Ahora me siento triste y vieja y muy cansada. El tren me salva con su calor aliviando el dolor de mis huesos, que siempre me duelen en días como éste. No debería pensar

tanto, pero si no lo hago acabaré hablando sola y eso me da todavía más miedo. Una noche sonó el teléfono, era el mediano que preguntaba por el chico ¡Se lo había llevado, años sin saber nada de ninguno de los dos y me llama para preguntarme a mí! Las piernas me temblaron y temí lo peor. Le pregunté qué había pasado, le rogué que volviera a casa y me lo contara todo con calma. Pero una vez más fue cruel, colgó sin despedirse y no vino, ni esa noche, ni al día siguiente ni al siguiente ni al siguiente. Yo rezaba y pedía a Dios que no les pasara nada. Las oraciones en mi propia voz parecían llenar la casa, como si todo se redujera al sonido. Pedía por mis hijos, ni tan siquiera por mí y por ese dolor que me estaba destruyendo, tan sólo por ellos. Rogaba porque fueran capaces de curarse de esa maldita adicción. Nada más. Ni que fuesen ricos o más guapos. Tan sólo eso, que se curasen. Pero parece que Dios no me escuchó. Tuve que hacerlo yo sola. Me puse en marcha y movilicé a la gente del barrio para que intentaran averiguar qué había ocurrido y cómo estaban mis hijos. Fueron muchas horas de ansiedad, de una espera insufrible regada de vasos de café ¡Parecía que se los había tragado la tierra! Agotada dormí unas horas, me despertaron los golpes en la puerta. Al abrir entró otro chico destrozado como tantos otros y que conocía a mis hijos desde pequeños para contarme lo que se sabía: al parecer se produjo un atraco en una gasolinera en el que ellos no tuvieron nada que ver, pero la policía fue a detenerlos. Se separaron para que fuera más difícil atraparlos, y hasta ahora. No se había vuelto a saber nada de ellos ¡Al menos estaban bien! Le agradecí se ayuda y le rogué que si veía a alguno de ellos les dijera que vinieran a casa, que ahí estaba su madre para todo lo que les hiciera falta. El sentimiento era muy bueno, pero nada práctico. La policía lo primero que hizo fue poner vigilancia a la casa. Los días se iban sucediendo, pero nada nuevo se sabía. Semanas después se aburrieron y quitaron la vigilancia. Yo no sabía qué pensar, si el que se hubieran marchado era una buena o mala noticia. Trabajaba para agotarme, para que físicamente estuviese tan cansada que me rindiera al sueño, aunque rara vez lo conseguía. Cuando peor estaba sonó el timbre de la casa. Sabía que ese sonido era el suyo, era él ¡Mi pequeño! Entró, se sentó y supe con una certeza absoluta que jamás volvería a salir del lugar al que había regresado. Estoy llegando a la parada del tren. Me dirijo a la puerta que se abre en el momento en que se detiene. Bajo despacio y me encamino a la parada del autobús que va al barrio. A la vuelta no tengo la ayuda de mi vecino del cuarto y su coche. La camioneta está parada, pero no tarda en iniciar el camino. Me alegro de la suerte que he tenido con el transporte. Sentado en el sofá, con su cazadora de cuero negro, intentando sonreír mientras intentaba engañarme, no tuve que mirarle mucho para saber que estaba muy enfermo. Era puro hueso, la poca carne se escurría sin encontrar acomodo, la boca casi sin dentadura farfullaba más que hablaba, las manchas, los granos, las heridas. Todo me decía que estaba muy mal. Pero lo tenía a mi lado, había vencido a la soledad. Me concentré en él, lógico, qué iba a hacer. Yo no tengo estudios, pero sé lo que la vida me ha enseñado, y lo primero es sobrevivir. Empecé con purés y lácteos, luego poco a poco comida más sólida. Él se dejaba hacer sin convicción, por no contrariarme. Comía todo lo que podía y se tomaba la medicación, ¡y mira que eran pastillas! Se portaba muy bien, pero incluso cuando sonreía era consciente de que su lucha por la vida estaba perdida. En aquellas semanas le pregunté varias veces y todas me negó que siguiera consumiendo, pero eso era algo de lo que nunca podía estar segura. El caso es que comenzó a ir para atrás, a estar más delgado y amarillo, pero me prometía una y otra vez que no tomaba nada. Cuando supe la verdad mi hijo se encontraba en mis brazos. Le pedía una y mil veces que me perdonara por no haber confiado en él y me perdonaba poniendo su

mano en mi boca. Al final callé para llorar, sin ruido, bajando cada lágrima lentamente. Le estreché aún más fuerte para que no se fuera, pero ya todo era inútil. Me aferré a su cuerpo huesudo hasta que me pidió que lo dejara marchar ¿Cómo podía pedir eso a una madre? ¡Jamás, jamás lo consentiría! Una y otra vez, muy bajito y muy despacio me decía que le dejara marchar, que ya no podía más, que quería irse para siempre. Mis lágrimas se mezclaban con las suyas y el llanto era uno, pero el dolor no, el mío era muy distinto. Siguió insistiendo con su vocecilla hasta que le dejé marchar. Entre mis brazos le dejé marchar y aún no sé si cometí el más horrible de los pecados. Dios me juzgará. Mientras, cada día continuó pagando por ello.

Antonio Palma

EL MIEDO A LA LIBERTAD

EL MIEDO

Ruido confuso de voces (rumor). Luego se ve un hombre que se sabe libre por primera vez cinco años después. Aparece una calle irreal con bares, cafeterías por todos los lados. En el cristal del escaparate de cada uno de ellos se repite el mismo cartel: *SE BUSCAN EMPLEADOS*. No sabe por qué, pero cada vez que se acerca a ellos una rápida mano surge para retirar el anuncio. Manos de todos los tipos: jóvenes, suaves, largas, delicadas, cansadas, desesperadas, y hasta conformes con la rutina de su destino, pero todas hacen desaparecer las ansiadas tres palabras. Un sudor frío comienza a brillar sobre su frente, muy despacio ésta se llena de gotas que se unen en surcos que recorren su expresión de miedo. Tan sólo le resta un bar, su última oportunidad. Se dirige hacia él hasta que oye el sonido de su propia risa. Lo siguiente es un sitio medio oscuro y extraño repleto de parroquianos de aspecto extraño. Lucha entre ellos por hacerse sitio cargado con una bandeja llena de botellas etílicas. Siempre es lo mismo, siempre la gente, siempre la bandeja con botellas, pero cada vez está más cansado, más triste, más envejecido. Llega un momento en el que todos los que le rodean le miran fijamente y comienzan a reír, a reírse de él. Esas risas, esas risas que le atormentan no desaparecen hasta que todo se vuelve negro y se alejan de él un segundo antes de sentirse tan deslumbrado que no puede abrir los ojos. Se protege con las manos intentando habituar sus ojos que, en cuanto pueden, perciben un ser celestial ¡Ve cada vez mejor, ya lo aprecia todo! No es más que una muchacha, como él, y no es especialmente bonita, pero hay algo en ella que hace que desee mirarla constantemente. Ella termina por sonreír, y unas chispeantes cosquillas les recorren a ambos estando por primera vez unidos en algo y deseando ya no separarse jamás. Pero se separan una mañana y otra y otra. Casi todas las mañanas para ir al mismo sitio medio oscuro, aunque ya no le miran los seres extraños para reírse de él, ahora cuchichean entre ellos en cuanto se les acerca para volver pronto a su alcohol y a sus grandes voces. Una vez junto con su amada mujercita, otra vez el bar, las imágenes se van turnando en una loca noria que parece no querer detenerse, no tener fin, y aunque es así hay que fijarse que van cambiando casi imperceptiblemente sus caras, sus cuerpos, el ánimo. La rutina, la desesperanza en el presente y en el futuro, el miedo a una trampa de la que no se puede escapar, la soledad impuesta para esperar a unos encuentros que ya no nos traen la risa y el olvido. ¡Si pudiera romperlo todo y volver a empezar!... Acabaría cometiendo los mismos errores, repitiendo la misma vida. Son pocas las oportunidades que se le ofrecen a un ser como él, por ello surge la primera discusión, en realidad nada importante, algo casi anecdótico que a los pocos minutos les lleva al abrazo, al perdón y a los besos, pero no tarda en volver a suceder, y esta vez es más agria, más dura, más fría. Pronto se repiten con más asiduidad sin que pueda hacer nada para evitarlo, pero sufriendo siempre por ello... Cuando es consciente de lo que sucede la relación ha sido destruida ya, sólo existe la desconfianza, la incomprensión mutua, el rechazo, el dolor, el miedo al contrario. No quiere llegar a odiarla y está a punto de suceder, por lo que sale de casa sin saber a dónde ir, pero seguro de lo que

siente y de que lo intentará de nuevo en otro lugar, lejos, muy lejos...tan lejos que llega a otra ciudad, pero en ella aparece de nuevo una calle repleta de cafeterías, bares y restaurantes. Pese a ello no desea repetir la misma historia, abandona a toda prisa la calle luchando por tener una vida distinta, pero las calles se suceden y en cada una de ellas lo que contempla es lo mismo. Lloro de rabia, lloro porque se siente en una prisión y la vida nunca debería sentirse como una prisión. La siguiente imagen, algo color sepia ya, es un lugar menos extraño en el que paran clientes menos extraños, lo que siente como una oportunidad. Repleto de seres y risas va de una mesa a otra todo lo deprisa que puede recogiendo vasos vacíos y entregando vasos llenos de licor de colores distintos y sofisticados. Siempre sale cansado y siempre da un largo paseo hasta su casa, bueno, hasta el cuchitril pequeño e infecto donde duerme o simplemente se queda tumbado para pensar. La soledad y el pensamiento no son buenos aliados, traen la tristeza y el dolor, ese dolor del alma que se clava como un bisturí y que nada físico puede calmarlo. Lloro, durante horas, durante días, años enteros llorando hasta que una mano suave acaricia su rostro para que desaparezcan todas las lágrimas que hay en él. Vuelve, después de un tiempo impreciso e infinito, a sonreír y nuevamente es el amor quien lo porta entre sus brazos. El mostrar cómo es él en realidad, el descubrimiento del otro, la pasión llena de tactos humanos...todo hace que vuelva a ser posible la felicidad. Pero esto es sólo una artimaña, un engaño, pronto se suceden los días y pronto la vida se convierte en esa insípida rutina de la que ya intentó huir en el pasado y que vuelve a sumirlo en la duda, duda que es más terrible que la cruel realidad. Sigue el amor y la relación, pero ya todo se encuentra infectado sin remedio, lo que lo llevará a tratar a su mujer con hiriente sarcasmo, con un desprecio impropio de él, pero en el fondo de su pozo de sufrimiento el miedo está venciendo. Termina por romperlo todo, la mujer desaparece entre incontables llantos y él se vuelve a sumir en la soledad, lo único que le queda. Cuando el corazón vuelve a poner en su sitio a la razón comprende que esta vez ha sido culpa suya, que el miedo a la libertad le ha llevado a romper con la mujer que amaba y ha infringirla un dolor innecesario, lo que le hace sentirse como un gusano, como el más despreciable de los seres que pueblan el aire, el mar y la tierra. El paso a desear el final está demasiado cerca: no hay más oportunidades para él, ha quebrado lo único que podría haberlo salvado. El ruido de la gente se hace cada vez más alto, hay un barullo impresionante compuesto de coches, autobuses, furgonetas, camiones y gente yendo de un lugar para otro con determinación inquebrantable. Sabe que pronto todos le mirarán a él y se reirán con un estruendo que lo volverá loco. Corre, corre, más y más deprisa, pero las piernas no le responden y parece que se desplazara a cámara lenta. La mayor de las angustias lo domina, pero ello no impide que todos comiencen a reírse de él. En calles y callejas, paseos y plazoletas, por cualquier lugar de la ciudad que transita los ciudadanos en cuanto le ven le señalan con el dedo y surge la odiada risa. No puede más, cree que va a enloquecer y su mente divagará sin retorno a la razón. Su mente y sus piernas le llevan lejos, lejos, muy lejos, hasta un puente que cruza un río bravo y turbio que le recibe como a un invitado. Lo mira vagamente, como si tuviera que surgir una idea para verlo en toda su magnitud. La idea ha llegado: sólo tiene que subirse a la barandilla y resbalar al vacío para que todo esté bien, para que, por primera vez, todo esté bien. Desde lo alto del puente la realidad se ve pequeña, diminuta, tan frágil que casi pareciera que puedes con ella, pero sabe que no es así, que nunca es así. Quiere arrojarse, volar hasta que el sufrimiento se aleje por siempre de él. No puede, algo mucho más fuerte se lo impide...

El grito de su propia voz le despierta. Aún confuso comprende que no ha sido más que una horrisona pesadilla. Más tranquilo ya, se revuelve en la cama para intentar conciliar de nuevo el sueño. Se encuentra algo alterado. Es su última noche en prisión. Mañana será libre.

LA LIBERTAD

Al principio todo le parecía como si fuera un enorme escenario, algo falso. Pero eso fue hace ya tiempo, la realidad terminó imponiéndose y definiendo medidas y límites y arrinconando así al olvido sus primeras apreciaciones. Todo tenía el aspecto que debía tener: confuso, complicado, difícil. Hasta hace poco él tenía todo un esquema sobre el que situarse: un horario regular, tres comidas, cama y unos enormes muros que lo convertían en un objeto manejado a la voluntad de unos completos desconocidos. Lo que todos conocen como falta de libertad, aunque más bien se trate de una retención física que acaba por aplastarte pese al esfuerzo titánico de no perder la capacidad de pensar por uno mismo. Quizá todo consista en eso, en aislarte de ti mismo, alejarte tanto que el pensamiento se convierta en un músculo atrofiado. Desde luego que él había perdido esa batalla, hincó sus rodillas y se olvidó de toda ética para que le dejaran salir antes de allí. Lloró en soledad por su valor, por la fuerza desaparecida al ser entregada al enemigo, por la dignidad que no se le sería devuelta hasta abandonar todo aquello...Y, sin embargo, el sueño resultó una estafa, un alegórico engaño de quien da la última carcajada. Volvía a tener un horario, volvía a estar encerrado ocho horas diarias y aún permanecía encadenado a un mísero lugar que no sentía como su casa. La libertad había sido eso, un mero ensancharse los muros que, porque no se pudieran ver, no significaba que no estuvieran ahí. Al principio, inconsciente de él, aun pensó que era diferente, hinchaba los pulmones creyendo que respirar los gases de la ciudad era respirar en libertad, que pasear de un lugar a otro era la libertad, que dormir hasta la hora que desease era la libertad, pero pronto percibió el artificio y la realidad le escupió en la cara sin ninguna compasión. No la había para casi nadie, cuanto menos para alguien como él. Sólo restaba la lucha, pero una lucha silenciosa que únicamente le incumbiera, todo lo demás podía seguir tal cual estaba: nunca había sido un héroe y no iba a serlo precisamente en ese momento. Deseaba modificar la realidad que lo aplastaba, pero únicamente su realidad, bastante complicado resultaba conseguir esta meta. Primero un trabajo, es decir, patearse la mitad de la ciudad persiguiendo inconscientemente a otros desesperados que le precedían en el mismo intento. Luego un apartamento, es decir, volver a seguir a otros desconocidos que tenían su misma intención. Y después ¿qué?.. Porque tener esas cosas básicas que necesitaba no daba sentido a una vida. Conseguirlas no había sido el final, tan sólo el inicio de algo que desconocía. Se levantaba por las mañanas a las seis y media, iba al taller en el que trabajaba donde pasaría la mayor parte del tiempo y al salir veía la misma desvaída luz de la mañana, lo que irremisiblemente le hacía sentirse atrapado en un tiempo inamovible. Corría a su casa intentando vivir un poco, hacer algo distinto, pero en cuanto llegaba se tumbaba en el sofá y todo el cansancio se acumulaba en sus hombros y solo el hambre lo levantaba para prepararse algo rápido y después meterse en la cama con un libro, pero el sueño le vencía en la misma página que había leído una y otra vez y de la que no conseguía pasar. Y esto un día y otro día y un millón de días más si no conseguía cambiar las cosas, pero quién es capaz de cambiar nada.

Había momentos que sentía que no podría continuar, entonces pensaba en comprarse un arma, meterse en cualquier banco y saberse vivo durante unos minutos hasta que todo acabara con la huida, pero todo quedaba encerrado dentro de su cabeza, no quería más problemas, no quería más patio, más muros, más arbitrariedades de personas que lo manejaban como a un pelele. Cuando salió se juró que nunca más, y así sería por muchos problemas que tuviera. Tenía que encontrar un sentido a su vida, no ir dando tumbos de un lugar a otro sin una senda clara por la que transitar. Lo sabía, era plenamente consciente de ello, pero eso no contestaba tamaña pregunta. Siempre creyó que la ausencia de dolor era suficiente, pero esa ausencia no nos da la felicidad, ésta no es nunca la negación de algo, sino un sentido pleno en sí misma. Todo habían sido huidas, intentos vanos de construir una vida a partir de retazos de placer, de instantes inconexos de gozo que nunca le habían llevado a otra parte distinta de un nuevo ir hacia delante tanteando en la mayor oscuridad. Le ocurría que trabajando se ensimismaba en la contemplación de sus compañeros, como si así pudiera averiguar cuál era el sentido que cada uno de ellos daba a su vida, pero nada obtenía. Llegó incluso a preguntárselo a aquellos con los que más confianza tenía, y tras la expresión de sorpresa todos le contestaron más o menos lo mismo: el sentido de la vida es estar vivo, amar y ser amado, crear una familia por la que luchar y sentir que te da fuerzas para levantarte cada mañana, lo demás no eran más que entelequias, bonitas palabras huecas de sentido real, discursos filosóficos de quien solo se mira el propio ombligo. Quizás tuvieran razón y él se empeñaba en encontrar un imposible, quizá la vida se reduzca a algo tan simple como formar una familia para que una parte minúscula de ti perdure en los genes de los hijos y en los de los hijos de los hijos, un breve recordatorio que sería olvido muy pronto, perdido en la inmensidad del tiempo y del universo. Está bien, lo haría, pero sería más difícil de lo que se podía imaginar, era mucho el tiempo en que no trataba a las mujeres, que no tenía una a su lado. Las salidas nocturnas en su día de descanso podían no ser la mejor idea, pero no se le ocurrió otra. Acompañaba a sus compañeros solteros en sus correrías, aunque muchos tan solo deseaban un polvo sin más complicaciones, para así conocer mujeres y encontrar entre ellas a la que convertir en madre de sus hijos. Como era fácil de prever, en ninguno de los locales que visitaba se encontraba nada parecido a sus deseos, por lo que terminó perdiendo el ánimo y abandonando estas actividades. Volvió a encerrarse en sí mismo, a beber en soledad más por rabia y frustración que para divertirse, transformándose en un ser resentido y triste. La rutina lo mantenía dentro de unos márgenes, pero el dolor y el miedo se habían apoderado de él: una nueva batalla perdida. Cuando una desazón profunda comenzó a dominarlo por entero volvió a surgir la desesperada idea de dejar el trabajo, su apartamento y largarse lejos de allí, a otra parte donde empezar no sabía muy bien qué. El sentido lo tenía la huida, el viaje en sí, no tanto donde llegara o lo que hiciera: iacabaría siendo lo mismo!, algo de lo que era íntegramente consciente. Tenía hasta decidido el día en que rompería la baraja cuando la cocinera del bar donde solía almorzar empezó a mirarlo de una manera muy distinta. Se trataba de una mujer sencilla, ni guapa ni fea, pero con una fuerza de carácter y una seguridad en sí misma que siempre había admirado. Hasta ese instante no había reparado demasiado en ella, como si por el simple hecho del lugar de encuentro ya la hubiera descalificado, pero no tardó en enmendar el error y, así, cada vez tardaba más en abandonar el bar, tanto que acabó por tener problemas con el encargado del taller. Al explicarle lo sucedido ella le comentó, con una tranquilidad que a él le resultaba imposible sentir, que lo mejor sería que se vieran fuera de

sus respectivos trabajos. El primer encuentro lo vivió casi como una cita de adolescentes, pero ella tenía una dulzura que lo envolvió todo y que terminó por empaparle. Al final de la noche parecía que llevaran años conociéndose y un nudo gordiano los enlazó definitivamente. Cuando su boca sintió los cálidos labios de ella supo que la amaba. No sabría decir por qué, pero sí que ese sentimiento perduraría para siempre y que la felicidad podría encontrarse en él. Al final, la libertad puede que fuera eso, sencillamente eso.

Antonio Palma

ODIO

Ser invisible. Ese había sido su problema. Invisible en una familia donde por ser el cuarto de siete hermanos nunca nadie le había prestado atención, en el colegio, donde iba pasando los cursos sin pena ni gloria y los mismos profesores le volvían a preguntar cada año su nombre como si fuera un recién llegado, y ante el espejo, en cuya imagen no se reconocía. Invisible para todos. El tiempo le llevó al final de las clases y a optar por un trabajo, aquello de estudiar no era lo suyo. Entró en una distribuidora literaria, en el almacén, cargando y descargando libros, haciendo paquetes, aunque jamás abriera uno de aquellos miles de volúmenes que tenía a su alcance. Hacía su cometido con eficiencia, pero sin celeridad, siempre estaba disponible cuando se le necesitaba, pero ni aún así nadie pasaba de decirle "chico" cuando se dirigían a él. No era el único de los que compartían el ajetreo diario del almacén, pero tampoco estaba seguro que alguno hubiera reparado en su presencia. Sin embargo, una tarde, al final de la jornada, se le acercó un muchacho poco mayor que él, se presentó diciendo que era el conductor de la *furgona* de reparto para anunciarle que con otros compañeros iba a tomarse una cerveza, por si le apetecía ir con ellos. Se sintió tan sorprendido por lo inesperado que no pudo más que aceptar farfullando sin sentido y moviendo verticalmente la cabeza. En un bar que no estaba muy lejos se encontraba el resto del grupo. Al llegar se fueron presentando cada uno por su nombre, acompañando dicho gesto con un apretón de manos que sellaba el encuentro. Cuando todos hubieron terminado, en un silencio casi expectante pudo decir bien claro con voz resonante: "Eduardo". Era la primera vez que hacía algo así, y le gustó. Luego se fueron formando las distintas conversaciones y quedó diluido entre uno de tantos. La costumbre del bar al salir del trabajo se repitió a diario desde entonces, no podía decir aún que tenía amigos, pero por lo menos existía para alguien, y en especial para Alberto con el que solía coincidir, tras abandonar la reunión, camino de la parada de autobús, aunque luego cogieran líneas distintas. Tras unos meses de paseos por el frío de las calles siempre siguiendo el mismo camino para repetir a diario el gesto cansino de despedida terminaron por intimar lo suficiente como para hablar de sí mismos. A Alberto le encantaba la música y lo mareaba con un montón de nombres en inglés de grupos y de canciones, también le decía que le gustaría ser uno de esos guitarristas, y viajar y conocer a mucha gente importante y ganar mucho dinero. Siempre le prometía dejarle una cinta para que la oyera en casa y *flipara*, pero nunca llegaba a cumplir su promesa, de todas formas le daba igual: él no tenía donde escucharla. Algunos lunes venía contando algún concierto al que había asistido y que había estado, como siempre, *de puta madre*. Eduardo, por el contrario, casi nunca decía nada, no por timidez, simplemente no tenía nada que decir. En uno de esos lunes en los que Alberto se mostraba más cansado que de costumbre, se acercó a él y le susurró muy misterioso que luego tenía una sorpresa para él. Pese a que no volvió a pensar en ello en el resto del día, tras tomarse unas cervezas en el bar, ese día alguna más de las habituales, iniciaron el recorrido acostumbrado y, en cuanto se quedaron solos, sacó del paquete de cigarrillos uno liado manualmente,

algo más grueso de lo normal, explicando que le había sobrado una *piedra* del fin de semana, un *costo de puta madre*. Tras darle unas caladas profundas, reteniendo el humo en los pulmones, se lo pasó a Eduardo que se limitó a repetir lo que había visto hacer al otro. Al cabo de unas pocas chupadas acabó tosiendo sin parar y cuando lo consiguió fue para ponerse blanco y tener que apoyarse en un árbol para expulsar por la boca el contenido íntegro de su estómago. Definitivamente no le había gustado, sin embargo, en cuanto volvieron a quedarse a solas al día siguiente lo primero que le preguntó fue si todavía le quedaba alguno de esos cigarrillos. Alberto rió abiertamente y le dijo que sí. Se sentaron en un banco discreto y éste comenzó a liarse uno, mientras Eduardo no se perdía ninguno de sus movimientos con los ojos muy abiertos. Cuando hubo terminado se lo pasó junto con el mechero y le dijo: ¡Toma, enciéndelo! Percibió en el gesto cierta dedicatoria, como si de un pequeño regalo se tratase, otra vez una nueva experiencia en su vida, no estaba acostumbrado a que nadie le diera nada. Lo prendió aspirando fuerte, hinchando el pecho y, aunque hubo un conato de tos, consiguió aplacarla. Tras repetir la operación se lo devolvió a su amigo, empezaba a sentir que ya podía llamarlo así, y éste lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja. A los pocos minutos una sensación nueva lo dominó por completo, no sabía que era aquello, pero le estaba enseñando a ver, después de haber mirado tan mal toda su vida. Se despidieron entre risas, y eso estaba muy bien, era divertido, pero lo realmente importante fue que al llegar a su casa y ponerse delante de un espejo se había reconocido. Ya no era invisible para sí mismo. Desde entonces supo que había algo más, un mundo que lo rodeaba y que estaba obligado a vivir en él, pero no le gustó, pese a que desde entonces no volviera a *fumar* más que en alguna rara ocasión. Su empleo, lo que hacía cada día, empezó a aburrirlo, a parecerle feo, triste: tener que pasar ocho horas todos los días encerrado en un sótano, sin la luz del sol, con tantas cosas que había para hacer ahí fuera. En los pocos ratos que le quedaban libres terminó por abrir uno de aquellos libros y sumirse en la lectura, aunque le llevaba meses acabar uno de aquellos ejemplares. Con Alberto terminó por ir a un concierto de un grupo más bien punky, y, aunque eso de bailar dando saltos y golpeándose unos a otros no le gustó demasiado, reconoció que la experiencia había sido *flipante*. Vio otro tipo de gente, personas que pensaban distinto a la vulgaridad que le rodeaba, quizá no compartiera con ellas esa manera de ser, pero él también se sentía continuamente distinto a los demás. Su único amigo le habló de gente que se *buscaba la vida pasando chocolate*: "fumas gratis y siempre tienes pasta para irte de marcha a tomarte unas copas ¡Hay que vivir intensamente!" Al poco juntaron algo de dinero y compraron una cantidad mayor que partieron en barritas que cambiaban por billetes de mil en un bar del barrio de Alberto donde todo el mundo llevaba pendientes, tatuajes, el pelo largo o chupa de cuero. A lo pocos meses todo el mundo decía: ¡Hola Edu, qué pasa Edu, cómo te va Edu! ÉL, un ser invisible, había conseguido un cuerpo, una personalidad, era reconocido por su nombre y por sí mismo: ¡Existía! Las mujeres, de todo tipo, se le acercaban sonriendo y diciendo esas tres letras que tanto le gustaban, Edu, y eso también era una nueva experiencia. Y podía decir que le encantaba. Terminó parando con Raquel, que no es que fuera la que más le gustaba, le daba igual, sino que fue la que más se pegó a él. Con ella acabó descubriendo su propio cuerpo, a la vez que descubría algo tan fascinante y hermoso como el cuerpo de una mujer. Quizá fuera amor aquello, él no lo sabía, en cualquier caso una experiencia que le enseñó más de todo lo que había aprendido en toda su vida. No es que fuera feliz, pero en todo caso era lo mejor que le había pasado hasta entonces. Raquel pasó y siguieron otras con otros nombres,

otras formas de ser, y de todas ellas aprendió algo de lo que era la existencia, sin embargo, ninguna consiguió retenerlo. El almacén de libros quedó atrás, no lo necesitaban para vivir, y la relación entre Alberto y él no hizo más que estrecharse. Pronto concibieron la idea de abrir su propio bar, también cansados de llevar tanto tiempo comerciando con *hachís*, querían vender fuerte unos meses y retirarse a los negocios legales. Una noche, cuando se dirigía al lugar donde lo escondían, lo paró la policía, le cachearon el coche y aparecieron catorce kilos del mejor marroquí, esa tarde la pasó en los juzgados, por la noche ya estaba dentro. Había dejado de ser definitivamente invisible, pero no por ello se le había olvidado cómo serlo, y a eso se dedicó, pasando desapercibido para todos. Pero, no pudiendo ser de otra manera, llegó el pesado de turno que no se cansaba de molestarle, unas veces por unas cosas, otras con las intenciones más variadas. Era un tipo con muy malas pulgas, un perdedor, alguien amargado consigo mismo y con todos los demás, y llegó el día en que tenían que pelear, porque ese mamarracho se lo había propuesto y no había forma de poder evadirlo: él no quería pelear, nunca lo había hecho, pero negarse era aún peor, la falta de respeto del resto de los internos, y eso no podía ser. Al final acabaron en el gimnasio, que no hay cámaras de televisión, y se dispusieron a agredirse. El *broncas* empezó primero dándole en la cara con la mano abierta, que humilla, para luego darle dos puñetazos lo más cerca de la nariz que pudo. Una rabia interna lo cegó perdiendo el control, justo para abalanzarse y liarse a dar los más contundentes golpes que atontaron al capullo ese, que cayó sobre el suelo y Eduardo ya no paró de darle puñetazos y patadas hasta que llegaron los funcionarios y lo agarraron para llevárselo sin contemplaciones lejos de allí. Estaba claro, alguien se había chivado. Estaba muy alterado como para comprender nada, por qué le gritaban, lo amenazaban tratándolo de muy mala manera cuando el culpable era el otro: él no había hecho nada, no quería pelear, sólo había actuado como se esperaba de él. La llegada a la celda de aislamiento fue peor, no pudo aguantar más y separó a uno de aquellos hombres empujándole en el pecho. No había habido violencia en el gesto, pese a todo, pero dio igual, los cuatro al unísono sacaron sus porras cortas y las descargaron sobre él, machacándole sin la menor ira, simplemente como parte de una rutina laboral. Al final no pudo más y se sintió derrotado, lo que debieron notar ellos porque pararon, guardaron la herramienta y se limitaron a sujetarlo por las piernas y por los brazos sobre el suelo de hormigón, sin saber muy bien qué ocurría. Tras unos minutos que fueron un infierno acompañado de resoplidos por el cansancio y la tensión aparecieron dos hombres con batas. Uno la llevaba blanca, el otro la llevaba verde. Éste portaba una caja de plástico cuadrada, similar a la que llevan los fontaneros para su trabajo. Al llegar junto a él sacó una ampolla y una jeringuilla, y trasladó el líquido del cristal de una al tubo transparente de la otra para entregársela después al de la bata blanca, que debía ser el médico porque fue el que firmó el reconocimiento sin lesiones. La aguja entró en su vena y al instante una bruma empezó a ocupar su mente, pero aún tuvo un instante de intensa luminosidad, un destello, en el que supo que ya no era un niño, había madurado y convertido en un adulto, un hombre. Y lo supo porque se vio a sí mismo con un sentimiento nuevo y terrible. El odio.

Antonio Palma

EL SITIO DONDE YO VIVO

El sitio donde yo vivo no es muy tranquilo. Hay gritos, discusiones, peleas, incluso algún herido. El sitio donde yo vivo no tiene más de ochocientos metros cuadrados, el único disponible para los más de cien tíos que pasamos el día aquí, la tarde aquí, la noche aquí, los meses y los años aquí. Un requisito imprescindible si quieres sobrevivir es ser casi invisible, tanto para *unos* como para *otros*: ver y callar. No es que esto sea muy difícil, se trata de algo sencillo, pero hay algunos a quienes cerrar la boca les cuesta mucho, y eso que puede llegar a ser muy peligroso. Y si no que se lo digan a Alfonso, que por tener un cuerpo enorme y ser de los más fuertes creyó que se podría librar. Duró lo que tardó el *Mini* en enterarse del chivatazo: fue a su escondite y de vuelta con un pincho le cayó encima apuntando directamente al corazón. Iba directo a quitarle la vida, pero Alfonso lo intuyó y saltó en el mismo momento y el hierro se le clavó en el bazo. Luego lo de siempre, un revuelo enorme de funcionarios (que te preguntas dónde hay tantos) con escudos y porras cortas separando a los grupos para que nadie más intervenga y la bronca no se extienda a terceros. Aunque sea lo que más temen, no es frecuente, aquí somos demasiados y cada uno va a lo suyo intentando no romper el precario equilibrio para que esto no se convierta en una selva. Como es de imaginar, yo me muevo con los españoles, pero no tengo verdadera amistad con ninguno de ellos, no me gusta esa solidaridad que hace que te tengas que partir la cara con otros. En cualquier caso, lo evidente es que con alguien te tienes que juntar, si no es peor, eres sospechoso de raro, loco, chivato o algo peor. Juanito, sin ir más lejos, es la mejor prueba: había entrado por violar a dos niños, pero no lo sabíamos. Los funcionarios se encargaron de que nos enteráramos sin tardanza. Al ser madrileño la cosa nos tocaba a nosotros, a los españoles, por eso de lavar en casa los trapos sucios. Se le esperó hasta que fue al baño a orinar. Cuando salió y se vio rodeado y sin cámaras su cara se puso lívida, pero pronto su cuerpo comenzó a cambiar de color en innumerables partes, que pasaban del rojo al morado. Tras unos minutos en que no se paró de darle tortas, puñetazos, puntapiés y patadas por todos los lados se percibió que sangraba en abundancia. Se le dejó tirado debajo de los lavamanos. Poco después entraron los funcionarios y se lo llevaron. No hemos vuelto a saber nada de él. No nos interesa su futuro, lo importante es que no hay que vivir con él en ochocientos metros cuadrados. Pese a que esto pueda parecer una salvajada, hay cosas que nadie comprende, incluso en un lugar como éste, y la rabia aquí se desarrolla con facilidad y los culpables están casi siempre a mano, y si se trata de un intocable funcionario ya se encontrará un momento oportuno: son muchos los años y la prisa muy poca. Aquí, el que más o el que menos tiene una condena larga y el futuro tan negro que el presente casi es mejor. Hay que aclarar que este tipo de cosas no son privativas de nosotros, cualquiera hubiera hecho lo mismo. Por ejemplo, los colombianos: la diferencia consistiría en que le hubieran rajado el cuello de lado a lado y sacado su lengua por él (*corbata colombiana*), lo que, además, supone un recordatorio y un aviso para cualquiera que piense en joderlos. Ellos son los que manejan gran parte del comercio de heroína, y, aunque aquí se gana mucho dinero con ello, los problemas también son muchos. No es nada fácil tratar con yonquis, con su adicta

falsedad, con su ansia casi inquebrantable, con su egoísmo en estado puro. Por ello, abren la mano en pocas ocasiones, siempre con gente que no les fallará, y con el resto son de una fría indiferencia: *si no tienes para pagar busca, engaña, roba o deja de consumir, pero no vengas sin dinero. Sin dinero nada de nada.* Y tienen razón, como bajas la mano una vez ya no te quitas a un tóxico de encima sin tener que montar un lío con él, y aunque pueda parecer lo contrario, aquí nadie quiere líos, bastantes problemas hay ya para que venga un cabrón a traerte más. Y los colombianos son los primeros que piensan igual. Ellos se comportan como una piña cerrada, se ayudan en todo lo que pueden y si hay algún problema lo resuelven en la más completa intimidad, porque si no es imposible que jamás los veas discutir y menos aún pelear entre ellos. Son un grupo muy envidiado, pero son mayoría y es imposible hacer nada contra ellos, eso lo tenemos muy claro todos aquí, incluido los nigerianos, los segundos en mayoría, y competencia directa en esto de proporcionar polvo marrón a los yonquis. Esto hace que las relaciones entre ambos grupos sea complicada, tensa e incluso peligrosa, pero como ambos saben que nadie triunfaría procuran coexistir como mejor pueden, que en este caso es repartiéndose el mercado y respetando el acuerdo escrupulosamente, aunque siempre está el típico yonqui que pretende jugar a las dos bandas y termina por joder las cosas, surgen los enfrentamientos y los pinchos y los heridos, y detrás de ellos los funcionarios, los escudos y las porras pequeñas, los traslados a celdas de aislamiento y el resto de medidas disciplinarias. Curiosamente, los causantes de todo salen siempre inmunes, será que tienen la boca muy grande y el valor muy pequeño. El caso es que yo voy por mi camino, no me meto con nadie y no permito que nadie me falte el respeto. Es importante el respeto, muy importante. Aquí es lo más importante. Por eso no es necesario haber pasado mucho tiempo en un sitio de estos para saber que los yonquis son la especie más peligrosa de todas. Esos no tienen respeto a nada, empezando por sí mismos. Cada mañana, al levantarse, su primer pensamiento es para su amada, es decir, piensan en cómo *buscarse la vida* para conseguir a su amada. Los inventos, los líos, las mentiras, muchas son las maneras para llegar a tener una papela que fumar, cualquiera es buena si el resultado es el mismo. Luego, cuando se ha terminado la frenética búsqueda cada tóxico pasea su *pedo* por donde quiere y lo mejor que quiere, aunque haya aún un par de cosillas para encontrarse en su falso paraíso: un café y algo de tabaco. Unos cruzan el salón una, mil veces de un extremo al otro manteniendo con *su compi* una conversación ininteligible de bocas gangosas. Otros se quedan acurrucados en la zona más cálida para vegetar en un sueño sin horas. Para todos ellos el resto ya no importa hasta que todo desaparezca y haya que empezar de nuevo. Menos ellos, que no tienen nada que perder, aquí todos andamos vigilantes, sin bajar la guardia en ningún momento porque al mínimo descuido te han quitado lo poco que poseas. Luego te vienen todos con que somos compañeros y que el que roba a un compañero es un hijoputa. Sí, pero seguro que entre ellos está el mismo que te ha quitado las cosas. En el trato hacia los yonquis, los nigerianos piensan igual que los colombianos: nada de fiar, siempre con el dinero por delante. Y es que no hay otra manera. Entre ellos hay también bastante unión, aunque a veces tienen sus *diferencias* y las resuelven a voces, en medio de la sala y con ese inglés goloso y lleno de *fuckoffblackman* que ellos utilizan. En realidad los nigerianos no están mal, no son mala gente, aunque no te puedas fiar de nadie. Ni de ellos ni de nadie. Están en un continente completamente distinto y hasta que se enteran de qué va esto del *primer mundo* andan bastante perdidos. Se nota en seguida quién es recién llegado y quién lleva mucho entre nosotros. Ahora, que nadie se engañe, si tienen que arreglar

los problemas por las bravas son los primeros que tiran de pincho, y luego que pase lo que tenga que pasar. Cuando te hierve la sangre y el odio y la violencia te dominan, ya no hay marcha atrás. Sólo entregarte a tu rabia y hacer daño, más y más daño. No es que yo lo justifique, maltratar a otra persona está mal, ya lo sé, pero hay veces que es imposible aguantar porque hay tíos por ahí que no son personas, no son más que basura, mierda...pero dejemos esto. Lo importante es que hay veces que entiendo a esos negros. Pero a ver quién es el primero que baja la guardia, que demuestra debilidad, entonces sabes que tu tranquilidad la has perdido hasta que salgas de aquí, ya nadie te va a respetar, y sin respeto no se puede vivir en ochocientos metros cuadrados, lo mejor es pedir que te trasladen y empezar de nuevo allí. A más de uno que entró muy *kíe* he visto salir con el rabo entre las piernas y casi a hurtadillas, con el miedo bien asentado bajo sus costillas y sin mirar atrás. En esto se llevan la palma los moros. Los moros se pelean entre ellos, se hacen amigos y se vuelven a pelear, se enfrentan con los blancos, con los negros, con los mulatos, con todos tienen alguna afrenta o algún pleito ¡Y yo no soy racista!, pero lo de los moros lo sabe todo el mundo. Tienen el control de la venta del cannabis, es decir, de lo más fácil: gente normal que paga al momento y que en su mayoría no quiere problemas, pues así y todo siempre están metidos en algo dudoso, diciendo unas cosas a unos y otras a otros y mintiendo en ambos casos. Nunca llegas a tener claro del todo qué piensan, qué es lo que verdaderamente quieren, y así no hay manera de fiarse de ninguno de ellos. En eso se parecen más a los gitanos: ambos son pueblos traicioneros. Lo malo de los gitanos es que son más cobardes, nunca un tema se resuelve con el que has tenido el conflicto, sino con toda la familia que, por supuesto, también están presos. Además, dicen que chivarse de un payo no es chivarse: ¡cómo para sentir compasión de alguno! Lejos, los gitanos y los moros lejos, cuanto más lejos mejor, lo demás no son más que problemas, ¿y quién quiere problemas en ocho cientos metros cuadrados? Bueno, ochocientos metros cuadrados incluyendo el patio, en el que es imposible estar más dos tercios del año por el frío que hace. No hay ningún gracioso al que se le ocurra salir, exceptuando a alguno de los presos de ETA, pero estos también están locos como todos sabemos aquí. El caso es que en el verano se está muy a gusto paseando al fresco por el patio: cuarenta metros de ida, giro y cuarenta metros de vuelta, no hay más. La mayor parte de nuestro mundo se reduce al comedor, sólo utilizable a las horas establecidas, y a la sala, una larga franja separada en dos por unas cuantas sillas metálicas atornilladas al suelo. Eso es todo. Y no es que yo me queje, que no me suelo quejar de nada, es un sitio medio caliente y siempre procuras encontrar algo que hacer. Por las mañanas, después de desayunar, cuando todos se han quitado las últimas legañas y las platas están negras porque la heroína ya se ha quemado y los porros extinguidos, se forman los distintos *chiringuitos*: los nigerianos reunidos junto a un par de mesas hablan de lo humano y de lo divino, sobre todo de lo humano, los moros toman té del economato y sus voces parecen una discusión continua, los colombianos se sientan alrededor de los naipes y matan el tiempo riendo ruidosa y abiertamente y jugando y apostando dinero al *chinchón*, mientras los españoles nos entregamos al dominó o al parchís. Sí, sí, al parchís ¡Menudas peleas se han montado por el dinero perdido al parchís! Aquí nada es inocente. Los gitanos suelen ponerse al fondo, el lugar más discreto, enchufan el casete y escuchan flamenco o alguna otra horterada. Lo peor es cuando se entusiasman y comienzan a palmear al ritmo del *palo* que está sonando en ese momento, como unas bulerías, entonces te entran unas incipientes ganas de destrozar su aparato musical, pero no lo haces porque centímetros más allá el vallenato o la salsa alegre a los colombianos, y

un poco más lejos, muy poco, el *regue* africano hace bailar a los nigerianos (aunque no sé si todos son nigerianos, qué más da), el locutor de televisión grita con todas sus fuerzas, tú lo haces por encima de todos para intentar mantener una conversación y cuando callas e intentas oír a los *pink floyd* te das cuenta de que te estás quedando sordo porque eres capaz de escucharlo todo y distinguir cada uno de los sonidos y las palabras y todo es demasiado raro. Cuando tantos tan distintos viven en tan poco espacio todo se vuelve demasiado raro. Por eso hay que huir, de una manera o de otra pero tienes que huir, sentirte como si estuvieras a miles de kilómetros de aquí y la soledad no fuera el mayor silencio siempre rodeado de gente, envuelto en gente, disuelto en gente. Unos inventan una forma, otros recurren a los clásicos, a las drogas. Tanto unos como otros pretendemos lo mismo: encontrar algo que parezca una vida en este sitio en el que y o vivo.

Antonio Palma

SUEÑOS

La primera noche encerrado estuve en Panamá. Tumbado sobre la arena blanca, el Pacífico suave y transparente frente a mí, una ligera brisa que atenuaba la fuerza del sol brillante me llevaron a adormecerme y soñar que estaba lejos de allí, en una celda que compartía con dos desconocidos, un espacio reducido repintado de verde claro con una ventana cruzada por barrotes herrumbrosos y las paredes parcialmente cubiertas por fotos de mujeres desnudas en obscenas posturas. Era consciente de que soñaba, que no tenía más que abrir los ojos para volver a estar en la playa de Kobe y alejarme de ese lugar tan desasosegante. Sin embargo, una vez volví a ver el cielo turquesa, las palmeras y las tres pequeñas islas que como navíos varados parecían custodiar la costa continué teniendo esa sensación de irrealidad que sentía antes, que se empeñaba en no desaparecer. Intenté levantarme y pasear por la orilla del océano, pero no pude, algo me tenía clavado allí. Comencé a ponerme nervioso, a preguntarme qué era lo que me paralizaba. El viento ya no corría, el calor era ahora tan sofocante que sudaba copiosamente y oía con claridad unas extrañas voces, pero no sentía miedo, tan sólo deseaba que aquello desapareciese cuanto antes. Y así ocurrió. Me desperté y la realidad se manifestó contundente a mí alrededor: estaba en una celda repintada de verde claro con una ventana cruzada por barrotes herrumbrosos, con las paredes parcialmente cubiertas por mujeres desnudas y en compañía de dos desconocidos. Otros reclusos hablaban entre ellos a gritos, tenía el cuerpo empapado en sudor y al fondo la ciudad se insinuaba en una constelación de diminutos puntos luminosos.

Las noches siguientes continué soñando con diversos lugares del exterior, mi casa y la de mi familia, parajes a los que había viajado, bares en los que solía disfrutar con mis amigos o calles por las que caminaba con frecuencia, pero siempre al despertar deseaba que al abrir los ojos la realidad fuese otra y no ese trozo de pared. Pero terminé por acostumbrarme y me levantaba cada mañana con tranquilidad, asumido el lugar donde me encontraba. Algunas semanas después sucedió lo contrario, era por el patio y las salas del módulo por las que paseaba con mis compañeros también en las horas dedicadas al descanso. Poco a poco se redujeron los sueños en los que estaba presente el exterior, ganando terreno los que sucedían en mi encierro forzoso. Al final, cada vez que dormía eran sucesos de mi nueva cotidianeidad los que generaba mi imaginación, mi conciencia o lo que sea que crea los sueños. Entonces supe que había perdido completamente mi libertad.

Acabé por comentárselo a Juan, mi mejor amigo, y éste me dijo que no me preocupara ni le diera importancia, lo mismo le había sucedido a él y al resto de los que estaban ahí, se estaba "institucionalizando", como decía Morgan Freeman en la película *Cadena perpetua*, lo siguiente era escribir poemas *talegueros*, hacer cajas de madera o recoger pajarillos heridos para curarlos y tenerlos como mascotas hasta echarlos de nuevo a volar. No pudimos evitar reír abiertamente.

Juan llevaba bastantes meses más que yo y era a quien siempre iban dirigidas mis dudas, quien me había enseñado todo lo que uno tiene que saber para comenzar a moverse en un sitio como aquel, cientos de reglas no escritas pero tan importantes o más que las dictadas por la dirección. Por él sabía cómo conseguir esos objetos prohibidos pero necesarios y que los guardias solían hacer la vista gorda cuando los encontraban, como colonia, o a quien dirigirme para que me prestaran algo de dinero, al cincuenta por ciento de interés, para acabar la semana.

Ninguno de los dos teníamos problemas para dormir, pero éramos los menos. Por lo general, casi todo el mundo tomaba algo para conciliar el sueño. Unos se decidían por las sustancias ilegales, heroína o hachís, aunque la mayoría prefería las pastillas que los médicos recetaban. A la hora del reparto diario de la medicación se formaba una gran cola frente a la cabina de los funcionarios. Las había de todo tipo, colores, formas o tamaños, pero todas tenían el mismo fin, robarle unas horas a la condena, aunque eso no fuera posible, y tener un rato de tranquilidad y soledad. Ésta era algo extraño, siempre se estaba en compañía de alguien, rodeado de gente, las mismas personas, las mismas caras de cansancio y derrota, pero a la vez se la sentía como una carga más, como algo insoportable que se intentaba por cualquier medio que desapareciera. No había más que percibir la ansiedad en todos cuando se anunciaba el reparto del correo. Incluso aquellos que desesperaban ya de recibir algunas letras del exterior corrían a apretujarse a ver si alguna de esas cartas era para ellos. Los afortunados, con el sobre y las hojas en la mano, buscaban algún rincón tranquilo donde poder degustar con calma el preciado regalo. No siempre eran buenas noticias, problemas familiares, la enfermedad o la desgracia de alguien cercano, tal vez la novia o la esposa que anunciaba que ya no podían más, que no soportaban la situación y habían decidido terminar con ella. Eso pronto se veía en las caras de los ávidos lectores, pero también se apreciaban los rostros dichosos, felices, iluminados de repente por unas palabras que eran más valiosas ahí dentro que el dinero. En algunas aparecía una foto, la imagen de una mujer amada o de un hijo, y entonces marchaba a enseñársela a aquellos que consideraba sus amigos antes de pegarla en el corcho de la pared de la celda donde poder verla a diario: otra forma de aliviar la constante soledad.

Juan y yo también nos sentíamos solos, pero afortunadamente no teníamos grandes problemas fuera, ninguna familia directa que nos esperase o a la que nuestra ausencia hubiera supuesto un terrible trastorno, ninguna esposa o resignada novia a la que echar de menos: mejor así. Sin embargo, tuve que reconocer que cuando mi amigo me comunicó que se marchaba, que había conseguido el régimen abierto y que en pocos días estaría en la calle aparecieron en mi interior sentimientos encontrados. Por un lado, me alegraba muchísimo de tan buena noticia, siempre era así cuando alguien recuperaba la libertad, pero por otro supe que desde entonces me iba a encontrar todavía más solo, y eso, como es comprensible, me entristeció. El día antes de la partida la celebramos como se merecía, con unos porros y un poco de whisky comprado a precio de oro. Nos intercambiamos las direcciones y prometimos continuar la relación, primero por carta, y más tarde en la calle cuando yo consiguiera salir.

Desde entonces no era extraño que Juan apareciese en mis sueños, charlando o riendo o haciendo cualquier

otra cosa, lo que siempre, al despertar, me hacía sentir culpable, era como volver a encerrarlo, aunque únicamente fuera en mi cabeza. El tiempo siguió su curso y disfruté del primer permiso, al que siguieron varios más, pero siempre era lo mismo: al dormir volvía a encontrarme tras los muros, paseando por el patio o en compañía de otros reclusos. Era como si mi espíritu ya no pudiera recuperar la libertad.

Pero ésta llegó, me concedieron el adelantamiento de la Condicional y ya no tendría que volver a pisar el recinto en el que había vivido los últimos años. No recordaba haber sido tan feliz desde niño. Me apresuré a recoger todas las cosas y a despedirme del resto de compañeros, a algunos con promesas de encuentros que mayormente no se producirían: son muchas las vueltas que da la vida. Tuve que ir poco a poco habituándome a las nuevas circunstancias, y también despacio comencé a soñar con un mundo poblado por todo tipo de gente, mujeres, ancianos y niños, en el que existían los coches y las calles, el ruido era más complejo e intenso y todo se producía a un ritmo más vertiginoso, pero así y todo seguía apareciendo de vez en cuando el otro lugar, el de altos muros grises, celdas y barrotes en las ventanas. Pero hubo toda una semana en la que no volvieron a surgir en las noches imágenes de mi pasado, luego fue un mes y ya nunca más soñé con mi encierro. Comprendí entonces que, al fin, había recuperado completamente mi libertad.

Antonio Palma

CON TODA TRANQUILIDAD

Ríspida voz la que estalló en cuanto se abrieron las puertas automáticas: ¡Internos de talleres, reparto de medicamentos, se van a cerrar las celdas, repito, se van a cerrar las celdas! Todas las mañanas que estaba él empezaban así, con su ronca garganta tronando por todos los altavoces con las instrucciones del día, aunque siempre fueran las mismas: monotonía que casi nunca se rompía. No es que don Gaspar fuese mala persona, era sólo que deseaba ser el capitán del imaginario barco, pues no podía negar que le gustaba mandar y ese era el único lugar donde se lo permitían. En casa ni se le ocurría intentarlo, hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza: su esposa se había vuelto obstinada y dominante, y ¿quién podría juzgarla por ello? Se casó ilusionada con un hombre con una fuerza y unos sueños que parecía que se iba a comer el mundo, que la vida se convertiría en algo que merece la pena ser disfrutado, para ir con el tiempo conformándose cada vez con más poco, para mostrarse tal como era: una persona débil, egoísta, profundamente mediocre. La mujer había asimilado su situación y aceptado su oscura vida, pero no podía evitar que un poso de resentimiento se le hubiera incrustado en lo más profundo de su alma, lo que no había podido sustraerse a transmitir a sus hijos. La mayor estaba en la universidad, por lo que el tiempo que pasaba en el domicilio se encerraba en su cuarto a estudiar, saliendo apenas para las comidas, pues era evidente que no le gustaba su casa, le producía una sensación extraña mezcla de desprecio y humillación. Sólo deseaba encontrar un trabajo, un apartamento y marcharse de allí definitivamente.. El pequeño era un caso aparte, había salido un golfo que lo único que le interesaba eran las chicas, las juergas y el alcohol (aunque tampoco le hacía ascos a una raya de vez en cuando), no paraba nunca por allí, a no ser que fuera a dormir, a ducharse y cambiarse de ropa o a comer a deshora, lo que envenenaba su madre, amiga del orden y la puntualidad en los horarios. No le preocupaba su familia en lo más mínimo, bueno, tenía que reconocer que a su hermana la apreciaba un poco, aunque una empollona no era mala persona y se enrollaba bien. Por eso, el ambiente que don Gaspar solía encontrar en su casa no era de lo más hogareño, siempre había cierta tensión flotando en el aire, como si una tormenta pudiera estallar en cualquier momento, por lo que no se le podía culpar si prefería estar en el bar próximo a su casa con sus amigos. Allí olvidaba las tensiones, olvidaba su familia y, sobre todo, su trabajo. No es que sintiera vergüenza, ni mucho menos, pero le recordaba la frustración que era su vida: él entró como funcionario de forma provisional, como una manera de poder vivir mientras se preparaba para lo que deseaba realmente, pero el tiempo fue pasando y con él la voluntad, olvidó sus sueños y perdió la fuerza necesaria para hacer que si vida fuera diferente. Terminó por aceptar que nada cambia, que todo sigue siendo la misma mierda. Entre sus amigos y frente a unas copas no había problemas y se podía anestesiar hasta que llegara el sueño, la calma y el final de un día más. Como se conocían todos desde hacía muchos años la confianza era absoluta, podía contar sus ideas abiertamente, sin tener que esconder el lugar donde éstas sucedían, y su sentido del humor era más que

apreciado. Allí, mágicamente, su voz resultaba menos grave, incluso tenía cierta musicalidad inesperada, y se convertía con frecuencia en el centro de todas las miradas: era un reino minúsculo en un grano de arena, pero él era el monarca.

Sin embargo, con nosotros no se comportaba así. Con nosotros era frío y cortante, poniéndonos siempre a prueba no se sabía muy bien para qué, aunque luego, si la superabas, podías pedirle el favor que quisieras, que te lo haría siempre que estuviera en su mano. Lo normal es que anduviera siempre vigilante, pendiente de todo lo que sucedía entre las paredes donde nos encontrábamos encerrados. Su supervisión era necesaria para la más mínima cosa o el detalle más trivial: no se repartía la comida si él previamente no había dado su beneplácito y, por supuesto, después de inspeccionar el menú que iríamos a ingerir, y que no se te ocurriera intentar conseguir más pan o más postre o más de lo que fuera porque te encontrabas con su voz bronca retumbándote en los oídos. Si te acercabas por algún motivo a la cabina te miraba desde la superioridad de su altura física clavándote sus ojos verdes y su cara rojiza se contraía o relajaba dependiendo de su reacción ante las palabras: en cualquier caso, nunca sabías cómo podía reaccionar. En ocasiones se movía por el interior del módulo, lo que provocaba el recelo en todos nosotros, que nos poníamos en tensión, vigilantes a cada uno de sus movimientos. Si por casualidad pronunciaba tu nombre requiriendo tu presencia, acudías con la inseguridad clavada en el pecho, aunque la mayoría de las veces no pasara nada y se tratara tan sólo de cualquier asunto burocrático. Pero lo que más le gustaba a don Gaspar, después de hablar por los altavoces, era hacer los recuentos, inspeccionar las celdas una a una viendo qué estábamos haciendo y golpear con una llave la puerta de acero para que se supiera bien claro que él estaba ahí. En fin, no es que fuera malo, tan sólo que nadie lo quería y eso lo había marcado definitivamente. Aunque no por ello perdía nunca su dignidad: cruzaba el patio con la espalda bien estirada, el pecho fuera y su prominente barriga que obscena se desbordaba por el cinturón con pasos cortos, medidos y fumando un cigarrillo que sujetaba con la mano izquierda a la altura de los hombros, componiendo una imagen que imponía respeto, aunque no por ello dejara de ser patética. Y aquella tarde no fue diferente, aunque hacía mucho calor. Recorríamos la extensión del patio por la zona que había sombra, intentando huir de la asfixiante temperatura cuando salió de la galería algo fatigado, su barba rala no tapaba su cara colorada, incluso demasiado colorada para él. Nosotros habíamos estado todo el día vagando de un lugar a otro en busca de un poco de frescor que nos aliviara del tórrido ambiente, y él permaneció todo el tiempo que pudo junto al aire acondicionado de la cabina. Por eso no nos extrañó cuando se llevó la mano al cuello de la camisa un par de veces intentando aflojarla, como buscando un aire que le era necesario, pero no lo consiguió porque comenzó a emitir unos gemidos roncós, entrecortados, que fueron paulatinamente subiendo de volumen hasta hacerse evidentes para todos y transformándose en una especie de chillido repelente más propio de cualquier infame animal. Uno fue especialmente estridente y largo, el último que dio antes de caer fulminado al suelo. Su pecho se agitó en espasmos descompasados mientras sus manos golpeaban contra el suelo blandamente, sin violencia. De su boca comenzó a manar una especie de salsa blancuzca y espesa, una baba que se deslizaba para cubrir su bigote y su barba y dificultar más su ya agitada respiración. En un acto desesperado se arrancó los botones de la camisa, descubriendo un pecho fofo e hirsuto de vellos blancos, pero no le sirvió de nada, pues siguió agitándose en el

suelo como una especie de pelele durante un buen rato, hasta que se le fueron las energías. Sin embargo, cuando parecía que todo llegaba a su fin, aún tuvo fuerzas para intentar levantarse, pero todo quedó en un gesto épico y completamente inútil, y terminó por desplomarse golpeando la cabeza contra el suelo con un sonido seco. Después ya no se volvió a mover, ni a oír tampoco. Quedó tirado en el suelo en mitad del patio con las manos estúpidamente agarradas a su cuello, la cara cubierta por los jugos de su propia descomposición, la ropa empapada en sudor y con un olor infecto. Alguno giró por curiosidad la cabeza en su dirección al cruzarse con el cuerpo, pero nadie cambió la dirección de sus pasos. Como una tarde cualquiera, nosotros seguimos paseando con toda tranquilidad.

Antonio Palma

AQUEL MALDITO VIAJE

Cuando tras las espesas nubes aparecieron los campos ocres de Madrid se sintió decepcionado. No había podido llevar a cabo sus planes, uno a uno los directores de los medios de comunicación que había visitado en la ciudad de Panamá le contestaron con las suficientes evasivas como para saber que no encontraría trabajo, al menos en los días que tenía previsto permanecer allí y con el escaso dinero con el que contaba, apenas para durar unos meses, el tiempo suficiente para instalarse y esperar a recibir su primer sueldo. Se encontraba cansado del viaje, casi cuatro horas a Miami y otras ocho hasta Madrid. Ya sólo deseaba llegar a casa de sus padres, darse una ducha y dormir: cuando se levantara haría frente a su futuro y pensaría en nuevos planes que llevar a cabo.

El aterrizaje fue normal y no tardó mucho en subirse al transporte que le acercó a la terminal. La recogida del equipaje fue más tortuosa ya que, aunque su maleta no tardó en salir en la cinta transportadora, la caja con el S.A.I. no terminaba de aparecer. En ese momento tendría que haber intuido algo, pero sus sentidos estaban demasiado embotados para recibir ningún tipo de señal. Cuando por fin había acomodado todo en el carro, se dispuso a abandonar la terminal de llegadas internacionales esperando que su amigo Gustavo cumpliera con su palabra y estuviera esperándolo con el coche, incluso un taxi le parecía demasiado agotador para llegar a casa. Pero él siempre era una persona de fiar, y en cuanto atravesó la puerta le vio, algo adormilado, pero ahí estaba fiel a su compromiso. Se saludaron con un pequeño abrazo y enfilaron el pasillo en dirección al coche entre explicaciones de por qué había tenido que aparcarlo tan lejos. De manera inesperada se les acercó un hombre que dirigiéndose a él le mostró una chapa dorada mientras afirmaba ser policía. Cuando levantó la vista se percató de que otro sujeto hacía lo mismo con su amigo Gustavo, mientras que con amabilidad les rogaban que les acompañasen. Obedecieron con toda tranquilidad, pensando en las inevitables rutinas que la seguridad impone a los viajeros de vuelos internacionales. Les llevaron a la sala inmediata anterior a la salida y tras recoger el equipaje lo pasaron por una máquina de rayos equis. En un principio parecía que no había nada anormal, pese a que un agente de la Guardia Civil se empeñaba en insistir en que dentro del S.A.I. había droga: "llevo veinte años en esto y afirmo que aquí hay droga", lo que parecían dudar el resto de los hombres que en torno a la máquina se habían reunido. Tras pasarlo tres veces por el detector con idéntico resultado, decidieron algo que no les comunicaron, se limitaron a pedirles que recogieran las cosas y les siguieran. En el lateral más alejado de las cintas transportadoras encontraron un cuarto con una mesa previo a otra habitación cuyo interior no podían ver. En ese instante empezaron con las preguntas, de dónde venía, qué había ido a hacer a Panamá, que contenía la caja...a las que fue contestando una a una y con toda sinceridad. Al fin y al cabo no tenía nada que esconder y todo aquel maldito asunto no se trataba más que de un malentendido, un error que pronto aclararían los agentes de aduanas y por el que, con toda seguridad, dentro de unos minutos les pedirían disculpas. Dos personas sin uniforme empezaron por sacar la máquina de su caja preguntando mientras tanto

qué era un S.A.I. Con toda tranquilidad les fue explicando que un S.A.I. o sistema de alimentación ininterrumpida consistía en un dispositivo para ordenadores por si la energía que alimentaba a éstos fallaba, no se quedaran repentinamente apagados y se perdiera toda la información y el trabajo realizados: era imprescindible en los sistemas llamados *non-stop*, así como en las empresas dedicadas a servicios de Internet, lo que pareció que no entendían o que les era indiferente por la cara de lerdos que pusieron todos ellos. Volvieron a preguntarle si era suyo y volvió a responderles que no, que no era más que una máquina que un conocido de Panamá le había rogado trajera a un amigo, un empresario del sector informático de Madrid que la necesitaba y cuyo coste en la ciudad de Colón, que era puerto franco, era muy inferior al de España, algo así como siete veces menor. Para cuando acabó de dar por cuarta vez las mismas explicaciones la máquina estaba desmontada, mostrando impudicamente todas sus interioridades: tres pequeñas baterías y un conjunto de placas de circuitos impresos. Dos de los más proclives a creer en la culpabilidad general del ser humano desmontaron una de las baterías y se la llevaron al cuarto contiguo, comenzando una serie de operaciones que no se podían ver. El resto del personal se quedó con ellos y, como no hacían más preguntas, se decidió a pedir permiso para fumar: era demasiado temprano, poco más de las ocho de la mañana, para un cigarrillo, pero a esas alturas de la situación tenía que reconocer que estaba un poco nervioso. En la otra habitación comenzó a oírse el distinguible sonido de una broca taladrando algo metálico, un chirrido agudo que le percutía el cerebro y el estómago, completamente vacío después del agotador viaje. Tras hacerse el silencio los agentes aparecieron con esas caras sonrientes que produce la satisfacción y anunciaron que la batería estaba repleta de cocaína. Pudo ver su cara de perplejidad reflejada en la de su amigo Gustavo, que al punto se transformó en pánico. La habitación se puso a girar envuelta en un color violáceo: no comprendía qué acababa de suceder, pero supo con toda claridad que su vida estaba acabada.

Manuel había nacido en un pequeño pueblo de Córdoba. Pertenecía a una familia de agricultores formada por diez hermanos que durante la Guerra Civil había perdido a su padre, por lo que tuvo que hacerse cargo de ella con apenas catorce años: el resto de varones o eran demasiado pequeños o estaban luchando en el bando nacional, el que geográficamente les había tocado en suerte. Siempre había tenido un espíritu inquieto, con ansias de conocimientos que la escuela no pudo satisfacer, pues tuvo que abandonarla pronto. Pese a ello, tenía una ortografía sin errores que completaba con una preciosa letra, dominaba las matemáticas básicas y siempre procuró sacar tiempo para leer, robando horas al sueño para dedicarlas a *El Quijote*, su libro preferido. Al terminar la guerra regresaron sus hermanos y conforme se fueron casando el patrimonio se fue dividiendo. Unido a otro cúmulo de circunstancias hicieron que no tuviera futuro en su propia tierra, por lo que con lágrimas en el corazón y en el rostro tuvo que abandonar aquello que más amaba para marchar a Madrid a formar parte del proletariado que a mediados de los cincuenta alimentaba de mano de obra barata la incipiente industria castellana. Era atractivo, simpático y nada tímido por lo que había tenido bastantes encuentros con mujeres, sin tomarse ninguna demasiado en serio. Sin embargo, cuando tuvo ya cumplidos los treinta y cuatro comprendió que el tiempo empezaba a hacer peligrosa su soltería, por lo que se empeñó en buscar una mujer a la que amar y poder hacer su esposa y madre de sus hijos. Ana, una vecina del edificio donde tenía alquilada una habitación,

era una atractiva rubia de ojos verdes, emigrante también del campo a la ciudad, que le llenó el corazón. Una mañana lluviosa y desapacible de abril del cincuenta y ocho contrajeron nupcias en una pequeña iglesia del barrio de Carabanchel, en una ceremonia sencilla y con unos pocos amigos como únicos testigos. Unos días en su pueblo natal para que la familia conociera a su esposa constituyó toda su luna de miel. Antes del año nació Cristina y tres después Pedro, con lo que consideraron que ya tenían lo que deseaban. Trabajando todo el día en una cadena de montaje de camiones y por la noche estudiando bachiller y secretariado para poder tener alguna perspectiva digna de futuro pasaron los primeros años, hasta que comprendió que en este país las oportunidades no estaban reservadas para gente como él, por lo que por segunda vez tuvo que recoger sus cosas, desoír su corazón y con las viejas maletas y su familia al completo tomar un tren que le llevó a Holanda en busca de algo mejor, algo que sin duda se merecía. En Rotterdam encontró trabajo en los transportes municipales, limpiando los tranvías y autobuses de la ciudad. Fueron tiempos de humillaciones que no le libraron de privaciones, del apenas tener para comer y ahorrar unos pocos florines, pero por lo menos había algunos meses al año que las leyes holandesas le permitían vivir con su familia cerca, lo que siempre era motivo de honda felicidad. Tanto padecimiento terminó por pasarle factura, a él que era una persona que siempre se tomó todo muy en serio, con un carácter grave y reflexivo que lo llevaba a meditar mucho cada decisión que tomaba, por lo que un día el estómago le reventó en una perforación que le llevó al quirófano a vida o muerte. Sobrevivió, pero nunca volvió a ser el mismo, estaba derrotado y enfermo y la vida le pareció mucho más triste. Comprendió que ya no tenía futuro, por lo que concentró todos sus esfuerzos en sus hijos, en que no tuvieran que sufrir tanto como él y en que tuvieran una oportunidad en la vida.

En el noventa y cinco la República Dominicana se encontraba en un proceso histórico fascinante, con el definitivo abandono de la actividad pública del anciano y omnipresente Balaguer tras las cercanas elecciones, lo que hacía que la política se percibiera constantemente en la calle y el país entero fuera un hervidero de ideas para el futuro. El haberse machado a vivir a aquel lugar no había sido el resultado de una decisión largo tiempo meditada, más bien se trató de la consecuencia de un conjunto de circunstancias. Por un lado, siempre había mantenido una especial atracción por Latinoamérica: su cultura, sus gentes, su paisaje y, sobre todo, su literatura habían ejercido sobre él una especie de magnetismo que no había sentido con ningún otro lugar del mundo. Por otro, su relación con el periodismo pasaba por momentos difíciles, ya que nunca se había inmiscuido en los arribismos propios de la profesión y la información que en general se daba en España pertenecía al pensamiento único que propiciaban los verdaderos dueños de los medios de comunicación. Aun así había continuado luchando, pero cuando la mujer que amaba decidió poner fin a la relación que mantenían comprendió que era el momento de emprender el viaje que tanto tiempo había estado postergando. El que fuera precisamente a Dominicana, en lugar de Argentina que entraba más en sus pasadas ensoñaciones, fue consecuencia de cierta casualidad, si es que ésta existe: una pareja de dominicanos amigos suyos le presentaron a Melvin, un periodista que acompañando a un alto dignatario de visita oficial en España había pasado por la casa de éstos para visitarlos. Al comprender sus verdaderos deseos de marcharse, le ofreció su ayuda *si al final tomaba la decisión y cruzaba el Atlántico.*

A los pocos meses de llegar al Caribe trabajaba de redactor en los Servicios Informativos de la Televisión Dominicana y por su acento español no tardó en hacerse cargo de las noticias internacionales de los telediarios, compaginando este trabajo con la publicación de artículos de opinión en el HOY, el periódico que Melvin le había abierto las puertas. Alquiló un apartamento en Naco, un barrio de profesionales liberales y burguesía media, restaurantes elegantes y tiendas de marcas europeas y americanas, compró un coche japonés de segunda mano, algo que resultaba imprescindible para moverse, y comenzó a relacionarse con las personas que contaban de verdad en aquella ciudad. No obstante, procuraba acercarse con frecuencia la *ensanche* Ozama donde residían los familiares de los amigos dejados en España. Allí tomó contacto con otro tipo de jóvenes, geste con inquietudes como la poesía, la música o la pintura y que le ofrecían compartir anhelos más cercanos a sus propios intereses. Entre toda la gente curiosa que conoció, fue Wilkins el que más le llamó la atención: era una persona inteligente y divertida, que disfrutaba tanto de las mujeres (estando casado) como del dinero, que estaba constantemente en movimiento y no se perdía ningún acto o inauguración de una exposición de sus amigos aunque durante semanas todos desconocieran su paradero. Pese a que no se le conocía ninguna profesión concreta siempre disponía del dinero necesario para vivir haciendo aquello que deseaba. Pese a no mantener una relación estrecha, empezó a coincidir con él en los sitios más insospechados, incluso en lugares que hubiera considerado inverosímiles. A tal grado de coincidencia había llegado que un día optó por preguntarle por el motivo de tamaña sincronía, a lo que contestó que *era precisamente él la fuerza transformadora en imán y que tan sólo se limitaba a ceder a la atracción que ejercía.*

Los meses fueron cayendo uno tras otro y, pese a poder afirmar que vivía muy bien económicamente, una especie de melancolía se fue adueñando de él, empapando su alma gota a gota. La segunda vuelta de la lecciones, ya que en la primera no resultó elegido ningún candidato, se encontraba próxima: era el momento del gran cambio del país y el de regresar a Madrid, aunque desconociera después de tanto tiempo de alejamiento que oportunidades se le podían ofrecer. El dos de julio del noventa y seis felicitó a Leonel Fernández (que con apoyo del Partido *colorado* sería el nuevo Presidente), era lo menos que podía hacer después de acompañarlo durante casi toda la campaña electoral a lo largo y ancho del país. Más tarde se despidió de todos sus amigos e hizo el equipaje en la misma maleta con la que había llegado. A la mañana siguiente cogió un taxi muy temprano, cuando apenas si clareaba el día, que lo llevó al aeropuerto de Las Américas. Cuando estaba próximo a entrar en la zona de embarque se encontró con Wilkins, que le aseguró que había ido tan sólo a despedirse. Entre abrazos y promesas de visitarlo le dio un número de teléfono de contacto en Madrid. Con un cielo puro, casi transparente, al avión tomó altura, quedando tras él la isla convertida en una simple mancha verde.

Radio Activa, la emisora interna de la prisión de Carabanchel, le daba la sensación de trabajo, de hacer algo útil que lo alejaba del patio y del ambiente carcelario en el que aún no había aprendido a moverse del todo. A primera hora de la mañana llegaba a su *destino* y entre micrófonos, cintas y aparatos electrónicos se olvidaba de que realmente se encontraba recluido. Procuraba pasar allí la mayor parte del tiempo posible, con compañeros con intereses más o menos comunes y para los que la violencia no era el primero y más fácil de los recursos ante los problemas, y no regresaba a la galería más que para comer al mediodía y poco antes de la

cena, apenas dos horas antes del último recuento y del cierre bajo llave de la celda. Podía decir que había tenido suerte desde la lejana noche en la que atravesó los vetustos muros para no volver a salir más. Las primeras horas, la de los dedos manchados de tinta y sus huellas impresas en sucesivas fichas, las de la ducha y el internamiento en la celda de ingresos, las de la ropa que le dieron cuando le retiraron la suya para ser lavada, las del reconocimiento médico para determinar su estado físico y su posible adicción a las drogas parecían ser una suerte de alucinación, una película que había contemplado pero de la que no se sentía el protagonista. Sin embargo, recordaba con diáfana claridad el momento en el que por primera vez atravesó la puerta de la quinta galería, la que le había sido asignada: una larga nave en cuña flanqueada por tres pisos de barandillas en las que una tras otra en monótona simetría se alienaban las puertas de las distintas celdas. Tuvo la sensación de entrar en una prisión americana, en un infierno de funcionarios con porras, de presos violentos organizados en mafias que controlaban todo lo que ocurría allí dentro, de inminentes violaciones en cuanto surgiera la mínima oportunidad. Pero la realidad era distinta: no había porras, ni mafias, ni violaciones, incluso en la primera celda a la que fue asignado sus compañeros lo recibieron sabiendo que era su primera entrada y por ello procurando ayudarlo en lo que podían, sobre todo poniéndolo al tanto del funcionamiento cotidiano y de las reglas que rigen iguales para todos. Un preso de unos cuarenta y tantos años, culto y refinado, que llevaba ya catorce por un delito de tráfico internacional de drogas, le tomó un poco bajo su protección. No supo muy bien por qué, pues nunca le pidió nada a cambio, pero desde el primer día le demostró una simpatía que pronto se tradujo en conseguir entrar en la emisora que, aunque era su destino natural, también contaba con muchos candidatos que estaban a la espera antes que él. Esto le supuso trasladarse de su originaria celda en la tercera planta, la más conflictiva por el número de drogodependientes que había en ella, a la primera en la que los compañeros solían ser menos problemáticos. Vivía con Manolo, un hombre bueno e inteligente que diversos avatares le habían llevado a pasar dieciséis años preso, casi la mitad de su vida. Era una persona muy respetada en todo el Centro, tanto por el resto de los compañeros como por la mayoría de funcionarios y, al ser compañero de celda, parte de ese respeto había pasado a él, lo que supuso que nadie intentara robarle o aprovecharse de cualquier otra manera. Junto con Alex, un chaval de veintidós años con algunos pequeños atracos en su haber, y que también estaba en el mismo destino, formaban el pequeño grupo de amigos que había conseguido hacerse dentro. Pasaban la mayor parte del tiempo juntos y, apoyándose unos en otros, conseguían que los días transcurrieran más deprisa, condición fundamental para no volverse loco en un lugar como aquél. Algunas veces surgían tensiones, ciertos roces imposibles de evitar en una relación tan intensa y prolongada, pero tras algún grito y una mala cara el compañerismo y la amistad verdadera surgían con más fuerza y a los pocos minutos nadie recordaba los motivos que habían originado la trifulca. Aunque nunca lo manifestara, se sentía distinto a ellos, no mejor, pues le habían demostrado con creces su altura de seres humanos, pero creía en la justicia y sabía que algún día oiría su nombre por la megafonía llamándole para devolverle su libertad, la pesadilla habría terminado y sería el momento de intercambiar números de teléfono y direcciones para verse fuera, tomarse unas cervezas y recordar sin añoranza esos días pasados sin gloria, como fantasmales sombras de una sociedad hipócrita que les despreciaba en la intimidad mientras les compadecía públicamente.

Desde la estación de Aluche el *Metro* transcurre sobre la superficie, al contrario que en el resto de las estaciones de Madrid, y a los pocos minutos se detiene en Empalme, un apeadero que un par de chapas sobre ambos andenes protege a los viajeros de las lluvias que en invierno azotan con frecuencia a la capital, y sirve de comunicación a una zona de torres de ladrillo visto que se encuentra próxima a Campamento: una especie de tierra de nadie que sirvió de refugio a los que abandonaron a finales de los sesenta y principios de los setenta el campo para encontrar en la ciudad las carencias que el desarrollismo industrial había creado y que a partir de los ochenta fue sustituido para el mismo fin por los inmigrantes latinoamericanos que buscaban hacer realidad sus sueños. Nada más atravesar las puertas de salida, las vallas junto a las que discurre el tren forman una especie de solar vacío antes de surgir una calle flanqueada por las primeras colmenas que, rodeadas por un minúsculo jardín que intenta aliviar a sus moradores de la dureza urbana, se extienden hasta ocupar todo lo que alcanza la vista. En los bajos de uno de los primeros edificios, en un rincón creado por el azar caótico con el que el barrio fue construido, una gruesa cristalera oscurecida evitaba dar demasiada publicidad a un local que en realidad se trataba de un bar. En cuanto ponías un pie dentro de él la música de salsa o merengue te asaltaba anunciándote que estabas en un transplantado trozo del Caribe, frecuentado en su mayoría por latinos que intentaban sentirse de esa manera un poco más cerca de su lejana tierra, rodeado por los suyos entre jirones de su propia cultura. Regentado por una pareja de dominicanos que habían llegado de los primeros y que con mucho trabajo y esfuerzo habían conseguido hacerse un hueco entre la respetabilidad ciudadana, ofrecía comidas y bebidas de su país. Casi todos los parroquianos se conocían entre sí, siendo el lugar ideal para hacer todo tipo de contactos y negocios, por lo que nadie se sentía extraño allí. Al entrar se cercó directamente a la barra y saludó a Tono, que tan solo era un empleado, con familiaridad y éste le devolvió los saludos con evidente alegría mientras le recriminaba en broma por el mucho tiempo que hacía que no les visitaba. Se volvió para el interior y a voces llamó a Jairo para darle la buena nueva de su reciente llegada. Ambos se intercambiaron chanzas sobre el estado actual de cada uno y pronto la mano del dueño extrajo de la nevera una cerveza Presidente casi helada que puso sobre la barra ofreciéndosela, a la vez que unos cuantos de los que se encontraban en el "Boca Chica" se acercaban para participar de la alegría del reencuentro. Todos hablaban de lo que en esos momentos les acontecía para pasar inmediatamente a querer saber las últimas novedades de la patria abandonada a su pesar. El recién llegado fue detallando las noticias recientes de las que era conocedor y rechazando con amabilidad las invitaciones que fue recibiendo de algunos de los que en torno a él se habían congregado: según fue explicando, muchos eran los cambios que se habían producido para seguir todo igual. Cuando los entusiasmos se calmaron, Jairo y él se quedaron solos en un rincón apartado para hablar con tranquilidad, pero pronto atravesaron la barra para pasar a una minúscula habitación que se utilizaba para preparar bocadillos y platos fríos, pues la cocina y el almacén se encontraban aún más adentro. No tardó en aparecer una pequeña bolsa de plástico repleta de cocaína: con la esquina de una tarjeta bancaria fueron cogiendo pequeños montoncitos que inmediatamente desaparecían en los orificios nasales acompañados de una fuerte inspiración. Un par de botellas llenas sustituyeron a las vacías y la charla se hizo más fluida y nerviosa, derivando poco a poco de los negocios a las bromas. Jairo no estaba metido en nada ilegal, tenía mujer e hijos y un carácter blando poco propenso a las sorpresas, pero servía de enlace entre la gente que se necesitaba ver,

como era el caso. Al parecer, Danilo el colombiano, no el otro, llevaba días preguntando por él y reclamando verlo con urgencia. En el momento en que sonó ese nombre su actitud cambió y la preocupación crispó la expresión de su cara. Bebió de un trago lo que restaba de la Presidente y anunció que se marchaba, a lo que Jairo contestó limitándose a pasarle la bolsita tras darle unas nuevas *pasadas*. No la rechazó y fue a sacar del bolsillo dinero para pagar las consumiciones cuando el otro lo atajó con un gesto diciéndole que esta vez estaba invitado. No sabía bien por qué, pero no le resultó nada halagüeño. No volvió al Metro, salió a la calle principal y, pese a su costumbre, paró un taxi al que le dio una dirección en La Moraleja, al otro extremo de la ciudad. Pese a la coca, o precisamente por ella, no se encontraba despejado, una sensación de preocupación le iba embargando aunque trataba de tranquilizarse a sí mismo repitiéndose que no había motivo para ponerse nervioso, no pasaba nada grave. El trayecto era largo, pero se le pasó en seguida, quizá porque deseaba retrasar el encuentro lo más posible. Pagó al taxista un par de calles antes de los altos muros que rodeaban la gran casa, en cuya puerta había un timbre que, además de anunciar su llegada, accionaba una cámara empotrada tras un cristal ahumado. No tardó en llegar al edificio, cuya suntuosidad barroca resultaba algo hortera, donde lo recibió un *moreno* gigante con gesto frío que intentaba simular profesionalidad. En un despacho decorado con más gusto y sobriedad lo esperaba Danilo, don Danilo, como pronto lo empezó a llamar, tratándole este con cierta familiaridad no exenta de paternalismo. Empezó por ofrecerle una copa que rechazó en un primer momento pero que terminó por aceptar, un ron Bracero con jugo de limones dulces del Caribe, para con tono pausado preguntarle qué estaba haciendo que lo mantenía tan ocupado como para no dignarse a ponerse en contacto con él. Contestó farfullando una excusa plausible sin demasiada convicción, a lo que el hombre de unos cincuenta años, piel blanca y manos cuidadas respondió con más ironía que acritud. Pasó a recordarle resumidamente todo lo que había hecho por él, lo que le debía y lo poco que hasta ahora le había pedido a cambio. Terminó por sucumbir más a sus encantos que a sus amenazas, lanzadas todas de la forma más velada, y, tras apurarse la bebida, se marchó con una promesa y una idea fija en la cabeza: tenía que encontrar alguien propicio o volvería a tener serios problemas que podían llegar incluso hasta la muerte. Cuando Wilkins abandonó a pie la urbanización para llegar a la parada más próxima del autobús se encontraba nervioso, pero sabiendo a la vez que no tardaría en dar con la solución, por lo que no se reprimió en darse una *pasada* de su propia bolsita de plástico blanco. De repente, una cara y un nombre surgieron en su mente, por lo que una sonrisa transformó todo su rostro como si lo hubiera iluminado mientras el largo vehículo en el que viajaba recorría ya las calles de la gran ciudad.

Regresó a España con una úlcera de carácter crónico y una pensión concedida por el gobierno holandés que, aunque era pequeña en su cuantía, al cambio daba para llevar una vida digna sin lujos. Lo más importante para él es que incluía ayudas al estudio para sus hijos y así vería en ellos cumplido el sueño que personalmente nunca pudo realizar. Cristina acabó el bachiller e ingresó en la facultad de Pedagogía, ya que le encantaban los niños y todo lo que tenía que ver con su mundo. No sin cierta dificultad, pero con mucha dedicación y trabajo, se licenció sin perder ningún año y en los cinco previstos para incorporarse al mercado de trabajo que empezaba ya a sentir los primeros estragos del paro. Sin embargo, con Pedro las cosas fueron más complicadas: de mayor

inteligencia que su hermana no tuvo nunca demasiado claro qué es lo que deseaba estudiar. Desde muy joven sintió una especial inclinación por el conocimiento en general y por la literatura en especial, pero ¿qué carrera se completaba para ser escritor? Le hubiera gustado estar en un sistema de estudios abierto en el que poder escoger varias materias de distintas disciplinas, tales como lengua, historia, literatura, arte, filosofía, antropología... pero como no pudo, optó por una formación autodidacta a la que dedicó miles de horas pasadas en la Biblioteca Nacional, a la que consideraba el sumum del acceso a la sabiduría. Esto trajo frecuentes enfrentamientos con su padre, que no entendía esa manía de despreciar los estudios reglados: admiraba su ansia de saber, pero pensaba con toda lógica que la ausencia de un título oficial no haría más que cerrarle las puertas a proyectos que estaba seguro que por capacidad merecía. La integridad personal de Pedro hizo que se marchara de casa y se buscara los recursos para vivir en los trabajos más diversos, realizándolos de la manera más mecánica posible, sin querer implicarse personalmente en ninguno de ellos, y compaginándolos con su formación intelectual. Fue algunos años más tarde cuando comprendió que la realidad es un muro contra el que no se puede luchar a cabezazos, y decidió entrar en la Facultad de Periodismo: aunque no era lo que deseaba, podría utilizar la palabra y recibir un sueldo por ello; la literatura, que aún constituía su sueño principal, la dejaría para más adelante, procurando dedicar la mayor parte de las horas libres a escribir, a encontrar su estilo y su lugar en el Olimpo del Arte. Tras la finalización de los estudios consiguió un puesto en Radio Cadena, que no mucho antes se había creado a partir de las emisoras de los llamados bajo la dictadura Medios de Comunicación Social del Estado, y que el PSOE ya en el poder controlaba bajo la sibilina supervisión del entonces Vicepresidente. Pedro y Ana podían decir que habían conseguido hacer realidad sus sueños: Cristina trabajaba como pedagoga en un colegio privado de adscripción católica, fe que profesaba por convicción personal, y al pequeño, el que resultó más problemático, podían oírlo a diario con tan sólo sintonizar el dial correspondiente. Ambos eran buenas personas, conscientes de su papel en la sociedad, respetuosas con la ley y de una ética intachable. Sentían con orgullo de padres que habían realizado bien su labor, que los valores que desde el principio trataron de inculcarles había arraigado, y eso que cada uno tenía su propio pensamiento y su forma de entender la vida, siendo entre ellos de lo más distinto. La serenidad sin sobresaltos que constituía sus vidas era lo más cercano a la felicidad que podían estar y los momentos difíciles y dolorosos por los que tuvieron que pasar habían, sin ninguna duda, merecido la pena.

En el número once de la calle de Ferraz, un grupo editorial ocupaba la totalidad de los bajos y la primera planta del edificio. Dedicado a la publicación de revistas de temas minoritarios, no por ello su difusión y ventas resultaban menores. David, hermano de una antigua amiga y amigo a su vez, se encargaba del grupo de personas que desarrollaban un producto mensual dedicado a la informática. Tras la marcha de la responsable de otra publicación que, aunque del mismo tema se centraba en conseguir una mayor divulgación, se hizo necesario buscar a una persona que cumpliera una serie de requisitos concretos, como eran dominio del inglés, conocimientos del mundo de los ordenadores y que, además, fuera periodista. Él reunía todos esos requisitos, por lo que el ofrecimiento que le hicieron resultaba de lo más lógico. Aunque tuvo que negociar algunos aspectos relacionados con los emolumentos a percibir, no fue demasiado complicado el que ambas partes llegaran a un

acuerdo. De esta manera se encontró como redactor-jefe (la dirección se la reservaba para sí el dueño de la empresa) de una publicación mensual de probada solvencia, teniendo como primer objetivo personal eliminar los pequeños errores que había detectado, así como conseguir que tuviera una mayor difusión. Con un trabajo minucioso y haciendo más caso a los lectores que a sus propias intuiciones al respecto, poco a poco fue consiguiendo que se hicieran realidad sus iniciales deseos. Su relación con David se fue estrechando, no en vano pasaban casi todo el día juntos, pues tras compartir la jornada laboral completa raro era el día que no se tomaban una copa antes de marchar a sus respectivas casas. Coincidían en muchos puntos de vista personales, y sus diferencias siempre se dirimían en el terreno intelectual, teniendo en más de una ocasión conversaciones que terminaban por la aceptación de presupuestos que sin la altura de miras con que se debatía no se hubieran previamente ni revisado. En los equipos de trabajo que cada uno dirigía se vivía un ambiente distendido, comprendiendo cada miembro que era responsable del buen funcionamiento del todo. Había un orgullo especial en cada criatura que mes a mes se gestaba, lo que se traducía en un sensible pero constante aumento de lectores. Así pasaron unos meses que fueron maravillosos para él: tenía un trabajo que le gustaba, tenía un amigo cuya relación era prácticamente familiar y no tenía ningún problema económico. Solo un pequeño detalle oscurecía la felicidad de su vida: el no tener a una mujer a quien amar y no sentirse amado por ella. No era que la soledad lo embargara, pero tenía la firme creencia que una pareja estable cerraba el círculo de un ser completo. Tenía muchas amigas, siempre había conseguido rodearse de mujeres ya que le fascinaban y necesitaba su punto de vista, incluso alguna amante esporádica satisfacía su ego y sus necesidades carnales, pero no le parecía suficiente y, aunque no la buscaba, estaba deseando encontrarla. Con el tiempo la revista creció hasta alcanzar su techo máximo, y como la informática es una tecnología que evoluciona a una velocidad tremenda, empezó a hacerse evidente la necesidad de cambios profundos. Con ello empezaron a surgir nuevos problemas, ya que para el propietario y director no era más que meterse en nuevos líos y hacer frente a nuevos riesgos, sin llegar a comprender que sin esos cambios el producto se vería abocado a una progresiva decadencia que terminaría en la primeras pérdidas económicas y con la irremisible desaparición de lo que con tanto esfuerzo habían conseguido. Se llegó a plantear la idea de refundir las dos revistas en una que abarcara los nuevos retos a los que había que hacer frente, pero una vez y otra vez se chocaba con el muro de la incompreensión del señor San Román. Ni David ni él podían entender la cerrazón de la que hacía gala, pero creían que con los primeros resultados negativos su actitud cambiaría radicalmente. La sorpresa llegó cuando no sucedió así y las posiciones fijadas previamente no se modificaron. Tras muchas reuniones y más de una discusión tensa las cartas terminaron por ponerse boca arriba: Javier San Román tenía el dinero suficiente para vivir, no le apetecía hacer frente a nuevos retos y lo único que deseaba ya era delegar en sus dos hijos la marcha de sus negocios y disfrutar el resto de la vida que aún le quedaba, lo que era perfectamente comprensible si no sucediera que sus hijos despreciaban la informática y las revistas dedicadas a ese campo para concentrarse en las otras dedicadas a la publicidad y la comunicación empresarial. Los buenos tiempos llegaron a su fin, y tras unos de los meses mejores de su vida, se encontró nuevamente sin trabajo y teniendo que empezar de nuevo, lo que tampoco suponía un gran problema ya que todavía era joven y le sobraban energías para ello.

Tenían que reconocer que estaban contentos. El programa de radio que habían hecho con motivo del inminente cierre de Carabanchel había sido todo un éxito. No sólo para los educadores y los responsables del Centro, tanto Instituciones Penitenciarias como radios de *fuera* habían alabado la calidad y profesionalidad con la que se había pasado revista a la historia y a los últimos acontecimientos acaecidos entre sus muros. Tanto Manolo, máximo responsable, como Alex y él se sentían orgullosos del trabajo realizado y habían tenido la oportunidad de demostrar que no eran ciudadanos de segunda, gente peligrosa de la que recelar, sino que tenían mucho que aportar a la sociedad que los excluía y que merecían una oportunidad cuando salieran. La admiración por sus dos amigos era superior ya que él, al fin y al cabo, era periodista, pero ellos sin demasiada formación habían conseguido realizar un trabajo digno del mejor de los profesionales. El ambiente era festivo, incluso el Subdirector de Tratamiento había aparcado su natural seriedad para llevarles unas cervezas con alcohol, algo casi insólito, y había animado a todos a brindar por el triunfo cosechado. La tarde se desarrolla entre bromas y risas cuando oyó su nombre por los altavoces que lo requerían al locutorio de jueces. Al punto su alegría se transformó en nerviosismo: podía tratarse de la sentencia y, por lo tanto, de su inmediata libertad. Mientras recorría el largo pasillo que llevaba hasta los locutorios se repitió a sí mismo su confianza en la Justicia, no podían equivocarse con él, era inocente y es lo que aparecería en el papel que instantes después le entregarían. Cuando llegó a la cabina del funcionario dio su nombre y entregó el carné de interno como era preceptivo y le indicaron que pasara a las cabina número dos. Allí le esperaba una muchacha de unos veinte y tantos años que, aunque con aspecto de ser algo pija, estaba muy bien. Se presentó como Agente Judicial y le comunicó que venía a hacerle entrega de la sentencia, tal como había pensado. Primero le entregó un papel que tenía que firmar, el que acreditaba que la sentencia había llegado a sus manos como era reglamentario, y tras estampar su rúbrica con un nerviosismo que la desfiguró en parte, le pasó a través de la diminuta ventanilla unos folios con el membrete del escudo de España en la parte superior izquierda. Ella debía intuir su reacción, pues no bien los tuvo entre sus manos se despidió con un breve saludo y se marchó apresuradamente hacia la salida, sin volver ni una vez la vista atrás. Leyendo los primeros párrafos tuvo que reconocer que no entendía demasiado lo que allí se decía. Iba desandando el pasillo y sus lentos pasos resonaban debido al eco mientras buscaba lo que realmente le interesaba, el DEBEMOS ABSOLVER y ABSOLVEMOS...pero no lo encontraba por ninguna parte. De repente empezó a marearse, la sangre abandonó el cerebro y tenía la sensación de que no se mantendría en pie cuando llegó hasta la emisora. Debía tener el rostro pálido y demacrado porque sus amigos le preguntaron si se encontraba bien en cuanto le vieron. Se sentó en la primera silla que encontró y mudo les entregó el papel que llevaba entre las manos: DEBEMOS CONDENAR Y CONDENAMOS A LA PENA DE NUEVE AÑOS Y UN DÍA DE PRIVACIÓN DE LIBERTAD A DON... Manolo y Alex comprendieron el porqué de su reacción y, tras algunas palabras soeces dedicadas a los Jueces y la Justicia, trataron de animarlo, lo que resultaba harto difícil dada la honda infelicidad que invadía todo su ser. Un llanto lento y profundo, como si viniera desde lo más remoto del tiempo, comenzó a deslizarse por sus mejillas. Ya no sentía vergüenza por sus lágrimas, las primeras que derramaba en los ocho meses que llevaba preso, todo le era indiferente en ese momento, ni tan siquiera la rabia brotaba en su interior, solo dolor, un dolor agudo, tenso que lo tenía paralizado. Dolor, el mayor que nunca

había sentido. Y su alma por siempre quebrada. El cuerpo sin voluntad fue arrastrado por sus amigos hacia su celda, un rincón de intimidad en el que luchar contra el nihilismo que pudiera acabar infectando a todos. La soledad era refugio, espacio acotado a las miradas de los otros, los que no sabían. Alex terminó por marcharse a cenar, a recoger algo de comida que luego pudieran necesitar cuando el cuerpo encerrado pudiera encerrar el alma que pugnaba por marcharse muy lejos de allí. Manolo cubrió su cabeza entre sus brazos, sintiendo maternalmente como el llanto lo iba empapando lentamente. Acarició su pelo como lo hacía a su hija cuando asustada se refugiaba en él, un niño tan hombre perdido en la oscuridad sin resquicios que impide comprender hacia dónde caminar para encontrar la salida reparadora. Comenzó a besarlo despacio y con suavidad, entregando con sus labios algo de la fuerza que sabía su amigo necesitaba, aunque fuera a costa de agotar la suya. Ambas bocas se encontraron en un gesto de amor sin sexo, acercando sus almas a un espacio que solo ellos compartían sin comprender. No hubo malentendido cuando atravesaron la puerta de sus cuerpos y fueron más allá, acariciándose la piel que era un mapa por el transitar hacia la salvación. Rodaron por la cama mientras se desnudaban mutuamente, ampliando el rezo que sólo sus cuerpos acotaban. El gozo fue surgiendo desde donde se originaba el dolor para devolverles a una materialidad que instantes antes se les escapaba. No se preguntaron nada, ni a sí mismos ni al otro, todo estaba claro, diáfano entre la oscuridad siniestra. El amor los acabó de envolver para entregarlos a un rito nuevo, con unas reglas que se creaban conforme crecía en ellos el placer. La excitación transformó sus rostros húmedos en cuerpos humedecidos donde se mezclaban los sudores, los secretos anhelos nunca confesados, los sueños de un futuro sin encierro. El orgasmo se fundió para acoger las primeras risas, la primera conciencia de lo que había ocurrido, para desterrar un arrepentimiento que nunca había surgido, para comprender que durante breves minutos estuvieron libres y a millones de años luz de allí. Se miraron a los ojos, se volvieron a abrazar y a besar con la certeza de que seguían siendo hombres, pero mejores y más felices. Sintió hacia Manolo una ternura que hacía mucho no sentía por nadie. En el desierto de la justicia abstracta había encontrado el oasis de un ser humano concreto. Alguien de carne y hueso que le enseñó otro pliegue de la realidad.

Había conseguido contactar con él. Al extraviar la dirección que él mismo le dio antes de abandonar la República Dominicana, debió de buscar otros cauces, por lo que resultó más complicado. Primero intentó contactar con los amigos compatriotas de los que tantas veces le había hablado, pero se habían marchado a vivir a Barcelona donde les funcionaba mejor el negocio de ropa que meses antes iniciaran. Sin embargo, en la búsqueda del matrimonio conoció a diversos dominicanos que le habían tratado y que aportaron una información que, aunque vaga, le dio las suficientes pistas como para encontrar la punta del hilo que le conduciría hasta él. Al parecer, meses antes había encontrado trabajo como redactor-jefe en una revista especializada en informática. Las cosas le habían ido bien hasta que por motivos no demasiado claros el dueño decidió cerrar la publicación. A partir de ahí se había iniciado otra vez la búsqueda de un nuevo trabajo, lo que le favorecía enormemente, ya que así era más fácil sacar algo en claro. Parecía que la idea que tuvo unos días antes era buena y podría funcionar. Como no deseaba abordarle directamente, no le llamó por teléfono, pese a tener su número. Prefirió conocer sus movimientos, enterarse de los lugares que frecuentaba para forzar un encuentro

casual. Pudo enterarse que algunos domingos se pasaba por un bar del barrio de Carabanchel donde vivía para tomar un vermut antes de la hora de comer. Así, no fue difícil tener un bonito y espontáneo reencuentro después de tanto tiempo ¡El mundo es un pañuelo! Le recordaba perfectamente, pero no podía ni imaginar verlo en España, pese a ser la persona que te puedes encontrar en cualquier parte. Wilkins le recordó que ya había estado por estas tierras, lo que tuvo que reconocer. Aunque su sorpresa resultó mayúscula, tratándose de quien se trataba, todo era posible, incluso encontrárselo en *La Tejada* tomando tranquilamente una cerveza. Recordaron, cómo no, los tiempos pasados allende el Atlántico, las anécdotas que compartieron, las noches estrelladas del Caribe con ron y limones dulcísimos, las mujeres y las pequeñas cosas que les habían unido. Pronto la conversación giro hacia el presente, a lo que se dedicaba cada uno, a los deseos insatisfechos. Wilkins dio por zanjada la cuestión con un *general a mis negocios*, lo que siempre decía con una vaguedad que podía abarcar los terrenos más dispares. Él le contó lo que ya sabía, sus buenos tiempos en la revista, la sensación de seguridad ante el futuro que se transformó en desilusión cuando anunciaron el cierre de la publicación y el tener que volver de nuevo a la búsqueda laboral. El dominicano se explayó sobre lo difícil que estaba todo ahora en España, en que no era un momento demasiado boyante para nada que se pensara hacer, etc., etc. De repente pareció que una idea ocupaba toda su mente: por qué no se marchaba fuera, a América, si lo había hecho una vez y le había ido bien, a qué negarse a volver a intentarlo. La verdad es que tras su regreso de Dominicana tuvo la sensación de que nada de lo que había echado de menos le ataba realmente, llegando a dudar de la conveniencia de su marcha, del abandono de todo lo que allí tuvo. Cuando así se lo expuso Wilkins trató extrañamente de disuadirlo, remitiéndole a las elecciones y los últimos cambios que se habían producido. Por contra, le habló muy bien del momento histórico por el que Panamá estaba pasando con todo el asunto de las Bases *gringas* y la devolución del Canal, lo que parecía a todas luces que no se produciría ¿Panamá?, la verdad es que nunca le había pasado por la cabeza ese país. Ahí Wilkins empezó a alabar el istmo, con playas maravillosas en el Pacífico y en el mar Caribe, mujeres igual de bellas que en dominicana y con grandes oportunidades para un periodista avezado como era. Además, acabó por decirle, tenía buenos amigos en la capital que no dudarían en prestarle toda la ayuda que necesitase. La oferta parecía atraerle, comenzando la ilusión a hacerse un hueco en su corazón, pero con la cabeza aún vacilante y descubriendo los múltiples inconvenientes que se planteaban. En cualquier caso, la idea ya había sido plantada, por lo que para hacerla germinar pronto le sugirió la posibilidad de que se marchara primero unos días, para conocer el terreno e ir tanteando las posibilidades laborales. Si le gustaba el país y encontraba trabajo en un medio de comunicación de su interés sólo tenía que regresar a por sus cosas para instalarse definitivamente allá. La propuesta le pareció racional, por lo que le prometió dedicarse unos días a pensar en ella. Terminaron charlando de muchos otros temas mientras reían y apuraban las últimas bebidas antes de despedirse con un abrazo, aunque todavía tuvieron tiempo de intercambiarse los números de teléfono y de prometerle una llamada si se decidía nuevamente a emprender la aventura americana. Wilkins paseó hacia el metro muy animado: le conocía y sabía que acabaría por aceptar su propuesta de irse unos días a Panamá, por lo que su problema con Don Dinamo desaparecería y podría dormir mejor. Tenía que reconocer que Pedro era un buen tipo, incluso lo apreciaba sinceramente, por eso cierta desazón ensombreció su alegría. Hizo con su mano derecha la señal de la cruz y le rogó a Dios que le diera suerte para que no le pasara nada a su

amigo a la vuelta de aquel maldito viaje.

Antonio Palma

UNA HISTORIA CASI VULGAR

Guillermo Antonino Vertini abandonó su Nápoles natal cansado de pasar calamidades, de trabajar casi sin descanso y no estar nunca saciado porque la comida que se podía procurar no daba para ello. Consiguió ahorrar el dinero del pasaje exigiendo a su estómago un esfuerzo mayor, y se embarcó con rumbo a Buenos Aires ¿Quiere esto decir que estamos ante una historia de emigrantes? No, aunque pueda parecerlo, no es una historia de emigrantes.

Al llegar a la capital argentina sacó de su bolsillo un trozo de papel sucio y arrugado, pero en el que aún se podía leer un nombre y una dirección. Preguntando consiguió hacerse una idea de donde se encontraba la calle que buscaba, y con sus pocas pertenencias al hombro se propuso llegar cuanto antes a su destino (porque no sabía que el destino siempre llega en el momento justo, el intentar acelerarlo o retrasarlo es empeño vano). Al ver la casucha, igual a las que configuraban el barrio, no se sintió muy tranquilo, pero su ánimo no decaería ante tan ínfimo obstáculo. Tras llamar a la puerta, apareció en el umbral una mujerona de aspecto imponente y rostro afeado que le preguntó qué quería. Explicó Guillermo Antonino Vertini quién era y a quién buscaba y, milagrosamente, la expresión de la mujer se tornó amable y cálida. Le pidió que entrara, repitió el nombre garabateado en el papel con tal estruendo que todo el barrio debió de oírlo y le rogó que dejara sus pertenencias y que se sentara para descansar de tan largo viaje. Al poco apareció en la sala un hombre enjuto que le extendió una mano de dedos nervudos como saludo mientras daba muestras de una sincera alegría. Era su tío Enrico, hermano de una madre que no recordaba pues falleció poco después de nacer él como consecuencia de unas complicaciones en el parto. Aunque lo miró con detenimiento, no consiguió establecer una relación entre ese hombre y el muchacho que aparecía en una foto amarillenta que se conservaba en su ya lejana casa napolitana. Todo esto puede hacerlos pensar en el inicio de una saga familiar llena de personajes que nacen, crecen y dejan su herencia genética en sus descendientes antes de desaparecer de la historia. Pero estarían equivocados: tampoco ese es el tema de nuestra narración.

En cualquier caso, Guillermo Antonino fue recibido con los brazos abiertos en casa de sus tíos, lo que consiguió aliviar su triste ánimo: era ya demasiado el tiempo que no sentía la dulzura del cariño, y a edad tan temprana, diecinueve años recién cumplidos, estas cosas afectan más de lo que parece y aún queremos públicamente reconocer. Por eso, aquella noche, tras una caliente y reparadora cena, durmió con tranquilidad, pese a que tantos acontecimientos le llenaron la cabeza de pensamientos y tardó un poco más que de costumbre en conciliar el sueño. A la mañana siguiente se levantó en cuanto despertó porque tanto Enrico como su tía Micaela pensaron que debían dejarle coger fuerzas después de un viaje en barco tan largo y pesado. Seguro que su pobreza le llevó a realizar la travesía en un compartimiento de la bodega atestado de gente, lo que no era cómodo ni siquiera para un muchacho de su edad. Tras desayunar pan tierno con queso y una jarra de espesa

leche azucarada, preguntó a su tía cuál era el mejor camino para conseguir un empleo, ya que no podía permitir vivir en aquella casa sin aportar un mínimo de dinero. Esto agradó mucho a Micaela, que veía en él a un hombre trabajador y responsable. Ésta le explicó los planes que el matrimonio había pensado para su sobrino. Mañana, o a lo sumo pasado, iría con Enrico hasta los muelles donde trabajaba como soldador en la reparación de la carena de los barcos. La intención de éste era tenerlo como aprendiz y así poderle enseñarle el oficio, aunque si no le resultaba de su agrado no debía tener reparos en decirlo y optar por otra actividad más acorde con sus habilidades o con su gusto. Bien sabía Enrico Aspeta que toda una vida haciendo aquello que te desagrada es la peor de las condenas. Guillermo Antonino se encontró encantado al oír todo aquello y se sintió tan invadido de agradecimiento hacia aquellas personas que unas horas antes eran desconocidas para él, que no pudo evitar estrechar entre sus brazos y besar a su tía Micaela, la cual reaccionó sonrojándose ante ese acto que no esperaba. Desde ese momento Guillermo Antonino fue como un hijo para ella, ese hijo que Dios le había negado por mucho que se lo rogó.

La relación con su tío fue acercándolos mucho más despacio, construyéndose sobre una enorme cantidad de tiempo compartido en el lugar de trabajo. Guillermo Antonino resultó ser un buen aprendiz, despierto y trabajador, algo que enorgullecía a Enrico ante el resto de los compañeros. Pocos meses después manejaba la soldadura con suma eficacia y acabaría por ser un buen maestro a poco que se lo propusiese. Sin embargo, aunque no deseaba quitarle mérito a su tío, él concebía planes mayores para sí mismo. Veía diariamente a hombres que llevaban veinte, treinta años haciendo lo mismo en un círculo de rutina y pobreza que lo llenaba de miedo. Todos decían de él que era muy listo, que aprendía pronto cualquier cosa que desease ¿Por qué, entonces, limitarse a ser un simple obrero con un futuro ya trazado? ¡Él podía ser más, mucho más, y lucharía por ello! Empezó por asistir a unas clases nocturnas que organizaba el sindicato, lo que no fue del agrado de sus tíos, aunque no saliera de ellos la más mínima recriminación. Hay que reconocer que fueron meses muy duros para Guillermo Antonino, pues para poder estudiar tuvo que robar tiempo al sueño, lo que le hacía llegar cansado a los muelles, pero siempre venciendo el ánimo para que tal cosa no se notase ni en su cara ni en su rendimiento. No muchos meses después leía y escribía con toda soltura, manejaba los primeros rudimentos de las matemáticas con infalible desenvoltura y, lo que era aún mejor, se sentía capaz de aprender todo aquello que desease, que era mucho, ya que se le había despertado el ansia de conocer más y más. Sus tíos fueron ajenos a esta metamorfosis, y aunque se alegraban por él, no podían evitar la tristeza que supondría la segura despedida de aquel al que sentían como su propio hijo. Y ésta no tardó en llegar. Un día los reunió en la sala de la casucha para anunciarles que había conseguido un empleo como escribiente en el pequeño negocio de un comerciante. No era gran cosa, incluso perdería algunos pesos al cambiar de sueldo, pero el señor Wallerstein le había prometido tiempo y ayuda para que continuara con sus estudios. Lo peor era, y aquí el dolor oscureció sinceramente su rostro, que don Ramiro vivía en otro extremo de Buenos Aires, por lo que se veía obligado a dejar la casa que después de tanto tiempo sentía como suya. Pero no había por qué preocuparse, él vendría todos los domingos para asistir a la misa, como hacían siempre, y a

pasar juntos el resto del día. Estaba seguro de dentro de no mucho tiempo incluso ganaría lo suficiente para invitarles a comer en un restaurante, tal como hacía la gente fina y elegante. Enrico y Micaela le felicitaron sinceramente por su próspero futuro, pero ya solos en la cama no pudieron evitar llorar abrazados por lo que sabían que serían la pérdida de ese "hijo" al que tanto querían.

Llegados a este punto puede parecer que esta historia trata de un hombre que se hizo a sí mismo, que partiendo casi de la nada llegó alto en la escala social. Desengáñese el lector porque esto apenas ocurre en la vida real, y en este relato desde luego que no. Lo que sucedió fue que el trabajo de escribiente y el estudio hicieron perder el sano color que siempre distinguía a Guillermo Antonino para tornarlo ceniciento, a la vez que el ánimo alegre fue sustituido por un carácter taciturno que preocupaba seriamente a sus tíos en las escasas visitas que éste les hacía. Conforme avanzaba el tiempo más se distanciaban los días que acudía a su antiguo barrio, consiguiendo con ello una cada vez mayor tristeza tanto en Enrico como en Micaela. Ésta última se negaba a resignarse, pasando muchas noches en vela tratando de encontrar la manera de ayudar a su Guillermo Antonino. Al final se convenció que la única salida posible a tan luctuosa situación era una mujer. Sí, una buena mujer que consiguiera enamorarle y devolverle tanto el color como el animoso carácter de natural suyo. Así, desde la mañana siguiente se consagró con verdadera fe y ahínco a encontrar la muchacha hermosa y buena que le hiciera verdaderamente feliz. Por experiencia sabía que la dicha del amor era la única razón indispensable para una vida plena. Pero no resultó tarea fácil: las que estaban solteras y en edad de desposar no reunían las características requeridas por ella, y las que sí las cumplían o tenían novio o ya habían pasado por la iglesia. Pese a todo no desesperó, y tal constancia se vio recompensada una mañana al ver entrar en la casa vecina a una joven recién llegada de Italia. Tendría entre dieciocho o diecinueve años, unos enormes ojos oscuros que expresaban el miedo ante lo nuevo y una rizada cabellera negra que le cubría la espalda por debajo de los hombros. Como la casa en la que entró pertenecía a una vieja amiga de compartir muchos años en el barrio, pensó que el asunto no se presentaba muy complicado. Y así fue, a las pocas horas le habían presentado a Gina Vera, que tal era su nombre, y empezado a conocer un poco de las circunstancias de su vida. Conforme más iba sabiendo de la muchacha, más se convencía de que era la elección perfecta para su ahora triste sobrino. No tardó en exponerle abiertamente sus planes a Rafaela Canale, su vecina y tía de la joven, y la reacción de ella no pudo ser mejor porque hacía tiempo que veía en Guillermo Antonino a un hombre serio y responsable, a la par que alguien con un futuro cuanto menos prometedor. Decididas a que entre ellos surgiera una relación, se pusieron de acuerdo en asistir ambas familias juntas a la misa del próximo domingo. Rafaela, durante la semana, no ahorró adjetivos para que Gina supiera lo buen muchacho que era Guillermo Antonino. Tanto lo ensalzó que la curiosidad comenzó a adueñarse de ella, llegando incluso a desear que transcurrieran pronto los días y que se produjera tan anhelado encuentro. Por su parte, el despistado estudiante estaba pendiente de un importante examen que tenía el viernes y que, de superarlo, prácticamente lo convertía en todo un administrador, justo lo que don Ramiro Wallerstein necesitaba. Esto suponía un paso muy importante en su carrera, además de un sueldo que le permitiría vivir con el desahogo que siempre había soñado. La suerte, esquivada algunas veces, falsa

otras, acompañó a nuestro protagonista, consiguiendo que la prueba fuera todo un éxito. Con una alegría inmensa que deseaba compartir con esos tíos que sentía casi como padres, se presentó el domingo en su domicilio, todo acicalado y con su mejor traje para dar el aspecto del hombre que había llegado a ser. Enrico y Micaela sintieron como propio el éxito, por lo que se abrió una botella de vino de Marsala para brindar todos por la maravillosa noticia. Entre risas se encontraban los tres cuando Rafaela y su marido Federico entraron en la casa precediendo a Gina. La aparición de ésta fue espectacular dada su belleza y el hermoso vestido que la ensalzaba. En cuanto Guillermo Antonino la vio quedó mudo y perplejo, siendo incapaz de articular palabra, lo que le hizo sentirse como un completo idiota. Gina también confirmó sus expectativas, por lo que su rostro se encendió al estrecharle la mano en las presentaciones. Al poco abandonaron la casa camino de la iglesia, uno deseando que fuera de él y otra sabiendo que ya lo era.

Durante el tiempo que duró el noviazgo Gina fue en todo momento la mujer dulce y comprensiva que Guillermo Antonino deseaba. Poco a poco, con el conocimiento mutuo, se estableció entre ellos una estrecha y maravillosa relación que parecía cubrirlo todo de sincero amor, pero no crea el lector que esto va a convertirse finalmente en una narración romántica. Nada más lejos de la verdad. Llegó el día de la boda, los novios se desposaron y con una sincera felicidad que le cubría el pecho Guillermo Antonino inició junto a Gina el viaje de novios. Ya desde la primera noche o sea, desde la noche de bodas, le pareció que algo no encajaba del todo en la idea que de su ya esposa tenía, la pasión y hasta el conocimiento que del sexo parecía tener ella lo llevó de la zozobra: estaba bien tener ella lo que fuera capaz de sentir la dicha plena que se da en tan trascendental momento, pero aquello casi parecía embrujo de meretriz. Naturalmente, nada dijo y durmió agotado de tan frenética actividad, pero resultó que a la mañana siguiente se repitió lo mismo y otro tanto sucedió en la tarde y en la noche. Durante toda la luna de miel apenas si consiguieron salir del hotel de Mar del Plata y siempre era para ver la puesta de sol, cenar y regresar a un trajín que cada vez lo dejaba más exhausto. Durante el regreso a Buenos Aires no dejó de atormentarle la idea de que aquello fuera a ser la tónica general de su matrimonio pues en ese caso era seguro que fallecería agotado. Afortunadamente la casa se relajó y él pudo hacer frente a sus deberes conyugales sin perder el físico por ello.

La vida del nuevo matrimonio se organizó alrededor de su trabajo en la empresa de D. Ramiro Wallerstein, hombre entrado en años y que sentía un sincero afecto por él. De hecho, fue suya la idea de abrir un nuevo comercio que, por supuesto, se haría totalmente cargo de él Guillermo Antonino. Incluso fue más allá al ver la tremenda alegría que esto suponía, y sugirió que trabajaran como socios. De los beneficios del emprendedor joven se detraería una cantidad para así cubrir su parte y llegado el momento tratarse de igual a igual. No se puede decir que nuestro protagonista fuera desafortunado: tenía una hermosa mujer con un furor uterino diario constante, era querido por los seres que más amaba y hasta su jefe se portaba más como un padre que como un patrón. Quizá tanta suerte y tanta dicha le nubló el entendimiento. Algo debió ser por que no se le ocurrió otra cosa que aceptar la sugerencia de su esposa de ser ella la que se encargara de las cuentas para que así el tuviera más tiempo para dedicarle a los clientes. Si aún desconociendo que su primer error fue casarse con Gina, peor resultó dejarle el mando económico. Pese a que los negocios funcionaban bien, no parecía que

sucediera lo mismo con los beneficios, y cada vez que comentaba este extremo con su esposa ella le daba mil explicaciones que le mareaban la cabeza y ante las que no se le ocurría nada con lo que hacerlas frente. La animosidad sexual de Gina fue menguando, lo que en vez de molestarlo sirvió para tranquilizarle y decirse a sí mismo que tenía todo para ser feliz. Bueno, todo no. Faltaba el niño que convirtiera su matrimonio en una familia, pero parecía que Dios no deseaba bendecirlos con tamaño regalo del cielo.

Sin altibajos y en una dulce monotonía fue transcurriendo el tiempo hasta que llegó el fatídico día. Al regresar a su almacén tras apalabrar un buen pedido se encontró éste cerrado. Lo primero que pensó fue que le había sucedido algo a su esposa y cogió su coche al momento para llegar cuanto antes a su casa. Allí su sorpresa fue mayor al encontrarla vacía y sin ninguna señal de Gina. Al buscar por todas las habitaciones encontró los armarios abiertos y sin los vestidos y demás objetos de su mujer. Fue como si ésta hubiera desaparecido con todo lo que consideraba suyo. La desolación arrasó el ánimo de Guillermo Antonino, que ante tanto dolor no consiguió contener las lágrimas. Sólo sumergirse en alcohol le salvó de cometer alguna locura mayor que pasó por su mente. Pero el sol de la mañana le trajo un día aún peor. No tardó mucho en comprender que esa mujer que ahora le parecía una completa desconocida se llevó todo cuanto había ganado. El almacén apareció vacío de todo género y en sus cuentas bancarias sólo aparecían números rojos. No se había limitado a desposeerle de todas sus pertenencias, sino que, además, las deudas resultaron ser cuantiosas. Desesperado, sin saber cómo reaccionar, se encerró en su casa y no permitió la visita de nadie. Incluso rehusó a abrir ante la insistente llamada de Enrico y Micaela, las únicas personas que realmente le querían.

Pero como la vida no acaba nunca aquí, esta historia tampoco y lo que continúa será unas veces dulce y otras amargo. Lo seguro es que Guillermo Antonino terminó por reaccionar, empezando por visitar a sus tíos a los que tanto debía. El sincero cariño de estos le dio fuerzas para luchar por encontrar una salida a su situación. Avergonzado por la humillación fue a ver a don Ramiro Wallerstein, que le recibió con un abrazo. Pasado ese primer momento sentimental, lo importante era encontrar la manera de salir del atolladero en que se encontraba. Por mucho que lo desease, y bien sabe Dios que lo deseaba, don Ramiro no tenía el dinero suficiente para cubrir las deudas. Pero, en cambio, tenía apalabrado con un comerciante de Bogotá un negocio que le podía reportar cuantiosos beneficios. Éste se lo ofreció con toda sinceridad y Guillermo Antonino lo aceptó con una vergüenza que le hizo ponerse colorado hasta la raíz del cabello. Le juró y requetejuró que le devolvería hasta el último centavo, pues consideraba esta operación como un préstamo. El señor Wallerstein se limitó a abrazarlo de nuevo mientras le decía que lo importante era que todo se arreglara. Hay que reconocer que esto último parece casi inverosímil: un comerciante sensible y presto a perder sus ganancias por ayudar a alguien que ni tan siquiera pertenecía a su familia. No seamos cínicos y digamos que, aunque no es lo normal, puede existir alguien así. La excepción que confirma la regla.

Unas semanas después Guillermo Antonino llegó a la capital colombiana, se hospedó en hotel de pasado prestigioso que no resultaba caro y llamó por teléfono a aquel comerciante con el que ya se había acordado el negocio. Resultó ser un cincuentón gordo y dicharachero, amigo del dinero pero también de los placeres que

otorga la vida. En una cena copiosa donde al final abundaron los licores se cerró todo el asunto, siendo un simple apretón de manos el contrato entre dos personas íntegras cuyo primer patrimonio era su palabra dada. Se despidieron cerca del amanecer, no sin antes recordarle a Guillermo Antonino la promesa hecha: si le satisfacía completamente el negocio tendría que volver para realizar una nueva operación. Ya en Buenos Aires todo cuadró como habían pensado y los beneficios fueron casi suficientes para cubrir la deuda. Lo más importante fue que los acreedores volvieron a confiar en él y le ampliaron el plazo para satisfacer el resto. Aunque su corazón seguía destrozado y se prohibió pronunciar el nombre de Gina en su presencia, la determinación fue no volver a confiar en ninguna mujer y desterrar el amor de su vida definitivamente. Se volcó en los negocios, en intentar recuperar lo antes posible lo que había perdido.

Fiel a su palabra, regresó a Bogotá para hacer un segundo negocio con su ahora nuevo socio. Tan afable como siempre, Durán -que era como lo conocía todo el mundo- le llevó a uno de los mejores restaurantes de la capital donde degustaron numerosas delicias regadas con buen vino y acabaron con licores de alta graduación. Tras pagar la cuenta Durán, que insistió sobremedida en ello, se fueron a un local en el que se decía que estaban las mujeres más bellas de la ciudad. Aunque Guillermo Antonino era muy remiso a este tipo de locales, acabó aceptando como una parte del negocio que iba a realizar. Al cabo de unas horas y acompañados de dos hembras espectaculares Durán empezó a hablarle de España, en concreto de Madrid, una hermosa ciudad que nunca duerme. El negocio que tenía que proponerle era mucho mayor que el que ya había realizado. Más sencillo y con más ceros. Como todo en la vida tiene un pero, el de este era la ley. En concreto de saltarse una ley que convertía a muchos en ricos en poco tiempo. Guillermo Antonino reaccionó horrorizado ante la idea, pero conforme Durán le fue explicando los detalles del asunto y los beneficios que reportaría, terminó por pensárselo. Una cantidad así no sólo le serviría para cubrir el resto de sus deudas, sino para volver a situar su negocio en el lugar que antes ocupaba. Aceptó. Guillermo Antonino Vertini Aspeta, natural de Nápoles y ciudadano argentino salió de Bogotá hacia Madrid con cuatro kilos de cocaína camuflados en unas estatuas de regalo. El vuelo resultó cómodo aunque un poco largo y el miedo procuró ocultarlo lo mejor que pudo. A las seis de la tarde, hora española, aterriza en Madrid, a las ocho ya se encontraba detenido en el calabozo del aeropuerto y cinco horas más tarde ingresaba en prisión. No entendía qué podía haber pasado, cuál había sido el error, pero pronto se encargaron de que supiera que le quedaban nueve años por delante hasta que volviera a ser libre del todo. Esta vez no se derrumbó, su mujer le había vacunado contra ello. Reaccionó fríamente, pensando en la mejor manera de sobrevivir en ese mundo en el que se veía encerrado. Su edad, su talante quizás, no sabía bien por qué pero consiguió un buen módulo, una celda para él solo y un destino remunerado. Ya no importaba nadie, a quien vender o destruir: su vida estaba primero. Los meses fueron pasando, y poco a poco el tiempo se aceleró. Casi no recordaba quién había sido, si había estado casado alguna vez, si había amado. La memoria jugó con él y conoció a una mujer, pues el Centro en el que estaba preso era mixto, pese a que el contacto entre unos y otras no fuera demasiado fluido. Lo importante fue que se enamoró, ahora de una manera completamente distinta, más madura se decía para sí. Las cartas diarias, los encuentros furtivos, los contactos físicos le llevaron a creer que incluso aquello no estaba tan mal. Pero que no se equivoque el lector porque en la

vida casi nada sale bien. Cuando mejor se sentía, se llevaron a su amada paula a Valencia, lejos, muy lejos de él. La tristeza volvió a invadirlo, aunque no permitió que exteriormente nadie reparara en ello. El tiempo le hizo reaccionar y trazar un plan para recuperar lo que había perdido. Vendió a sus compañeros, hizo todo aquello que los funcionarios deseaban, pese a que perdiera su orgullo así. Todo con tal de conseguir volver a ver a su amada Paula. Meses después reunió sus pertenencias en una bolsa grande de basura y subió a un autobús de la Guardia Civil que le llevó a Valencia. En el nuevo Centro tuvo que empezar desde cero, pero a esas alturas ya sabía bien lo que tenía que hacer. Sea como fuere, lo importante no era eso, lo importante era encontrar a Paula. Y una mañana sucedió. Fue a la salida de misa, en un pequeño revuelo en el que se mezclaron hombres y mujeres Paula se encontró frente a él. Su sorpresa fue mayúscula, y lo primero que le preguntó fue qué hacía allí, tan lejos de Madrid. Guillermo Antonino la miró a los ojos y con una calma que le surgía del corazón enamorado le dijo que había ido por ella, sólo por ella. La amaba y sería capaz de ir a cualquier lugar para estar juntos. Paula soltó una estruendosa carcajada que hizo volver el rostro a todos los que estaban a su alrededor. Aún no había terminado de reírse cuando un hombre la tomó por la cintura y la besó en los labios antes de preguntar qué ocurría, que cuál era la broma. Guillermo Antonino Vertini Aspeta supo que el chiste era él.

Ahora el lector ya sabe la verdad. Esto no es más que una historia casi vulgar.

Antonio Palma

YATROGÉNICO

Entró muy bravo, pero en el fondo estaba muerto de miedo como casi todo el mundo que entra por primera vez. No es mala persona en absoluto, un chaval de barrio, hijo del proletariado emigrante y con pocas oportunidades en la vida (procuraba divertirme todo lo que podía, qué otra cosa iba a hacer, me habían dejado las sobras de todo y encima querían que trabajara como un animal tan sólo para poder sobrevivir ¡No! Me negaba a pasar así por la vida). Le costó hacerse a esto, vaya si le costó, creo que todavía no se ha acostumbrado del todo, y esa puede ser una de las causas que le han llevado a esto de ahora, a su deslizarse silencioso, a su desconexión casi absoluta con lo que le rodea (estaba empezado a tener algo, una vida, mi casa, mi coche, dinero en el bolsillo, mujeres las que quería, me divertía iy en plena juventud! Y van y me encierran entre cuatro paredes con un montón de desconocidos, a soportar un infierno... No fui tan valiente). Al principio, curiosamente, parecía que lo conseguiría, aún le quedaba la rabia que luego le abandonó. Un día empezó con aquello del hachís y de los porros, con sus largas peroratas de incendiario neófito y ya todo fue a peor (¡pero sí tenía razón! ¿Por qué estaba encerrado? Por el hachís y los porros. Si no hubiera tocado nunca un porro no hubiera terminado vendiendo hachís y no habría acabado donde acabé). Como al poco de entrar llegó el verano, solía venir con nosotros a la piscina. Nos tumbábamos sobre el césped, tomábamos el sol para secarnos tras nadar un rato, nos fumábamos unos porros y nos bebíamos unas cervezas, sin alcohol por supuesto. Contaba anécdotas de su pasado, sus aventuras, y nos reíamos con muchos de sus episodios. Se le veía alegre, como si el sol le hubiera devuelto la vida (era cerrar los ojos, sentir el calor del sol y desaparecer todo a mi alrededor. Ya no estaba ahí, podía de hecho estar en cualquier lugar que deseara porque iba a sentir lo mismo. Durante unos minutos conseguía no estar encerrado). Al llegar el otoño comenzó a decaer, todavía lentamente, pero ya eran pocas las veces que se le veía sonreír. Para diciembre ya tenía esa cara que, aún con ligeros cambios, perdura hasta hoy: los ojos hundidos, el gesto único, la mirada perdida, lejos, en sí mismo (me quitaron lo único que me quedaba, el calor, el sol, la luz brillante, la alegría a mi alrededor, y cayó sobre mí la tristeza del cielo siempre gris. Empezaba a no poder más, a ver que había llegado a un punto donde lo que me rodeaba comenzaba a vencerme). Las Navidades fueron un detonante por alguna razón de su vida personal, de la que casi nunca hablaba. Por eso no sabemos la verdadera razón, pero el caso fue que empezó a radicalizarse en sus delirios contra el hachís, que nos cabreaba a todos, y si lo aguantamos se debió a que empezó a tener ausencias, momentos en los que no veía ni oía nada, y eso nos preocupaba (la familia era lo único que en el exterior tenía importancia para mí. Por muchos problemas que tuviera siempre podía recurrir a ella, siempre estaba ahí, fiel. Soy creyente, tiene que existir un Dios y creo que ese Dios es Cristo. Es una fecha para estar con la familia, celebrar la dicha de que ha nacido el Señor. Y fue ese maldito hachís el que me separó de mi familia, el que me impidió pasar con ellos esas Navidades y el que me ha hecho sentir tanto dolor. En cuanto a las ausencias, lo

siento, pero no recuerdo bien...). Todo acabó con el roscón de Reyes que nos dieron una mañana para desayunar, significaba el final de las fiestas y sumirse en el largo invierno. Una tarde a finales de enero se sentó en un banco con un cuaderno entre las manos, se puso a mirar la tapa como si allí estuviera la clave de todo y ya no se movió. Unas veces reía y otras veces lloraba, pero la mayor parte del tiempo la pasaba con una actitud neutra y con la mirada más vacía que he visto jamás. Terminamos por decírselo a los guardias; en principio no nos gustaba la idea, pero no hablaba, no escuchaba, nosotros ya no podíamos hacer nada. Al tercer día clavado en el banco, con el cuaderno en la mano y más perdido que nunca vinieron los de enfermería y se lo llevaron. Durante un tiempo no supimos nada de él, pero terminó por mandarnos una carta de dos líneas en la que decía que ya se encontraba mejor, pero que el sitio era muy malo y nadie le daba tabaco, que le mandáramos un paquete. Desde entonces procurábamos hacerle llegar cigarrillos, chocolate o dulces, cosas que le gustaban, con cierta asiduidad por mediación de un compañero que estaba destinado allí. Por él sabíamos de su estado, de las pequeñas novedades de su vida, manteniéndonos en contacto con él. Un día apareció muy sonriente en el módulo, se limitó a decir "ya estoy aquí" a todos nosotros y a darnos la mano. Fue la última vez que lo vi sonreír. Su aspecto, por el contrario, no era malo, parecía más centrado, más despierto. Por las mañanas bajaba perdido, pero recogía la medicación, se tomaba todas las pastillas que le habían recetado y ya se encontraba más relajado. Tras desayunar se tumbaba sobre los bancos de la sala y dormía casi toda la mañana, para tras despertar darse un paseíto buscando a alguien para pedirle un cigarrillo. Es una de las cosas que más le gustan, fumarse un cigarrillo. El resto del tiempo era deambular de un lado a otro con los brazos caídos, lacios, la mirada perdida, casi un vegetal que cruza la sala en ambas direcciones. Sin embargo, el primer día que hizo menos frío volvió a coger su cuaderno, a sentarse precisamente en ese banco del patio y ponerse a reír, a llorar, a hablar solo, a estar fuera del mundo, igual que la otra vez. Regresaron los de enfermería y todo volvió a ser como antes, no teníamos demasiadas esperanzas, no es el primero que conocemos, pero tampoco era cuestión de dejarlo solo. Tardó mucho más en regresar al módulo, aunque entró como en la anterior ocasión, sólo que ya no traía ninguna sonrisa. La rutina se inició al día siguiente: el sueñecito, los paseos solitarios sin comunicarse con nadie, perdido en su propio mundo. O quizá tan sólo drogado por las pastillas. Se le ve ingerir bastantes, será que le han aumentado la medicación, pero por lo menos no ha vuelto a su banco en el patio, ni a llevar en sus manos su cuaderno mágico. Ese tipo de episodios pasaron, ya no ríe ni llora, ya no parece sufrir. Ni vivir tampoco. Es un yatrogénico, duerme, come, fuma, pasea, lo suficiente para que su cuerpo pueda seguir aquí dentro.